


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

Milton A Buchanan
University of Toronto
1910



ALBUM LITERARIO ESPAÑOL.

Establecimiento tipográfico
DE D. F. DE P. MELLADO.

MADRID.--1846.

ADVERTENCIA.

Una coleccion de poesías y artículos de nuestros mas celebrados autores, nos ha parecido digna de los numerosos suscritores que favorecen la *Biblioteca popular*, publicacion cada vez mas en boga. A fin de proceder con acierto en ordenar esta obra, no nos hemos permitido escoger á nuestro gusto composiciones sino de aquellos escritores que reposan en la mansion de los muertos; todas las demas son elegidas por los señores que las hán escrito, quienes se hán prestado benévolamente á señalarnos aquellos de sus escritos que miraban con preferencia. Despues de esta sencilla manifestacion nos parece ocioso encarecer el mérito del libro que regalamos á los suscritores á la *Biblioteca*. Solo nos falta añadir que la *Galeria de la literatura*, obra escrita por Don Antonio Ferrer del Rio, que han tenido la bondad de creer digna de elogio todos los periódicos de esta córte, y que hemos regalado á los suscritores al *Museo* por el presente año, forma por decirlo así la primera parte del *Album lite-*

rario; pues allí se examina el estado y progreso de nuestra literatura en el presente siglo por las biografías y juicios críticos de las obras de casi todos los escritores contemporáneos, cuyo nombre goza de merecida fama. Figuran en la *Galeria de la literatura* por órden de edades los señores Quintana, Lista, Gallego, Burgos, Conde de Toreno, Martinez de la Rosa, duque de Rivas, Gil y Zárate, Breton de los Herreros, Mesonero Romanos, Hartzembusch, Vega, Escosura, Pacheco, Larra, Espronceda, García Gutierrez, Zorrilla y Rodriguez Rubí. Despues completan el libro semblanzas de otros escritores, clasificados por los distintos géneros en que mas sobresale su pluma. Hemos conservado el mismo órden en el *Album Literario*, de manera que á cada biografía corresponde exactamente una poesía, un artículo ó fragmento. Si conseguimos agradar de este modo á los suscritores á la *Biblioteca*, damos por bien empleados nuestros desvelos, y nuestra ambicion queda cumplida.

AL MAR.



Calma un momento tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mia,
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y á las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares,
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte tambien, dios de los mares.

Que ardió mi fantasía
En ánsia de admirar, y desdeñando
El cerco obscuro y vil que la ceñía,
Tal vez allá volaba,

Do la eterna pirámide se eleva,
Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.
Tal vez trepar osaba
Al Etna mugidor, y allí veía
Bullir dentro el gran horno,
Y por la nieve que le ciñe en torno,
Los torrentes correr de ardiente lava,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno:
Mas nada, ¡oh sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto á tí: tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea,
Do entre temor y admiracion te miro.
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al occidente
De magestad vestido huye y se esconde.
¿Dónde es tu fin? ¿en dónde
Mis ojos te hallarán? Con pié ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilon sonante
Mi espíritu anhelante
Te sigue al ecuador, te halla en el polo.
Y endeble desfallece
A tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
Ó el brazo aterrador á hacerle guerra?

¡Ay! que ese resonante movimiento

Me abate el corazon. Yo ví las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco son de su furor quejarse.
Ví el vértigo del polvo, y ví en las selvas
Contrastados tambien los altos pinos
Sacudirse y bramar: mas no este ciego,
Este hervir vividor, estas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamás: tiembla la arena
Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes
Una vez y otra vez: al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos mas altos se estremecen.

Cesa ¡oh mar! cesa ¡oh mar! Ten compasivo
Piedad del flaco asiento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿No me oyes, no? ¿y violento
Te ensoberbeces mas? Ya desatado
El horrendo huracan silba contigo:
¿Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra tí? Negras las olas
Á manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan,
¿Llegó tal vez el dia
En que tras tanta guerra

El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro envuelvas ciego
Playas, imperios y hombres infelices,
Y al hondo abismo los sepultes luego?

Como cuando en tu vértigo espantoso
La Atlántica se hundió. Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas
Burlar pensaban tu furor, y en vano.
Que al golpe redoblado, impetuoso,
El eje poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivél: luchando entonces
Las ondas con las ondas se encontraron,
Y horrísonas cayeron,
Y el orbe estremecido desgarraron.
¿Do la region vastísima que un dia
Desde Atlas á la América corria?
Destrozada, anegada, hoy solo dura
En la fragosa altura
Que de tanto furor salvó la frente:
Dura ya solo en la memoria obscura,
Que lleva ¡oh insano mar! de gente en gente
Los ecos voladores
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fué del hombre la osadía
Que los quiso arrostrar! sube á los montes,
Y la tenaz porfía
De su mordaz segur humilla al suelo

Al cedro que resiste á las edades,
Al pino que se esconde allá en el cielo.
Gimieron ambos cuando al mar lanzados
En nadantes alcázares miraron
Trocar su antiguo ser y su destino,
Y al aire dando el vagaroso lino,
Los leves campos de cristal surcaron.
Adios, amada playa; adios hogares:
El hombre audaz en la orgullosa popa
Os mira, os huye, y por los anchos mares,
Al volver de las ondas se confia.
En vano el rumbo le negaban ellas,
Él le arrancó en el cielo
Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces
Negarse á su anhelar? Fiero y sañoso
El alto Tormentorio amenazaba
Con un mar de terror, y proceloso
Las puertas del oriente defendia:
Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,
Y los hijos de Luso al punto hollaron
El golfo indiano y la mansion de Brama.
Colon, arrebatado
De un númen celestial, busca atrevido
El nuevo mundo revelado á él solo.
Y tres veces el polo
Ve al impávido Cook romper los hielos
Que á fuer de montes su vigor despide,
Descubriendo el secreto vergonzoso

Del yermo inmenso á que sin fin preside.

¡Gloria eterna á sus nombres! ¡dadme rosas,
Dadme lauro inmortal, que adorne y ciña
Sus frentes generosas!
Mirad la Tierra á su divino esfuerzo
Enriquecerse toda y mil tesoros
De su fecundo seno
Benéfica brotar: mirad la aurora
Unida al occidente,
Y al septentrion el sur. A este portento
Furioso el Oceáno
Es fama que gritó: «¡Con que es en vano
Haber yo roto el orbe y que tendiendo
El valladar profundo
De mis terribles ondas
Un mundo haya negado al otro mundo!»

¿Cómo despues tan abundosa fuente
De amistad y de union tornarse pudo
De estragos y violencias
Perenne manantial? Se alzó insolente
La vil codicia, y navegar con ella
Se vió el ódio fatal en los navíos.
¿No era bastante, impíos,
Los vientos escuchar que en torno braman,
Los escollos temblar, mirar el cielo,
Cubrirse todo de espantosas nubes
Y arderse en rayos, á los pies hirviendo
Sentir el mar sañudo,

Y una tabla sutil ser vuestro escudo;
Sin que á tan tristes plagas
Añadieseis tambien la plaga horrenda
De la guerra cruel? Ardiendo en ira
Ella cruza, ella agita, y atronado
El Ponto en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡bárbaro nombre! á mis oidos
Mas triste y espantoso
Que este mar borrascoso
Tan terrible y atroz en sus rugidos;
¡Qué no fuese yo un Dios! ¡oh cómo entonces
El horror que te tengo, el universo
Te jurára tambien! Ondas feroces,
Sed justas una vez: ya que la tierra
Muda consiente que la hueste impía
De Marte asolador brame en su seno;
Vosotras algun dia
Vengadla sin piedad: esas crueles,
Esas soberbias naos,
Que preñadas de escándalo y rencores
Turban vuestro cristal con sus furores,
Del cielo y vientos contrastar se vean,
Y en ciego torbellino
Todas á un tiempo devoradas sean.
Tal vez así de la discordia el fuego
No osará profanar el Oceáno,
Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

LA MUERTE DE JESUS.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa magestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? y el impio bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz estinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
Amor, mas poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y leon fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.

¡Oh! víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno
moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
O paz, ó gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus megillas celestiales
De horror y palidez? ¿cuál brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo

Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado
No expiacion, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad, que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvia,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurria.

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama;
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama,
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis como se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente:
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al sólio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ó tierra:
Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere.... gemid, humanos:
Todos en él pusísteis vuestras manos.

Alberto Lista.

De caña armados ó sarmiento rudo
Honrarme graves con marcial saludo!

«¡Engañosa ilusion! ¡Fantasmas vanos
De apariencia falaz! Benigna suerte
Da á mis caros hermanos
En prole hermosa descendencia larga
Y en su estancia feliz bulle festivo
Rumor de inquieta y plácida alegría,
Cuando tristeza amarga,
Silencio, soledad reina en la mia.
Así mi angustia crece,
Y el curso de los años fugitivo
Prolijo, eterno á mi dolor parece.
¿Y no es mejor que á compasion movida
Dé fin la muerte á mi gemir cansado,
Que estar sin esperanza condenado
A atravesar el yermo de la vida,
Como en el aire exhalacion ligera
Que sin dejar señal cruza la esfera?»
Con tan lúgubre acento
FERNANDO se quejaba
En las tinieblas de la noche umbría:
El son de su lamento
Por las escelsas bóvedas vagaba
Cual eco sordo de huracan lejano
Llamando al sueño en vano,
Que de sus mústios párpados huía,
Sintió que de repente
Balsámica esperanza al pecho dando,

Una voz celestial así decia:
«Alza, buen Rey, la congojosa frente:
Cese tu largo duelo,
Y el ya fecundo tálamo prepara,
Que en augusta doncella te depara
La ansiada sucesion piadoso el cielo.»
Oyó el Monarca atónito y ufano
Los gratos ecos de la voz divina.....
Cuando improvisa al horizonte hispano
¡Astro de amor! apareció Cristina.

De las playas amenas
Donde desagua el Ter entre jardines
Hasta el campo feraz que el Tajo baña,
La venturosa España
Mostrando alegre su esplendor bizarro,
Con danzas y festines
Recibe de su Rey la esposa bella.
Siguen las Gracias la florida huella
Que estampa el calce del triunfante carro,
Y en grupos mil la cercan los amores
Jugando en torno en apacible vuelo.
Luce en sus labios el carmin del alba;
Brilla en sus ojos el fulgor del cielo;
Hácela el coro de las aves salva,
Y al ver en su megilla el dulce hoyuelo
De la sonrisa y los donaires nido,
Bate las palmas el rapaz Cupido
Que con su dedo le imprimió en la cuna
Présago de su gloria y su fortuna.

Admiróla Madrid: sus bellos ojos
La alborozada poblacion suspenden
Por los vecinos campos estendida.
El bronce truena; la montaña herida
Revoca el eco; las esferas hienden
Cien lenguas de metal, y hasta en la cumbre
De las torres y alcázares se agolpa
La inmensa muchedumbre
Gritos sin fin de aclamacion lanzando:
Calles, plazas y templos atronando
Sube el clamor de vítores al cielo,
A par que de los altos miradores
Batiendo el blanco velo
Rinden las damas á su Reina hermosa
Tributo en vivas y homenage en flores.
Ella en tanto graciosa
Aquí y allí con plácido saludo
Su amable risa y su bondad ostenta
Y el bullicioso júbilo acrecienta:
Mientras embebecido
Al diestro lado el Rey la contemplaba
Sobre un potro lozano,
Que blanca espuma en derredor lanzaba,
Temblando el suelo al asentar la mano.

Así la corte Ibéra
Festejó Reina y hospedó Señora
A la Ninfa gentil, á quien en breve
Dará de madre el nombre venturoso.
Sí, que la Diosa, que á Endimion adora,

Ya el término cumplió de giros nueve,
Y el próspero momento
Se acerca.... ¿Ois?.... ¿Qué estraño movimiento,
Qué rumor nuevo la quietud altera
De la régia mansion? ¿A la ancha plaza
Porqué tan presuroso
El pueblo corre y con ardor se abraza?
¿Cuál anuncio dichoso
Dá fuego al bronce, el címbalo voltea?
¿Qué cándido pendon al viento ondea?

¡O claro, ó bello dia
De almo consuelo y de memoria eterna!
¿Cómo la lira mia
Sabrá cantarte dignamente? ¿Y cómo
Pintar al vivo la espresion sublime
Con que ansioso Fernando,
Padre feliz, en la megilla tierna
Del fruto de su amor el labio imprime
Por la primera vez? Al dulce beso
Con otros mil la acarició Cristina,
Que lánguida mirada
De vanagloria y regocijo llena
Echó á su esposo, y luego
Su prenda idolatrada
Se paró á contemplar con faz serena.
¡Con qué blanda emocion, con que embeleso
Los rasgos examina
De aquel gracioso, angélico semblante!
Sus facciones no vé, las adivina

Con maternal penetracion, en ellas
La copia hallando de sus formas bellas:
Y en medio al gozo que su pecho siente,
El muerto brillo de sus labios rojos
Y una cuajada lágrima en los ojos
Reliquias son de su penar reciente.
Tal suele en Guadarrama
Caliginosa tempestad formarse
En seca tarde del ardiente estío.
Vése la parda nube desplegarse
Tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
Y en ráfagas sin fin de viva lumbre
El rayo serpear, crujir el trueno:
Hasta que abierto el seno,
Rompe sañuda en túrbidos raudales,
Que piedras, troncos, mieses arrebatan
Con ímpetu feroz..... En breve empero
La nube pasa, y por el bosque verde
El sol esparce su esplendor primero,
Sin que otro indicio apenas la recuerde,
Que en las tranquilas hojas suspendida
Gota brillante en perla convertida.

La nueva en tanto cunde
En alas de la fama: de Isabela
El claro nombre por los aires vuela
Y entre el público aplauso se difunde.
¡Cuánto alborozo el pueblo carpentano
Ante el alcázar régio
Ostenta amante en redoblados vivas!

De músicas festivas
Alterna el coro, y en jovial tumulto
Los hijos todos del recinto hispano
Celebran fieles á su Infanta bella.
Óyese del lejano
Confin del suelo astur el canto grave
Que en círculo anchuroso
Lento y seguro pié compasa y mide;
El baile estrepitoso
De la feliz Valencia dó preside
La morisca dulzaina: allí resuena
El crótalo andaluz al son alegre
Que las béticas playas enagena:
Allí cuantos la orilla
Vió nacer del Jalon, del Miño y Segre
Renuevan hoy en danzas y cantares
Gratos recuerdos de los pátrios lares.
O tú, preciosa niña, objeto caro
De tanto aplauso y general contento;
Tú que quizá con infantil quejido,
Forzosa deuda que á natura pagas,
Respondes solo á mi cansado acento;
Duerme, tierna Isabel; duerme, reposa:
Y las Musas ibéras
Que en tu alabanza el júbilo reuna,
Para adornar tu cuna
De mirto y lauro tejerán festones;
Y de heróicas acciones,
Que el timbre augusto de Borbon realzan,
Te servirá de arrullo el noble canto.

Duerme, y permite que tu madre hermosa,
Hora asustada al eco de tu llanto,
Goce tranquila en dulces ilusiones
De tu ventura el porvenir risueño;
Que la española fé te guarda el sueño.
Y tú, sol de Fernando, Reina amada,
Que absorta y muda el ánimo recreas
En tu cara Isabel, y en tal instante
Ni el mismo trono olímpico deseas;
Gózala un siglo, y el afan materno
Compense en gracias su niñez serena,
Como el susurro de favonio tierno
Paga en fragancia cándida azucena.
Que allá en el tiempo que de veinte abriles
Sus ojos vieren renacer las flores,
Y el mundo á sus encantos juveniles
Ofrezca adoracion, tribute amores;
Si de Ibéria en el sólio soberano
Dieren las patrias leyes
Asiento digno á mas feliz hermano,
Cien poderosos reyes
De las vecinas y apartadas zonas
Rendirán á sus plantas cien coronas.

Juan Nicasio Gallego.



EL PORVENIR.



ODA.

¿Es pez el que en la espalda
Del piélago salado
Abre entre espumas surcos de esmeralda?
No, que á interválos en batir se place
Las blancas alas sobre el aura pura.
¿Es cisne por ventura?
No, que humo espeso exhala su costado.
¿Es un volcan que de las ondas nace?
No, que su mole entre ellas sobrepuja.
¿Qué es pues? Es nave que el vapor empuja.

Ya blando, ya violento,
A su arbitrio algun dia
O la mecia ó la estrellaba el viento.
Por rumbos ciertos la dirige ahora
De poderoso gas soplo constante;
Y al huracan bramante,
Al escollo y la calma desafía;

La industria anima, el tráfico mejora,
Y á la tierra un poder nuevo revela
Cuando á un tiempo pez nada, y cisne vuela.

De invento así en invento
Por senda antes oscura
Atrevido se lanza el pensamiento.
De la varia y vivaz naturaleza
Guíale por el vasto laberinto
El generoso instinto
Del propio bien y la comun ventura;
Instinto que la guerra y su crueza
Condenando feroz, hace en la tierra
Suceder larga paz á larga guerra.

Mas de esta paz la calma
¿Por qué fatal destino
No hace mejor la condicion del alma?
Se aumenta el oro, sí; mas sus raudales
Solo fecundan de uno ú de otro modo
De la materia el lodo.
Corre el mortal, pero en afan mezquino
Solo corre tras goces sensüales
Y de deseos y temores lleno
Ser rico logra, pero no ser bueno.

Así por luengos años
Llorará todavía
Su raza fraudes, crímenes y daños.
Las ilusiones de mentida gloria,
Los estravíos de ambicion insana,

De la ignorancia vana
Fátuo el desden ó abyecta la falsía
Con sangre aun escribirá la historia,
Mientras del apetito á los escesos
De la razon no oponga los progresos.

Y digo cual restaura
La dignidad del suelo
El sabio alzado á la region del aura;
O allí al orbe lunar despues volando,
De allí al de Venus y al del rubio Apolo;
De allí al helado polo,
Y cual entonces el tupido velo,
A la infinita creacion alzando,
Anuncia, absorto en éxtasis profundo,
Los milagros que encierra tanto mundo.

De sus cimas eternas
Bajará denodado
De la tierra á las lóbregas cavernas.
Su mole allí sobre ejes de diamante
Girar verá en el círculo de un dia;
Verá la mano pia
Que de colores engalana el prado,
Y de rico venero y flor fragante;
Que el fugaz tiempo por igual divide,
Su curso arregla, y sus periodos mide.

Y el arcano eminente
Arrancará á natura
De los secretos de la humana mente:

Como al lodo el espíritu se apega;
Quien lo une, cuando, donde; de que suerte
De la materia inerte
Afecta la impulsion al alma pura:
Como al contrario á la materia ciega
El espíritu imprime el movimiento,
Y quien bastó á ordenar tanto portento.

Y de dobleces llenos
Registrando en seguida
Del corazon los escondidos senos,
Del ciego error y míseras pasiones
Subirá en fin hasta el oculto origen;
Verá allí cual corrigen
Hábitos malos ó índole torcida,
Buenos ejemplos, sábias instrucciones,
Y consagrado á augusto ministerio
De las costumbres fundará el imperio

Afirmaránle leyes,
Que, en su presencia iguales,
Acatarán los súbditos y reyes.
Hábitos, opinion, costumbres, ritos
Unos serán del Austro hasta la Osa.
De la estirpe dichosa
No romperán los lazos fraternales
Vanidad, interés, pasion, delitos;
Y blando, bueno, dócil el humano
Siempre en un hombre mirará un hermano.

JAVIER DE BURGOS.

LA BATALLA DE BAILEN.



(19 de julio de 1808.)

Abría Dupont la marcha con 2600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañólos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles que estaban reunidos en una almazara ó sea molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus pies á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del dia 19. Eran en efecto fuegos de tropas francesas que habiendo las primeras y mas temprano salido de Andújar, habian tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parages. Los gefes españoles mandaron hacer alto, y Don Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo en tanto que la demas tropa ya puesta en camino volvia á colocarse en el sitio que antes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del

puente que hay á media legua de Bailen. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones, en que se habia distribuido la fuerza española allí presente, estaban al mando de los generales Reding y Coupigny, sometido este al primero, ambos gefes acudian indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba y le desalojaron. Roto este enteramente se acogió al puente y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuerzas, volvió á posesionarse de parte del terreno perdido, y estendió su ataque contra el centro y costado derecho español en donde estaba Don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado, pero ausiliados oportunamente por Don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la linea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles Don José Juncar y Don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya

unos, ya otros, de una noria sita mas abajo de la almazara antes mencionada

A las doce y media de la mañana Dupont lleno de enojo púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojo romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni salida, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, Don Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta los Baños, y colocándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo, le molestó bastantemente. Castaños debió tardar mas en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á Don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andujar el general en gefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando: habia antes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su carrera no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Doufour permaneció el

18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeña-Perros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborear del 19 oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto donde partia el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavia reposaban estas con el seguro de la pactada tregua. Advertido sin embargo Reding, envió al francés un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudó Vedel si respetaria ó no la suspension convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristobal, que está á la izquierda yendo de Bailen á la Carolina, se habia situado un batallon de Irlanda y el regimiento de Ordenes Militares al mando de su valiente coronel Don Francisco de Paula Soler: enfrente y del otro lado se hallaba otro batallon de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesaroso Vedel de haber suspendido su marcha, ú obrando quizá con doblez, media hora despues de haber contestado al parlamento de Reding, y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó al general Cassagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Descansando nuestros soldados en la buena fé de lo tratado, fuéle fácil al francés desbaratar al batallon de Irlanda que allí habia, cogerle muchos prisioneros, y aun los dos cañones. Mayor oposicion encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le dió el gefe de batallon Roche. Interesaba mucho aquel punto de la ermita de San Cristobal, porque se facilitaba, apoderándose de ella, la comunicacion con Dupont. Viendo la por-

fiada y ordenada resistencia que los españoles ofrecian, iba Vedel á atacar en persona la ermita, cuando recibió la órden de su general en gefe de no emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento calificado por los españoles de alevoso.

Negociábase, pues, el armisticio que antes se habia entablado. Fué enviado por Dupont para abrir los tratos el capitan Villoutreys de su estado mayor. Pedia el francés la suspension de armas y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abocarse con Don Francisco Javier Castaños que mandaba en gefe. A él se acudió autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclinábase Castaños á admitir la proposicion de dejar á los enemigos repasar sin estorbo la Sierra-morena. Pero la arrogancia francesa disgustando á todos, escitó al conde de Tilly á oponerse, cuyo dictámen era de gran peso como de individuo de la junta de Sevilla, y de hombre que tanta parte habia tomado en la revolucion. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Sabary de que era portador el oficial Mr. de Fenélon. Preveníasele á Dupont en su contenido que se recogiese al instante á Madrid en ayuda de las tropas que iban á hacer rostro á los generales Cuesta y Blake que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja. Tilly á la lectura del oficio insistió con ahinco en su opinion, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailen de nada serviria sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese á sus soldados ir á juntarse con los que estaban allende la sierra. A sus palabras irritados los negociadores franceses se propasaron

en sus espresiones hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus escesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias. De ambas partes agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posicion de su ejército por momentos iba siendo mas crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habia acudido de la comarca la poblacion armada, la cual y los soldados vencedores estrechando en derredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergian en profunda afliccion y desconsuelo. Los gefes franceses no pudiendo los mas sobrellevar la dolorosa vista que ofrecian sus soldados, y algunos, si bien los menos, temerosos de perder el rico botin que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulacion. Y como las primeras conferencias no habian tenido feliz resulta, escogióse para ajustarla al general Marescot que por acaso se habia incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocia al nuevo plenipotenciario Don Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaria la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habianse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que escuchando mas á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su situacion y la fé empeñada exigian, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel salvarse á todo trance. Dupont mismo sobrecogido y desatentado dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastóle á este general el

permiso para empezar á retirarse por la noche burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupont que de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se romperia la negociacion, sino que tambien sus divisiones serian pasadas á cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el francés oficiales de su estado mayor que detuviesen en la marcha á Vedel, el cual aunque cercado de un enjambre de paisanos, y hostigado por le ejèrcito español, vaciló si habia ó no de obedecer. Mas aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento que de veinte y tres gefes que convocó á consejo de guerra, solo cuatro opinaron que debia continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse, pues, la capitulacion oscura y contradictoria en alguna de sus partes; lo que en seguida dió márgen á disputas y altercados. Segun los primeros artículos se hacia una distincion bien marcada entre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas y sujetarse á la condicion de tales. A las otras si bien forzadas á evacuar la Andalucía, no se las obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecia en el artículo 6.° en donde se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harian á la vela desde San Lúcar y Rota para Rochefort en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entonces en sus propio lazo, pues no era hacedero aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos

en sus espresiones hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus escesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias. De ambas partes agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posicion de su ejército por momentos iba siendo mas crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habia acudido de la comarca la poblacion armada, la cual y los soldados vencedores estrechando en derredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergian en profunda afliccion y desconsuelo. Los gefes franceses no pudiendo los mas sobrellevar la dolorosa vista que ofrecian sus soldados, y algunos, si bien los menos, temerosos de perder el rico botin que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulacion. Y como las primeras conferencias no habian tenido feliz resulta, escogióse para ajustarla al general Marescot que por acaso se habia incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocia al nuevo plenipotenciario Don Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaria la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habianse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que escuchando mas á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su situacion y la fé empeñada exigian, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel salvarse á todo trance. Dupont mismo sobrecogido y desatentado dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastóle á este general el

permiso para empezar á retirarse por la noche burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupont que de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se romperia la negociacion, sino que tambien sus divisiones serian pasadas á cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el francés oficiales de su estado mayor que detuviesen en la marcha á Vedel, el cual aunque cercado de un enjambre de paisanos, y hostigado por le ejèrcito español, vaciló si habia ó no de obedecer. Mas aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento que de veinte y tres gefes que convocó á consejo de guerra, solo cuatro opinaron que debia continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse, pues, la capitulacion oscura y contradictoria en alguna de sus partes; lo que en seguida dió márgen á disputas y altercados. Segun los primeros artículos se hacia una distincion bien marcada entre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas y sujetarse á la condicion de tales. A las otras si bien forzadas á evacuar la Andalucía, no se las obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecia en el artículo 6.° en donde se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harian á la vela desde San Lúcar y Rota para Rochefort en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entonces en sus propio lazo, pues no era hacedero aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos

por mas probable que anhelando todos concluir el convenio, se precipitaron á cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago.

La capitulacion firmóse en Andújar el 22 de julio por Don Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly á nombre de los españoles, y lo fué al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al dia siguiente desfiló la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la, reserva y tercera division españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y Don Manuel de la Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria á las tropas que menos habian contribuido á alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8,248 hombres, la cual rindió sus armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailen, en donde las divisiones de Vedel y Doufour que constaban de 9,393 hombres abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Ademas entregaron unos y otros las águilas como tambien los caballos y la artillería que contaba 40 piezas. De suerte que entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que despues sucesivamente se rindieron en la sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21,000 hombres. El número de sus muertos ascendia á mas de 2,000 con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó tambien contuso. De los nuestros murieron 243, quedando heridos mas de 700.

Dia fué aquel de ventura y gloria para los españoles, de eterna fama para sus soldados, de terrible y dolorosa humillacion para los contrarios. Antes vencedores estos contra

las mas aguerridas tropas de Europa, tuvieron que rendir ahora sus armas á un ejército bisoño compuesto en parte de paisanos, y allegado tan apresuradamente que muchos sin uniforme todavía conservaban su antiguo y tosco vestido. Batallaron sin embargo los franceses con honra y valentía; cedieron á la necesidad, pero cedieron sin afrenta. Algunos de sus caudillos no pudieron ponerse á salvo de una justa y severa censura. Allá en Roma en parecido trance pasaron sus cónsules bajo el yugo despojados, y medio desnudos al decir de Tito Livio: «aquí hubo gefes que tuvieron mas «cuenta con la mal adquirida riqueza que con el buen nom«bre.» No ha faltado entre sus compatriotas quien haya achacado la capitulacion al deseo de no perder el cuantioso botin que consigo llevaban. Pudo caber tan ruin pensamiento en ciertos oficiales, mas no en su mayor y mas respetable número. Guerreros bravos y veteranos lidiaron con arrojo y maestría; sometiéronse á su mala estrella y á la dicha y señalado brio de los españoles.

La victoria pesada en la balanza de la razon casi tocó en portento. Cierto que las divisiones de Reding y de Coupigny, únicas que en realidad lidiaron, contaban un tercio de fuerza más que las de Dupont, constando estas de 8,000 hombres, y aquellas de 14,000. ¡Pero qué inferioridad en su composicion! Las francesas superiorísimas en disciplina, bajo generales y oficiales inteligentes y aguerridos, bien pertrechadas y con artillería completa y bien servida, tenian la confianza que dan tamañas ventajas y una série no interrumpida de victorias. Las españolas mal vestidas y armadas, con oficiales por la mayor parte poco prácticos en el arte de la guerra, y con soldados inespertos, eran mas bien una masa

de hombres de repente reunidos, que un ejército en cuyas filas hubiese la concordancia y órden propios de un ejército á punto de combatir. Nuestra caballería por su mala organizacion conceptuábase como nula á pesar del valor de los ginetes, al paso que la francesa brillaba y se aventajaba por su arreglo y destreza. La posicion ocupada por los españoles no fué mas favorable que la de los enemigos, habiendo al contrario tenido estos la fortuna de acometer los primeros á los nuestros que comenzaban su marcha. Podrá alegarse que hallándose á la retaguardia de Dupont las fuerzas de Castaños y Peña, se le inutilizaba á aquel su superioridad viéndose así perseguido y estrechado; pero en respuesta diremos que tambien Reding tuvo á sus espaldas las tropas de Vedel, con la diferencia que las de Peña nunca llegaron al ataque, y las otras le realizaron por dos veces. No es estraño que mortificados los vencidos con la impensada rota, la hayan así mismo achacado al cansancio y al calor terrible en aquella estacion y en aquel clima. Pero si los víveres abundaban en el campo de los españoles, era igual ó mayor la fatiga, y no herian con menos violencia los rayos del sol á muchos de los que siendo de provincias mas frescas estaban tan desacostumbrados como los franceses á los ardores de las del mediodia, de que varios cayeron sofocados y muertos. Hanse reprendido á Dupont y á sus generales graves faltas, y ¡cuáles no cometieron los españoles! Si Vedel y los suyos corrieron á la Carolina tras un enemigo que no existia, Castaños y la Peña se pararon sobrado tiempo en los visos de Andújar, figurándose tener delante un enemigo que habia desparecido. El general francés reputado como uno de los primeros de su nacion, aventajábase en nombradía al español, habiéndose

ilustrado con gloriosos hechos en Italia y en las orillas del Danubio y del Elba. Castaños, despues de haber servido con distincion en la campaña de Francia de 1793, gozaba fama de buen oficial y de hombre esforzado, mas no habia todavia tenido ocasion de señalarse como general en gefe. Suave de condicion amábanle sus subalternos; mañero en su conducta acusábanle otros de saber aprovecharse en beneficio propio de las hazañas agenas. Asi fué que quisieron privarle de todo loor y gloria en los triunfos de Bailen. Juicio apasionado é injusto. Pues si á la verdad no asistió en persona á la accion, y anduvo lento en moverse de Andújar, no por eso dejó de tomar parte en la combinacion y arreglo acordado para atacar y destruir al enemigo. Por lo demas la ventaja real que en esta célebre jornada asistió á los españoles, fué el puro y elevado entusiasmo que los animaba y la certeza de la justicia de la causa que defendian, al paso que los franceses decaidos en medio de un pueblo que los aborrecia, abrumados con su bagage y sus riquezas, conservaban sí el valor de la disciplina y el suyo propio, pero no aquella exaltacion sublime con que habian asombrado al mundo en las primeras campañas de la revolucion.

Nos hemos detenido algun tanto en el cotejo de los ejércitos combatientes y en el de sus operaciones, no para dar preferencia en las armas á ninguna de las dos naciones, sino para descubrir la verdad y ponerla en su mas espléndido y claro punto. Los habitadores de España y Francia como todos los de Europa igualmente bravos y dispuestos á las acciones mas dignas y elevadas, han tenido sus tiempos de gloria y abatimiento, de fortuna y desdicha, dependiendo sus victorias ó de la prevision y tino de sus gobiernos, ó de la maestria de

sus caudillos, ó de aquellos acasos tan comunes en la guerra, y por los que con razon se ha dicho que las armas tienen sus dias.

Los franceses despues de haberse rendido, emprendieron su viage hácia la costa de noche y á cortas jornadas. Ademas de las contradicciones é inconvenientes que en sí envolvia la capitulacion, casi la imposibilitaban las circunstancias del dia. La autoridad, falta de la necesaria fuerza, no podia enfrenar el ódio que habia contra los franceses, causadores de una guerra que Napoleon mismo calificó alguna vez de sacrílega. El modo pérfido con que ella habia comenzado, los escesos, robos y saqueos cometidos en Córdoba y su comarca, tanto mas pesados, cuanto recaian sobre pueblos no habituados desde siglos á ver enemigos en sus hogares, escitaban un clamor general, y creíase universalmente que ni pacto ni tratado debia guardarse con los que no habian respetado ninguno. En semejante conflicto la junta de Sevilla consultó con los generales Morla y Castaños acerca de asunto tan grave. Disintieron ambos en sus pareceres. Con razon el último sostenia el fiel cumplimiento de lo estipulado, en contraposicion del primero que buscaba la aprobacion y aplauso popular. Adhirió la junta al dictámen de este, aunque injusto é indebido. Para sincerarse circuló un papel en cuyo contesto intentó probar que los franceses habian infringido la capitulacion, y que suya era la culpa sino se cumplia. Efugio indigno de la autoridad soberana cuando habia una razon principalísima, y que fundadamente podia producirse, cual era la falta de trasportes y marinería.

Por pequeña ocasion aumentáronse las dificultades. Acaeció pues en Lebrija que descubriéndose casualmente en las

mochilas de algunos soldados mas dinero que el que correspondía á su estado y situacion, irritóse en estremo el pueblo, y ellos para libertarse del enojo que habia promovido el hallazgo, trataron de descargarse acusando á los oficiales. Del alboroto y pendencia resultaron muertes y desgracias. Propúsoseles entonces á los prisioneros que para evitar disturbios se sujetasen á un prudente registro, depositando los equipages en manos de la autoridad. No cedieron al medio indicado, y otro incidente levantó en el puerto de Santa María gran bullicio. Al embarcarse allí el 14 de agosto para pasar la bahía, cayóse de la maleta de un oficial una patena y la copa de un cáliz. Fácil es adivinar la impresion que causaria la vista de semejantes objetos. Porque ademas de contravenirse ála capitulacion en que se habia espresamente estipulado la restitucion de los vasos sagrados, se escandalizaba sobremanera á un pueblo que en tan gran veneracion tenia aquellas alhajas. Encendidos losánimos, se registraron los mas de los equipages, y apoderándose de ellos se maltrató á muchos prisioneros y se les despojó en general de casi todo lo que poseian.

Promovieron tales incidentes reclamaciones vivas del general Dupont yuna correspondencia entre él y Don Tomás de Morla gobernador de Cádiz. Pedia el francés en ella los equipages de que se habia privado á los suyos, é insistiendo ensu demanda contestóle entre otras cosas Morla: «¿si podia «una capitulacion que solo hablaba de la seguridad de sus «equipages, darle la propiedad de los tesoros que con ase«sinatos, profanacion de cuanto hay sagrado, crueldades y «violencias habia acumulado su ejército de Córdoba yotras «ciudades? ¿Hay razon (continuaba), derecho ni principio

«que prescriba que se debe guardar fé ni aun humanidad á «un ejército que ha entrado en un reino aliado y amigo so «pretestos capciosos y falaces; que se ha apoderado de su «inocente y amado rey y toda su familia con igual falacia; «que les ha arrancado violentas é imposibles renuncias á fa«vor de su soberano, y que con ellas se ha creido autoriza«do á saquear sus palacios y pueblos, y que porque no ac«ceden á tan inícuo proceder, profanan sus templos y los «saquean, asesinan sus ministros, violan las vírgenes, estu«pran á su placer bárbaro, y cargan y se apoderan de cuan«to pueden transportar, y destruyen lo que no? ¿Es posible «que estos tales tengan la audacia oprimidos, cuando se les «priva de estos que para ellos deberian ser horrorosos fru«tos de su iniquidad, reclamar los *principios de honor y pro«bidad*?» Verdades eran estas si bien mal espresadas, por desgracia sobradamente obvias y de todos conocidas. Mas las perfidias y escándalos pasados no autorizaban el quebrantamiento de una capitulacion contratada libremente por los generales españoles. ¿Qué seria de las naciones, qué de su progreso y civilizacion, si echándose recíprocamente en cara sus estravíos, sus violencias, olvidasen la fé empeñada y traspasasen y abatiesen los linderos que ha fijado el derecho público y de gentes? En Morla fué mas reprensible aquel lenguage siendo militar antiguo, y hombre que despues á las primeras desgracias de su patria la abandonó villanamente y desertó al bando enemigo.

Al paso que con las victorias de Bailen fué en las provincias colmado el júbilo y universal y estremado el entusiasmo, consternóse y cayó como postrado el gobierno de Madrid. Empezó á susurrarse tan grave suceso en el dia 23.

De antemano y varias veces se habia anunciado la deseada victoria como si fuera cierta, por lo que los franceses calificaban la voz esparcida de vulgar é infundada. Sacóles del error el aviso de que un oficial suyo se aproximaba con la noticia. Llegó pues este, y supieron los pormenores de la desgracia acaecida. Habia cabido ser portador de la infausta nueva al mismo Mr. de Villoutreys que habia entablado en Bailen los primeros tratos, y á cuyo hado adverso tocaba el desempeño de enfadosas comisiones. Segun lo convenido en la capitulacion un oficial francés escoltado por tropa española debia en persona comunicarla al duque de Róvigo general en gefe del ejército enemigo, y ordenar tambien en su tránsito por la sierra y Mancha á los destacamentos apostados en la ruta, y que formaban parte de las divisiones rendidas, ir á juntarse con sus compañeros ya sometidos para participar de igual suerte. Cumplió fielmente Mr. de Villoutreys con lo que se le previno, y todos obedecieron incluso el destacamento de Manzanares. Fué el de Madridejos el que primero resistió á la órden comunicada.

Llegó á Madrid el fatal mensagero en 29 de julio. Congregó José sin dilacion un consejo compuesto de personas las mas calificadas. Variaron los pareceres. Fué el del general Savary retirarse al Ebro. Todos al fin se sometieron á su opinion, así por salir de la boca del mas favorecido de Napoleon, como tambien porque avisos continuados manifestaban cuánto se empeoraba el semblante de las cosas. Por todas partes se conmovian los pueblos cercanos á la capital: no les intimidaba la proximidad de las tropas enemigas; cortábanse las comunicaciones; en la Mancha eran acometidos los destacamentos sueltos, y ya antes en Villarta habian sus

vecinos desbaratado é interceptado un convoy considerable. Agolpáronse uno tras otro los reveses y los contratiempos: pocos hubo en Madrid de los enemigos y sus parciales que no se abatiesen y descorazonasen. A muchos faltábales tiempo para alejarse de un suelo que les era tan contrario y ominoso.

José resuelto á partir, dejó á la libre voluntad de los españoles que con él se habian comprometido, quedarse ó seguirle en la retïrada. Contados fueron los que quisieron acompañarle. De los siete ministros, Cabarrus, Ofárril, Mazarredo, Urquijo y Azanza mantuviéronse adictos á su persona y no se apartaron de su lado. Permanecieron en Madrid Peñuela y Cevallos. Imitaron su ejemplo los duques del Infantado y el del Parque, como casi todos los que habian presenciado los acontecimientos de Bayona y asistido á su congreso. No faltó quien los tachase de inconsiguientes y desleales. Juzgaban otros diversamente, y decian que los más habian sido arrastrados á Francia ó por fuerza ó por engaño, y que si bien se propasaron algunos á pedir empleos ó gracias, nunca era tarde para reconciliarse con la patria, arrepentirse de un tropiezo causado por el miedo ó la ciega ambicion, y contribuir á la justa causa en cuyo favor la nacion entera se habia pronunciado. Lo cierto es que ni uno quizá de los que siguieron á José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, á no haberles arredrado el temor de la enemistad y del odio que las pasiones del momento habian escitado contra sus personas.

Antes de abrir la marcha reconcentraron los enemigos hácia Madrid las fuerzas de Moncey y las desparramadas á orillas del Tajo. Clavaron en el Retiro y casa de la China mas

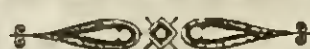
de ochenta cañones, llevándose las vajillas y alhajas de los palacios de la capital y sitios reales, que no habian sido de antemano robadas. Tomadas estas medidas empezaron á evacuar la capital inmediatamente. Salió José el 30 cerrando la retaguardia en la noche del 31 el mariscal Moncey. Respiraron del todo y desembarazadamente aquellos habitantes en la mañana del 1.º de agosto. El 9 entró el fugitivo rey en Burgos con Bessieres, quien segun órdenes recibidas se habia replegado allí de tierra de Leon.

Acompañaron á los franceses en su retirada lágrimas y destrozos. Soldados desmandados y partidas sueltas esparcieron la desolacion y espanto por los pueblos del camino ó los poco distantes. Rezagábanse, se perdian para merodear y pillar, saqueaban las casas, talaban los campos sin respetar las personas ni lugares mas sagrados. Buitrago, el Molar, Iglesias, Pedrezuela, Gandullas, Broajos y sobre todo la villa de Venturada abrasada y destruida, conservarán largo tiempo triste memoria del horroroso tránsito del estrangero.

Continuó José su marcha, y en Miranda de Ebro hizo parada, estendiéndose la vanguardia de su ejército á las órdenes del mariscal Bessieres hasta las puertas de Burgos. Terminóse así su malogrado y corto viage de Madrid, del que libres y menos apremiados por los acontecimientos, pasaremos á referir los nuevos y esclarecidos triunfos que alcanzaron las armas españolas en las provincias de Aragon y Cataluña.

Conde de Toreno.

EPISTOLA.



Desde las tristes márgenes del Sena,
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
Salud te envia tu infeliz amigo,
A tí mas infelíz!.... Y ni le arredra
El temor de tocar la cruda llaga,
Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos
Bañarse en nuevas lágrimas.... ¿Qué fuera,
Si no llorára el hombre?.... Yo mil veces
He bendecido á Dios que nos dió el llanto
Para aliviar el corazon, cual vemos
Calmar la lluvia el mar tempestuoso.

Llora pues, llora: otros amigos fieles
De mas saber y de mayor ventura,
De la estóica virtud en tus oidos
Harán sonar la voz; yo que en el mundo
Del cáliz de amargura una vez y otra
Apuré hasta las heces, no hallé nunca

Mas alivio al dolor que el dolor mismo;
Hasta que ya cansada, sin aliento,
Luchando el alma, y reluchando en vano,
Bajo el inmenso peso se rendía.....

¿Lo creerás, caro amigo? Llega un tiempo
En que gastados del dolor los filos,
Ese afan, esa angustia, esa congoja
Truécanse al fin en plácida tristeza;
Y en ella absorta, embebecida el alma,
Repliégase en sí misma silenciosa,
Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea, y yo otras veces
Lo dudé como tú; juzgaba eterna
Mi profunda afliccion, y grave insulto
Anunciarme que un tiempo fin tendría.....
Y le tuvo: de Dios á los mortales
Es esa otra merced; que así tan solo,
Entre tantas desdichas y miserias,
Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera pues, dá crédito á mis voces,
Y fíate de mí... ¿Quién en el mundo
Compró tan caro el triste privilegio
De hablar de la desdicha?... En tantos años
¿Viste un dia siquiera, un solo dia
En que no me mirases vil juguete
De un destino fatal cual debil rama
Que el huracan arranca, y por los aires

La remonta un instante, y contra el suelo
Le arroja luego, y la revuelca impío?....

Lo sé: contra los golpes de la suerte,
Cuando solo en nosotros los descarga,
El firme corazon opone escudo;
Mas no acontece así... ¿Y acaso piensas
Que no he perdido nunca á quien amaba
Mas que á mi propia vida?... Si un momento
Te dá tregua el dolor, vuelve los ojos
A un huérfano infeliz, enfermo, triste,
Solo en el mundo, sin tener ya apenas
A quien llorar.... que á todos en la tumba
Unos tras otros los hundió la muerte.

En la misma estacion.... (¿ves? tu desgracia
Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
Perdí una madre tierna, idolatrada,
Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
Mi triste padre descendió á la tumba;
Y abrazados bajaron de consuno
Pronunciando mi nombre, que á lo lejos
Sonó en mi corazon, no en mis oidos....
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano:
La fatal losa á entrambos cobijaba,
Y para colmo de pesar y angustia
Aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, mas consuelos
En tu grave afliccion.... (aunque rebelde
Se vuelva contra mi tu pena misma,

Por fuerza has de escuchar mi voz severa,
Que no aduló jamás á la fortuna,
Ni ahora adula al dolor). Tú en tu desgracia
Hallaste mil consuelos, que la suerte
Cruelmente me negó: viste á tu esposa
Y la cuidaste en su dolencia estrema;
Tú recibiste su postrer suspiro;
Tú estrechaste su mano, tú la viste
Tender á tí los brazos, y cual prenda
En los tuyos dejar su amada hija....

Pero yo propio, sin querer, ahondo
El puñal en tu pecho, renovando
Ante tu vista la funesta imagen
De la noche fatal, en que aun luchaba
La vida con la muerte..... Ya sus penas
Para siempre acabaron: ella misma,
Vueltos al cielo los piadosos ojos,
Se lo rogó en su angustia; y la esperanza
Brilló al morir en su serena frente,

¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro
Penetrar los arcanos!.... ¡Cuántas veces
Nuestro acerbo dolor se templaría!
En este mismo instante en que lamentas
De tu mísera esposa el fatal hado,
¿Quién te ha dicho, infeliz, que mas dichosa
No esté gozando de eternal ventura?....
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
Dejas caer!.... No calles, no; responde:

Sondea, si te atreves, el abismo
Que de tu amada esposa te separa;
Cruza la eternidad, y luego dime
En donde está, si es mísera y dichosa,
Si pide luto ó parabien.
No ha mucho
(A tí contarlo puedo; alegres otros
Riyeran de mi triste desvario)
Hallándome en la orilla encantadora
Del mar Tirreno, la ciudad dejaba,
Madre de los placeres, y á Pompeya
La débil planta absorto dirigia....
Fuentes, jardines, quintas y palacios
A mis ojos brillaban; mas la mente
Penetraba mas hondo, y poco á poco
Se iba estrechando el corazon.... Las flores
Entre lava nacian; y esos pueblos,
Hoy ricos, florecientes, ocultaban
Otros pueblos felices algun dia
Labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros
De la ciudad desierta; y ya anunciaban
Que fué un tiempo morada de los hombres
Los sepulcros que orlaban la ancha via:
A su arrimo descansa el pasagero;
Que ellos le dan sombra y reposo..... al cabo
A las puertas tocaba; y en su linde
El vacilante pie se detenia,
Cual si temiese profanar osado

La mansion de los muertos.—Ni un acento,
Ni una voz, ni un murmullo.... hasta parece
Que el eco está allí mudo, y no responde.
Cruzaba lento las estrechas calles,
Sin huella humana; pórticos y plazas
Sin un solo viviente; en pie los muros,
Desiertos los hogares; y en los templos
Sin víctimas las aras.... y aun sin dioses.

¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino
El mundo ante mis ojos parecia,
Cuando me hallaba allí!.... Sonrisa amarga
Asomaba á mis labios, recordando
La ambicion de los hombres, sus venganzas,
Sus proyectos sin fin: un breve soplo
Sus bienes y sus males como el humo
Disipa, y la ceniza á cubrir basta
Una inmensa ciudad, cual leve polvo
Cubre un vil hormiguero....
Así abismado
En tristes reflexiones recorria
Aquel vasto recinto silencioso,
Cual una sombra vaga entre sepulcros:
Los lazos que me ataban á la tierra
Aflojarse sentia; y libre el alma
Lanzábase, dejando atras los siglos,
Al espacio sin límites..... ¡Si vieras!
Lo que es la triste vida comparada
A aquella inmensidad!...... De cierto, amigo,
Cuajadas en tus ojos quedarian

Esas copiosas lágrimas que viertes,
Y en la tierra fijándolos, tú propio
Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza
La que tú lloras; tú que por el suelo
Arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede
Volverte á unir á tu adorada esposa,
Consagra á su memoria los instantes
Que de ella ausente estés; y su recuerdo
Tu corazon anime; y en tus labios
Resuene siempre su apacible nombre....
¡Ni cómo de tu esposa olvidarias
El claro ingenio, el alma generosa,
La divina beldad; dotes preciados
Que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hácia el opaco bosque
De cipreses y adelfas caminando,
Pendiente de tu diestra una corona
De tristes siemprevivas; y los ojos
Apenas alzas, descubrir temiendo
El monumento de perpétua pena,
Que de tu esposa las cenizas guarda....
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
Tanto huérfano triste y desvalido
De que fué tierna madre, los que un dia
Su bondad y sus prendas admiraron,
En largas filas silenciosos, mústios,

Tus pasos lentamente van siguiendo,
Y cercan su sepulcro.... ¿No los oyes?
Suyos son los tristísimos sollozos,
Suyas las quejas y el confuso llanto
Que interrumpen las fúnebres plegarias....
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
Ni una flor que enviarte : que las flores
No nacen entre el hielo; y si naciesen,
Solo al tocarlas yo se marchitaran. (1)

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

UN CASTELLANO LEAL.

ROMANCE I.

«Ola hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pró.

«Esas puertas se defiendan
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Mas limpio que lo está el Sol.

(1) Esta *Epístola* fué dirigida desde Paris por el autor al Excmo. Sr. duque de Frias con motivo de la muerte de su esposa, y forma parte de la *Corona fúnebre* dedicada á la memoria de la duquesa.

«No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.

«Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
Y conde de Benavente
Si él es duque de Borbon.

«Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traicion mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

——

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salia
Cuya puerta se cerró,

Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Mas bien que timbre, baldon.

Y de páges y escuderos
Llevando un tropel en pós
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbon.

El que lidiando en Pavía
Mas que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor.

Y que á Toledo ha venido
Ufano de su traicion,
Para recibir mercedes,
Y ver al emperador.

ROMANCE II.

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos.

Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos.

Ante un sillon de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del imperio.

De pié estaba Cárlos quinto
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

——

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias motas orlado,
Y desabrochado y suelto,

Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;

Y la escelsa y noble insignia
Del Toison de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
Con un blanco airon, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,

Descubre por ambos lados,
Tanta magestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero.

Y con la siniestra halaga,
De un mastin muy corpulento,
Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

——

Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino;
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;

O del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,
O de asuntos de Alemania,
Agitada por Lutero.

Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
Rumor impensado luego,
Abrese al fin la mampara
Y entra el de Borbon soberbio

Con el semblante de azufre,
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto.

Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.

———

Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobacion y el contento.

El emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber que responderle
Al francés de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente;
De altas esperanzas lleno

Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho;

Mucho al de Borbon le debe
Y es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.

Y llamando á un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

ROMANCE III.

Sostenido por sus pages
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.

Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,

Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,

Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan séria,
Que veneracion de lejos
Y miedo causa de cerca.

Eran su trage unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.

De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.

Un birreton de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gaban de paño verde
Con alamares de seda.

Tan solo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el toison ha despreciado
Por ser orden estrangera.

Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra

Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala,
Los pages que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el conde
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara régia.

——

Pensativo está el monarca,
Discurriendo como pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbon le debe,
Aun mucho mas de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.

Dilacion no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se le recuerdan.

En el sillon asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personage recibe
Que *comedido se acerca.*

Grave el conde le saluda
Con una rodilla en tierra,

Mas como grande del reino
Sin descubrir la cabeza.

El emperador benigno
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbon aloje
Voluntad suya resuelta.—

Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.

«Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toqueis mi honra
Y respetad mi conciencia.

«Mi casa Borbon ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;

«Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga

Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta,

«Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»

——

Dijo el conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.

Y á casa de un su pariente
Mandó que le condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Cárlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Mas que la imperial diadema.

ROMANCE IV.

Muy pocos dias el duque
Hizo mansion en Toledo,
Del noble conde ocupando
Los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio
Dejó vacio, partiendo

Con su séquito y sus pages
Orgulloso y satisfecho,

Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo:
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;

Despues en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos,

Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.

——

Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.

El emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,

A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
  Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan accion tan grande
En la famosa Toledo.

El Duque de Rivas.

EL CESANTE.



El *Cesante* es una de las que en España se llaman *clases pasivas*, nombradas sin duda así porque *padecer* es su destino. Estas clases toman diferentes títulos, como *jubilados*, *cesantes*, *retirados*, *escedentes*, *ilimitados*, *indefinidos*, *viudas*, *huérfanos* etc. etc. etc., segun su orígen y derechos; y todas convienen en un carácter general que es el *tener señalada* una pension sobre el Erario público, con obligacion de no hacer nada. Decimos *tener señalada* para ser exactos; pues si usáramos del verbo *cobrar*, daríamos una idea muy equivocada de este carácter especial y distintivo que tiene mucho mas de aparente que de sólido y verdadero. Aquí sobre todo viene de perilla aquel refran que dice: *del dicho al hecho hay mucho trecho*.

Podríase escribir una obra tan voluminosa como promete ser la Enciclopedia Española del presente siglo, con solo tratar de estas diferentes clases y sus especies, obra que, á falta de otra utilidad, tendría la de ser un archivo de todas las flaquezas, injusticias y arbitrariedades humanas. Pero tan inmenso trabajo no es para nuestras débiles fuerzas, reduciéndose nuestro encargo á dar una idea de lo que propiamente se llama *Cesante*, es decir aquella variedad de las clases pasivas que procede de los empleados civiles, aptos todavía para el servicio activo, pero que en virtud de una reforma, de un capricho ministerial, de una recomendacion parlamentaria, de la indicacion de un club subterráneo, ó del decreto de una junta revolucionaria, han quedado, como se suele decir vulgarmente, *en la calle*, espresion propia, puesto que muchos de estos individuos suelen de resultas no tener otro domicilio que la via pública.

Así como el hombre ha sido lanzado al mundo para *trabajar*, el Cesante, por el contrario, es arrojado á la sociedad para que *no trabaje*. No es esto decir que se le impida el ejercitar sus fuerzas en las faenas que á bien tenga; nada de eso; le es muy lícito ponerse á peon de albañil, á memorialista, á repartidor de periódicos: en una palabra, no por ser Cesante, está exento de la maldicion que Dios echó sobre la humanidad cuando dijo á nuestro primer padre: *Ganarás tu sustento con el sudor de tu frente*. El Cesante deja solo de trabajar en aquello que sabe y puede: fuera de esto, cualquiera ocupacion le es permitida, lo que vale tanto como no permitirle ninguna. El Cesante es, pues, un sér entregado á una holganza forzada.

En esto conviene con las demas clases pasivas, pero se

distingue de ellas en cuanto á la pension asignada sobre el erario, pues hay cesantes que la tienen, y otros que carecen de ella. El que ha ocupado un empleo, aunque no sea mas que un solo dia, y al otro queda apeado, ese lleva ya la honrosa denominacion de Cesante, quedándole en recompensa dos papelitos firmados por dos distintas personas, y á veces por una misma: el uno que dice: «S. M. se ha servido nombrar á vd. para tal ó cual empleo»; y el otro con un «S. M. ha tenido á bien exonerar á vd.» Ambos papelitos se guardan cuidadosamente como oro en paño, sino por lo útiles que son, por los recuerdos que dejan.

Ahora bien; la distancia entre las fechas de uno y otro no es cosa indiferente, puesto que si esa distancia no llega á quince años, el empleado desposeido queda *cesante sin cesantía*; y si pasa, es *cesante con cesantía.* Para entender esto conviene advertir que la palabra *cesantía* tiene dos acepciones: primera, el estado de Cesante, que es la genuina: segunda, la pension ó sueldo que segun los años de servicio le queda señalada al Cesante. Ambas cosas vienen á ser para los efectos materiales una misma, pero establecen una diferencia grande en cuanto á los derechos. La *cesantía con cesantía* da derecho á ser inscrito en una nómina; para la *cesantía sin cesantía* no hay nómina; es decir, que queda este cuidado menos, pues siquiera entonces el Cesante no se desespera, esperando el santo advenimiento de una paga que tarde ó nunca llega.

Esplicado ya lo que es Cesante, resta saber de qué causa procede, cómo se forma y qué variedades ofrece.

La causa primordial de la cesantía está en aquella propiedad de la materia llamada *impenetrabilidad*, la cual, co-

mo todos saben, consiste en que dos cuerpos no pueden ocupar á un tiempo un mismo lugar en el espacio, de donde resulta que cuando un cuerpo estraño quiere colocarse en ese lugar, tiene que decir al que le ocupa aquello del consabido juego, *ese puesto le necesito yo*. Ahora bien, medite el benévolo lector sobre todos los pretestos que puede haber en el mundo para quitar á un hombre del lugar que ocupa, y otros tantos tendrá de producir un Cesante. Sin embargo, aunque todos se tienen generalmente por buenos, existen dos principales que son los que mas se emplean.

1.º Estincion de una dependencia, supresion del destino, ó arreglo de la oficina para darla nueva planta. Este es un pretesto decoroso y contra el cual no puede haber reclamacion alguna, puesto que siempre lleva por objeto aparente la economía, aunque en realidad resulte lo contrario. Si se estingue la dependencia, renace con otro nombre, y claro está que los empleados en la antigua no tienen derecho para entrar en la nueva: si es el destino el suprimido, á poco tiempo se reconoce su falta y se rehabilita, aunque no á la persona que le ocupaba: si hay nueva planta, se dice á los pacientes que no caben en ella, y se dice con razon, puesto que los huecos han sido ya ocupados por otros. Es verdad que en todos estos casos se le hace la gracia al Cesante, para optar á cesantía, de no exigirle mas que doce años de servicios, en vez de los quince que deberia acreditar si hubiera sido meramente exonerado; y tambien es preciso hacer justicia al ministro: nunca deja de poner en la órden que «se tendrán presentes los servicios del interesado para colocarle con arreglo á sus méritos y circunstancias:» lo cual no deja de ser buen consuelo de tripas para el pobrete que se

queda in albis, y sabe muy bien el valor que debe dar á semejante frase.

2.° Opiniones políticas. Este es el pretesto mas cómodo, el que está siempre á la mano, y sobre todo, el mas elástico, puesto que en él cabe toda clase de pretestos y de personas. Con efecto, ha sido el mas general en estos tiempos que alcanzamos. Desde el carlista mas fanático hasta el mas furibundo republicano, no hay color político que no sea materia dispuesta para formar un Cesante: todos han pasado por el tamiz, yendo uno tras otro, y á veces todos juntos, á poblar el inmenso panteon destinado á la clase. Aquí si que han metido el brazo hasta el codo ciertos ministros; y á fé que no les ha de pedir Dios cuenta de lo que han dejado de hacer en obra tan meritoria. Pero en honor de la verdad, se han quedado todos niños de teta en comparacion de las juntas revolucionarias, que, con varios y pomposos títulos, han desgobernado á España en los muchos pronunciamientos que para bien de esta heroica y pronunciada nacion hemos tenido desde que corren revoluciones. Es tal la maña que se dan las tales juntas en esto de quitar empleos, que parecen como nacidas para este solo objeto. Reúnense unos cuantos patriotas para salvar á la nacion y el primer espediente que se les ocurre, por no decir el único, es el hacer un regular desmoche por todas las dependencias de que tienen noticia: cumplida esta faena, no sin provecho propio y de los suyos, tendiendo la vista por su obra, esclaman como Dios al acabar el mundo; «¡Bien hecho está!» y en seguida, como él, descansan y no hacen mas, y quedan coronados de gloria.

Cualquier pobrete á quien se le alcance poco en esto de

cesantías, creerá cándidamente que el verdadero motivo para dejará un hombre apeado, ha de ser solo su ineptitud, su inmoralidad ó su mal comportamiento. En creerlo así demuestra su falta de cacúmen, y prueba que de achaque de empleos no entiende nada. ¿Qué es un empleo? ¿Es por ventura una ocupacion, un servicio que se hace al estado, un medio de ser útil á la patria, y para lo cual se necesita aptitud, talento, aplicacion y probidad? Así era en otros tiempos; pero ahora con las reformas, lo hemos arreglado de otro modo. Un empleo en la actualidad, es pura y simplemente un medio de tener una rentita al año sin necesidad de trabajar ni molestarse; ni mas ni menos que como, en otro tiempo, le sucedia á un mayorazgo, y así como al mayorazgo no le obstaba para cobrar sus rentas y gastarlas, el ser tonto, ignorante, ocioso y mala cabeza, sino que al contrario, estas cualidades parecian requisito indispensable de la clase, del propio modo le vienen tambien de molde al empleado moderno. Y á la verdad, para cobrar y gastar un sueldo no se necesita haber inventado la pólvora: por cuya razon, y conforme á esta teoría, la única verdadera, hemos declarado los modernos que la probidad, la aplicacion y el talento no hacen falta para ser empleado; que mas bien estorban, y por lo tanto, para dar ó quitar un destino es inútil contar con semejantes fruslerías, debiendo ser la única norma la conveniencia del individuo. Así queda muy simplificada la cuestion; y reducida al solo punto de si el que ocupa un empleo es ó no amigo, se le quitan al ministro ó junta destituidora muchos quebraderos de cabeza.

De aquí ha resultado que el Cesante es un bicho que se ha multiplicado de un modo prodigioso en España, y va cu-

briendo toda su haz como las hormigas cubren un campo en el estío. Cesantes hay de todos colores, de todas edades, y hasta las amas de cria han quedado cesantes. Véanse las aldeas; allí cesantes: recórranse las ciudades populosas; allí cesantes: éntrese en los cafés; allí cesantes: penétrese en los establecimientos fabriles, comerciales y literarios; allí cesantes: visítense los hospicios y hospitales; allí sobre todo cesantes: España no tiene ya españoles; todos son cesantes: España va á perder su nombre; y en vez del que ahora lleva, olvidándose hasta las antiguas denominaciones de Iberia, Bética, Castilla, Aragon, etc. etc.; no conservará mas que el de *Cesántia* ó patria de los cesantes. Con efecto, semejante casta no es conocida mas que en este pais privilegiado: es peculiar de nuestro suelo; ninguna otra nacion del mundo la posee, y para ella sola hay en el dia Pirineos. Por lo mismo, y para que los estrangeros, si llegan á leer estos tipos, adquieran una idea exacta de tan rara y nueva especie, vamos á manifestar aquí sus caractéres y variedades.

El Cesante es, por lo visto, un animal bípedo, bastante parecido al hombre, y que participa mucho de la naturaleza del camaleon: como este, vive en gran parte del aire; y merced á su forma esterior, se pasea entre los humanos, con los cuales alterna, las mas veces á guisa de sombra ó espectro, que á tal suele reducirle el leve elemento de que se mantiene. Esta especie no fué incluida por Linneo en su clasificacion del reino animal, porque fundado su sistema únicamente en los caractéres esteriores, la confundió aquel célebre naturalista con el hombre; ó mas bien, porque viviendo en pais donde no existia, no tuvo ocasion de observarla.

Divídese esta especie en variedades que se multiplican al infinito, pero cuyas principales son las siguientes: el *Cesante acomodado*, el *industrioso*, el *literato,* el *económico*, el *mendicante* y el *revolucionario.*

El *Cesante acomodado* es aquel que teniendo algunos bienes de fortuna, ya patrimoniales, ya adquiridos (aquí no se trata del cómo), no necesita para vivir mas ó menos decorosamente, ni del sueldo de su empleo, ni de su mal pagada cesantía. Este Cesante conserva buen aspecto; sus carnes no han padecido disminucion notable; su vestido es aseado y su habitacion elegante: se da todavia los aires de hombre de alguna importancia, sobre todo si guarda el carácter de secretario de S. M., con su tratamiento al canto y su cruz de Cárlos III ó de comendador. Concurre infaliblemente de dos á tres de la tarde á la calle de la Montera; no ha dejado de ir á tomar su taza de café á *los Dos Amigos* ó á *Gaspar Amato*; y al anochecer, en el buen tiempo, se le vé sentado en las sillas del Prado, formando corro con otros muchos de su especie. Por la noche tiene su tertulia en el *Casino* ó el *Ateneo*; es individuo del *Liceo*, y hace siempre un esfuerzo para suscribirse á las funciones estraordinarias de *Rubini* ó de cualquier otro artista estrangero. La funcion nueva que llama la atencion en el teatro, le tiene fijo á la tercera ó cuarta representacion (cuando ya ha cesado el saqueo de los revendedores), y por supuesto en luneta, que no ha de rebajar todavia nada de su dignidad y decoro. En suma, á primera vista, es su porte el mismo que cuando ocupaba su poltrona, y no falta quien en el despecho ó el asombro de no verle abatido, dice para su capote: «bien se te conoce, bribon, lo que has robado.»

Sin embargo, para el observador atento y escrupuloso no es oro todo lo que reluce, y no dejan de advertirse en este Cesante señales de decadencia. Al fin y al cabo, aunque se tenga algun caudal, veinte ó treinta mil reales de menos al año no son moco de pavo, y su falta obliga siempre á muchas economías aunque disimuladas. Si lo necesario no falta, han dejado de tenerse aquellas gollerías á que daba márgen la no escasa mesada, y que constituyendo la ostentacion de la persona, hacen la vida mas regalada y gustosa. El pastelero de al lado no guarda ya para su vecino, como antes solia, la rica anguila del Ebro, ni el esquisito salmon, ni el pastel de Perigord, ni mucho menos el *dindon truffé* por el que antaño le llevaba sus diez y doce duros. Las visitas al sastre son mucho menos frecuentes, y aun se ha reñido con él bajo pretesto de haber echado á perder la última levita. El aseo de la persona es siempre grande, y si cabe, mayor que antes; pero la ropa no sigue ya la volubilidad de las modas, se hace antigua, las costuras blanquean y se mantiene lustrosa á fuerza de cepillo. Todas estas privaciones, si bien no atacan la existencia del individuo, si bien no obligan á buscar trabajosos recursos, sostienen y avivan la ira del Cesante; y como pasa todo el dia en santa ociosidad, se distrae de ella, hablando mal de los ministros; lee esclusivamente los periódicos de la oposicion, arrullándose con los insultos que se prodigan á sus contrarios; va á todas partes por noticias, las lleva, las trae y las inventa en caso necesario: en una palabra, el Cesante acomodado no conspira, no obra directamente contra el gobierno, pero es el que mas trabaja con su contínua charla en desacreditarle.

El *Cesante industrioso* no tiene bienes de fortuna, pero

posee un genio activo y emprendedor. En vez de amilanarse con la desgracia saca fuerzas de flaqueza, busca ardientemente los medios de subsanar lo que ha perdido, y lo consigue á menudo con creces y ventaja suya. Su principal objeto es que no le vean decaer un punto de su esplendor antiguo, y antes bien procura aumentarle para dar en rostro á sus enemigos. Su misma actividad le ha hecho adquirir, siendo empleado, numerosas y útiles relaciones; su perspicacia le ha descubierto medios de fortuna que antes ignoraba y que beneficia ahora. Ya se convierte en agente de negocios, sirviéndole los conocimientos burocráticos que posee, los amigos que en las oficinas conserva, y los porteros que siempre le respetan y atienden en la espectativa de que pueda volver á su destino; ya consigue administrar los bienes de algun grande ó de un rico hacendado, ya un comerciante le coloca en su escritorio, poniéndole al frente de sus negocios; ya se introduce en la Bolsa, observa el alza y baja de los fondos, se hace amigo de los especuladores y agentes, arriesga algunas operaciones, y con prudencia y maña saca al cabo del año su regular ganancia; ya encontrando apoyo en un capitalista amigo, se lanza en el ramo de suministros y anticipaciones al gobierno, ó emprende alguna especulacion productiva; ya, en fin, trocando en oficio lo que hasta entonces fué diversion, saca producto de su habilidad al tresillo, al golfo, al billar, ó de su fortuna á la banca. Su porte es brillante; no hay en él señal alguna de decadencia como en el empleado acomodado; gasta, triunfa, se divierte y pasa con desdeñosa altaneria al lado del que le ha sustituido en el empleo. Come en el Casino, no falta al Liceo, asiste casi todas las noches al teatro, va siempre en coche propio

ó ageno; habla mal del gobierno por costumbre; y sucede al cabo de algun tiempo una de dos cosas: ó que da un batacazo y desaparece dejando colgados á sus acreedores, ó que hace realmente fortuna, logra vivir independiente, y se olvida del gobierno, de la política, y hasta de que hay empleos en el mundo.

El Cesante literato. Esta variedad es rara, pero existe. Como no suele ser el talento poético, ni la vasta erudicion lo que entre nosotros conduce á los destinos, tampoco abundan los que desposeidos de ellos pueden fundar su nueva subsistencia en ocupaciones literarias. Sin embargo, muchos jóvenes, al salir de la universidad, han preferido el servicio del estado al ejercicio de su profesion, y en las oficinas se encuentran infinitos abogados y no pocos médicos. Algunos vuelven á su primitiva carrera, tal vez con harto provecho y gloria suya; pero los mas, faltos de práctica en ella, y habiendo tomado gusto á esto de manejar la péñola, tienen por mas socorrido el meterse á escritores públicos. Ya se ve, el escribir bien ó mal, es cosa de que todos presumen entender un poco; y no se necesita, en estos tiempos que corren, ser un Garcilaso ó un Cervantes para llamarse literato. Por mal que vaya, no ha de faltar alguna novela que traducir; ó algun rinconcito de periódico donde un hombre pueda echar á volar por el mundo sus pensamientos. Si escribir para la gloria es privilegio de pocos, hacerlo de pane lucrando está al alcance de muchos. La libertad de imprenta es una mina que con un poco de maña puede beneficiar el mas zote, pues no son tan escrupulosos los lectores ni libreros; y si el producto no es grande, al menos se vive y se va pasando hasta que abra Dios otro camino.

Lo malo que hay para el gobierno es que en esta clase de *Cesantes literatos* es donde encuentra sus mas acérrimos y temibles enemigos. La ira literaria fué siempre la mas rencorosa de todas. ¿Qué será pues, si á la saña natural de la especie se añade la venganza? Apodérase el Cesante del arma que mas daña al gobierno, es decir, de un periódico; y aqui te quiero, escopeta. Cada mañana lanza contra el poder un par de articulitos capaces de poner en combustion el mismo reino de los cielos, y que levantando ampollas al malhadado ministro, no le dejan comer ni dormir pensando en su antagonista. Así, pues, la mayor parte de los periodistas de oposicion son siempre empleados cesantes, jóvenes ardientes, que no solo combaten por el triunfo de sus ideas, sino tambien por reconquistar una posicion política, con la fuerza que les dan su ilustracion é indisputables talentos. Ellos creen ser dueños del porvenir; escriben, menos para alcanzar riquezas, que para arrebatar el poder, la reputacion y la gloria; y tal vez entre ellos se ocultan futuros hombres de estado, en cuyas manos caerán algun dia los destinos de la patria.

El *Cesante económico* es generalmente algun antiguo empleado con veinte y cinco ó treinta años de buenos servicios. Acometido el infeliz de improviso por el duro golpe que en su vejez le priva de subsistencia, acostumbrado á una vida pacífica y metódica, no siendo útil á otra cosa mas que á lo que desde la infancia ha sido su ocupacion constante, se encuentra como el pez fuera del agua, y desmaya y perece. Sin embargo, tiene muger, tiene una hija; necesita vivir para sostenerlas, y se resigna con su suerte. Reúnese el consejo de familia, á fin de decretar las medidas estraordi-

narias que la situacion exige. A pesar del escaso sueldo, tantos años de vida arreglada, le han dejado algunos ahorrillos que, puestos á ganancias, aumentaban el anual peculio. ¿Se echará mano de este fondo para dote de la niña? No es bella, y aunque bien criada y hacendosa, sin aquel aliciente se quedará tal vez sin novio. Vence el amor paternal, y se resuelve no encentar el depósito. Sus réditos llegan á tres mil rs.; si se cobra una tercera parte de la cesantía, resultarán otros tantos: con dos mil que copiando y haciendo ajustes de cuentas podrá ganar el papá, ascenderá todo á ocho mil rs., cantidad mezquina; pero con la cual ninguna familia se muere de hambre. Hecho este cómputo, se deja el cuarto de la calle del Príncipe, dándose un salto á otra habitacion modesta del barrio de Afligidos: se despiden los criados; la madre guisa; la niña cose, aplancha, y tiene aseada la casa; la comida se reduce al puchero; se renuncia el teatro: nada de refrescos en la botillería; cuando mas, los dias que repican recio, se estiende el esceso á un chico de michimichi: fuera galas supérfluas; pero se conservan cuidadosamente las antiguas, á fin de no hacer mal papel, ni ahuyentar á los novios; y de este modo, mediante la mas estricta economía, sin goces ningunos, pero sin grandes penalidades, se llega al cabo del año quedando pie con bola.

Este Cesante en su porte esterior es aseado; su ropa es antigua pero limpia y bien cuidada; no va al Prado ni á las grandes reuniones; se le suele encontrar en Chamberí y en la fuente Castellana, con su cara mitad y la niña ó con otros viejos venerables, y por la noche nunca falta á la partida de mediator ó de mali la. Es ademas enteramente inofensivo: todo su afan se reduce á recuperar su perdido empleo; y no

murmura del gobierno, sea el que fuere, al menos de modo que se llegue á saber, por temor de perder toda esperanza, y de inutilizar los pasos que da y los empeños que busca.

El *Cesante mendicante* es una degeneracion del anterior: bien sea por causa de su dilatada familia, bien por falta de economía, bien por vicio é indolencia, el dia que se vió sin destino se encontró sin un cuarto ni de donde le viniera. Es incapaz de ocuparse en nada, ni de buscar ningun medio decoroso de subsistencia, aun su cesantía, si llega á cobrar alguna parte, no le sirve de nada; porque el mismo dia que cobra se lo gasta todo alegremente: en suma, se pasa la mano por la cara, se quita la poca verguenza que le queda, y resuelve vivir sobre el pais.

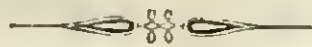
Desgraciadamente es esta una variedad muy numerosa, y la que se podria considerar como el tipo genuino y verdadero de la especie. Al aspecto esterior se le puede reconocer. Este aspecto es el de un ser flaco y estenuado; rostro macilento, estirado é intonso; ojos hundidos pero perspicaces y codiciosos. Suele llevar un gaban ó paletot de hechura antigua, que en tiempos mas felices se ostentaba sobre el rico frac de sedan, y el precioso chaleco, y ahora solo sirve para encubrir la falta de uno y otro, y el estado fatal de la camisa. En cuanto al dichoso gaban, no le conoceria el sastre que le engendró: perdida la memoria de su primitivo color, no admite ya siquiera las oficiosas caricias del cepillo, é indiscretos boquerones dan suelta á la entretela que á toda prisa se escapa. Los anchos pantalones, emancipados de las trabillas, no sujetan el zapato que quiere divorciarse del pié y renegar de su dueño por lo mal parado que le trae. El sombrero que apenas tapa la enmarañada cabe-

llera, parece haber recibido tormento en la santa inquisicion por lo desvencijado que está, resguardándole del contacto ageno lo empolvado y mugriento. Con este pelaje, sin embargo, pasea impávido el mendicante las calles y plazas de Madrid, penetra en los cafés, alterna en los corrillos, y se da todavia la importancia de un funcionario público. Estaciónase en la Puerta del Sol, junto al antiguo cafe de Lorencini, donde se abriga cuando llueve ó entra á leer la Gaceta que devora á falta de otro alimento, teniendo al lado un vaso de agua que la caridad del mozo no le niega. Si ve á lo lejos algun antiguo compañero, al punto corre tras de él; le sigue impertérrito contándole todas sus lástimas, y no le deja hasta arrancarle su peseta. Otras veces emplea la noche en escribir esquelas de pedir, y al siguiente dia las vá llevando por las casas de todos sus conocidos, sacando raja de ellos, hasta que escamados, dan órden á sus criados de no admitir ya semejantes papelitos; otras, en fin, se presenta en casa de algun rico, se hace anunciar como el coronel tal ó el magistrado cual, y con una relacion lastimosa, consigue sacar un par de duros, que no es posible dar menos á un personage de tal categoría. Por la noche, guardáos si no teneis precision, de atravesar el café de los Dos Amigos; pues sabiendo el taimado que tiene salida á dos calles principales, y que muchos por ahorrar camino, le convierten en pasadizo, está colocado de acecho en parage oportuno, y como la araña á la mosca, pilla al pobrete que pasa, y sin ser mosca, le hace que la suelte. En fin, es una plaga para la cual haria bien el gobierno en fundar un nuevo San Bernardino.

Pero todavia es mas plaga el *Cesante revolucionario*. Este es la peor ralea de cesantes que existe. Tiene mucha

afinidad con la variedad anterior, y se diferencia poco en el pelage; pero con peor catadura y mañas mas aviesas. Como él, saquea al prógimo, ya sea á domicilio, ya al paso; como él, obstruye la Puerta del Sol, habita Lorencini, y chilla en el Café Nuevo, que es el asiento principal de esta especie de sabandijas. El Cesante mendicante suele por lo menos ser viejo, é inspirar compasion: el revolucionario es por lo regular jóven, y como solo ha debido el ser empleado á algun pronunciamiento, no teniendo años de servicio, ha quedado sin cesantía; y funda su única esperanza en otro pronunciamiento. Casi siempre gasta largas melenas; ancha barba y retorcido bigote; es muy comun en él llevar debajo de un mal capote una levita rota de miliciano; y por supuesto, la echa de patriota puro. Perora en el café; insulta en la Puerta del Sol al que cree ser de opinion contraria; intriga y alborota en su compañia; aplaude y silba en las galerias del Congreso; amenaza á los diputados y los quiere matar á su salida; no hay sociedad secreta en que no entre; bullanga que no promueva; conspiracion á que no sirva de instrumento; en suma, es una de esas alimañas que salidas de lo mas corrompido de la sociedad, abortan las revoluciones para deshonra del pueblo, gangrena del estado, ruina de los hombres de bien, y destruccion de todo buen gobierno.

ANTONIO GIL Y ZARATE.



ROSMUNDA.

ESCENA II DEL ACTO III.

ENRIQUE. ROSMUNDA.

ENRIQUE.

¡Ah! yo te juro que tan negro crímen
no ha de quedar impune: si en tu sangre
mi noble espada sumergir no puedo,
aun hay tormentos para tí mas grandes.
Pero ¡Rosmunda!... ¡Ay Dios!... ¡Muerta, sí, muerta!
Héla allí inmóvil, sin color, cadáver,
que el régio manto convirtió en mortaja,
y en féretro el dosel.... ¡Horrible imágen!
Maldigo mi pasion; pues ella sola
la causa ha sido de tan cruel desastre....
Sí, yo soy quien te mata, sí, Rosmunda;
y soy el que despues de asesinarte,
con mofa vil que de baldon me cubre
ahora escarnio de tus restos hace.
Mas ¡ay! perdona; que á poderlo Enrique,
viva estuvieras donde muerta yaces.
Huyamos de esta vista.... Mas no puedo...

A sus plantas llorar solo me es dable.
Quiero morir aquí.... Muerto tan solo
de hoy mas consiento que de aquí me arranquen.
¡Rosmunda!... ¡No responde!... ¡Cuán helada
su yerta mano está!.... Mi llanto baje
sobre ella ardiendo, y en su mármol frio,
corra abundoso y el calor derrame.
Dios, que ves mi dolor, haz que á la vida
mis suspiros la vuelvan un instante.

(Queda postrado á los pies de Rosmunda: esta vá volviendo en sí poco á poco).

ROSMUNDA.

¡Ay!

ENRIQUE.

¡Qué gemido!... si será.... delirio....
¡vana ilusion!

ROSMUNDA.

¡Ay Dios!

ENRIQUE.

¡Otra vez!

ROSMUNDA.

Madre....
madre amada....

ENRIQUE.

¿No es ella?... Sí.... se mueve....
¡aun respira!... ¡O placer!... Su pecho late....
¡Rosmunda!... ¡Guardias!... Acudid.... ¡Rosmunda....
¡Vives!... ¡Ah! yo fallezco.

(Cae á los pies del trono).

ROSMUNDA.

Oigo llamarme....
¿Qué es esto?... ¿Dónde estoy?... ¿Qué sitio es este? .
¡Qué espléndido salon! ¡Qué estraño trage!...
¿No es un régio dosel do estoy sentada?
¿Qué peso es este que mi frente abate?
¡Una corona!... ¡O Dios!... Sin duda es sueño
para hacer mas horrib'e el despertarme.

(Deja la corona á un lado).

ENRIQUE.

¡Rosmunda!

ROSMUNDA.

¿Quién me llama?... ¿Un hombre miro
á mis plantas?... ¿Quién sois?

ENRIQUE.

¡O fiero trance!
¿No me conoces ya?

ROSMUNDA.

¡Cielos! ¡Alfredo!
Enrique!... ¡El es!... él es.... Dios, amparadme.

ENRIQUE.

¿Qué temes?

ROSMUNDA.

Apartaos.... Vuestra vista
solo espanto y horror puede causarme.

ENRIQUE.

Escucha.

ROSMUNDA.

Nada quiero.... Huyamos.

(Quiere huir y no pudiendo sostenerse, cae).

¡Cielos!

No me puedo tener.... ¿Qué así me falten
las fuerzas!

(Enrique acude á sostenerla).

ENRIQUE.

Ven, mi bien, ven á mis brazos.

ROSMUNDA.

Un rayo en ellos sin piedad me abrase.

ENRIQUE.

Calma tu espanto, pues permite el cielo
que á mi voz de la tumba te levantes.

ROSMUNDA.

¡Ah! ¿qué quereis de mí? ¿Sois vos, inicuo,
quien hacerme ha dispuesto tal ultraje?

ENRIQUE.

No me culpes.... Yo mismo no comprendo....
Así quiso Leonor de mí vengarse....
Mas la perdono ya, pues que fingida
tu triste muerte....

ROSMUNDA.

Sí.... fingida.... En balde
un tósigo mortal me destinaba:
el cielo decretó que me salvase.

ENRIQUE.

Mas ¿cómo pudo ser?... Dime....

ROSMUNDA.

No todos
son malvados aquí.... Burló sus planes
narcótico licor.

ENRIQUE.

¿Quién te lo diera?

ROSMUNDA.

Arturo.

ENRIQUE.

¡Arturo!

ROSMUNDA.

Sí.... Dejad me saquen
de este horrible palacio.

ENRIQUE.

¿Qué pretendes?
¿No soy tu Alfredo yo? ¿Puedes dejarme?

ROSMUNDA.

¡Alfredo! y aun osais con ese nombre!...
Mirad, señor, do estamos.... De mis padres
no es esta la mansion.... No es el humilde
castillo donde con perversas artes,
de doncella infeliz, sensible, incauta,
un pérfido traidor pudo burlarse;
donde ella se entregaba sin recelo
al tierno impulso de su pecho amante;
y donde ciega al deshonor corria
mientras soñaba ¡ay Dios! felicidades.
Aquí el alcázar de los reyes miro;
un trono miro allí.... Por todas partes

la pompa de estos sitios me anonada,
y en vos refleja para haceros grande.
¡Alfredo pereció!... Triste, Rosmunda,
ni aun en recuerdo ya le es dado amarle:
sois Enrique, mi rey, mi soberano;
y para vos, señor, ya no soy nadie.

ENRIQUE.

¡Nadie!... Tú eres mi bien, mi alma, mi todo;
y en vano quiso el cielo coronarme:
á tus plantas yo rindo mi diadema;
y siempre Alfredo soy.

ROSMUNDA.

Sois un infame,
sois un perverso, pues. La horrible mengua
así aceptais de un seductor cobarde,
de un vil perjuro.... Por inmundo fango
el manto régio consentis se arrastre;
y el que nació á ser rey, ya sin decoro.
al esclavo mas vil quiso igualarse.

ENRIQUE.

¡Ah! calla, calla; que al oir tus quejas
fiero puñal el corazon me parte.
Sí, yo soy criminal; tu ira merezco....
mas compasion tambien.... Siempre punzante
cruel remordimiento atormentaba
mi triste corazon; y al adorarte,
yo mi pasion funesta maldecia;
y al maldecirla mas, era mas grande.
¿Qué quieres?... (esclamaba en mi delirio)
¿Do te lleva tu ardor?... ¿Quieres, infame,

seducir su virtud? ¿Entre tus manos
esa cándida flor habrá de ajarse?
Entonces detestaba esta grandeza
que puso nuestras cunas tan distantes;
y mas que todo detestaba entonces
ese lazo fatal, abominable,
que no formó el amor, y en férreo yugo
es eterna ocasion de mis afanes.
Ora intentaba en mi furor romperlo,
y sobre el trono escelso colocarte:
ora huir de tu lado resolvia
y entregarte al olvido.... Tú lo sabes:
turbado, incierto, veces mil me viste
á tus plantas gemir, y delirante,
raudo desparecer: en larga ausencia
mi olvido ya, mi ingratitud lloraste;
y al cabo, á mi pesar, sin saber cómo,
otra vez á tus pies volviste á hallarme.
No me acrimines, pues.... Culpa tan solo
al hado, al cielo... á tí ¿Piensas que es fácil
conocerte y no amar? ¿Piensas que puede
quien una vez te amó nunca olvidarte?
Pierde primero tu fatal belleza;
pierde ese hechizo que fascina, atrae,
y puso el cielo en tí, cual si quisiera
ostentar su poder á los mortales.
¡Ay! esta dicha que á tu lado alcanzo
tan dulce es para mí, tan inefable,
que ¿cómo resistir? ¿cómo á perderla,
mísero yo, pudiera condenarme?

ROSMUNDA.

Y ¿cómo á tanto amor resistiria
una débil muger? Sencillo, fragil,
mi triste corazon á sus dulzuras
se entregó sin recelo, y los pesares
nunca creyera hallar donde lucia
de ventura sin fin la bella imágen.
Solo en tí se encerraba, en tí tan solo
cuanto en el mundo apetecer es dable.
Alfredo era mi dicha, era mi gloria,
mi tesoro, mi vida, el bien mas grande;
Alfredo era mi Dios á quien la tierra
toda á mis ruegos erigiera altares.
¿Te hallabas á mi lado? Embebecida
creia ver de mi custodia el ángel.
¿Hablabas? A tu voz me estremecia
cual si el Supremo Ser bajára á hablarme.
Subyugada por tí, vencida ¡ay triste!
¿qué me fue dado hacer sino adorarte?
¡Era yo tan feliz!... No las riquezas
te pedia mi amor, no que me alzases
hasta el régio dosel.... Solo veia
como el supremo bien tu ansiado enlace,
y nada mas allá... Vivir contigo,
y que la tierra entera me olvidase;
y contigo morir; y que al empíreo
nuestras almas unidas se elevasen;
y en presencia de Dios, en su alta gloria,
por una eternidad poder amarte.

ENRIQUE.

Si, bien mio, lo juro: si, por siempre
tuyo Enrique será. Ven, y constante....

ROSMUNDA.

¿Qué he dicho? ¡Santo Dios!... ¡ah! me horrorizo.
Dejadme... no es verdad.

ENRIQUE.

No te retractes.
Dí que me amas aun.

ROSMUNDA.

Y bien, os amo,
os amo por mi mal... pero matadme.

ENRIQUE.

No, que mia serás... Ya no vacilo.
Triunfó, triunfó el amor... Desde hoy tu amante
tu esposo vendrá á ser.

ROSMUNDA.

¡Cómo!

ENRIQUE.

Rompiendo
con esa aleve mi ominoso enlace,
hoy libre quedaré

ROSMUNDA.

No, no permito....

ENRIQUE.

¿Quién, dí, quiso adornar con los reales
armiños tu beldad? ¿Quién la corona
á tu frente ciñó? ¿Quién colocarte

mandó sobre ese trono?... Dí: ¿no es ella?
pues ella....

ROSMUNDA.

Si.... es verdad... ¡Muger infame!
¿No vió mi juventud y mi inocencia?
y ¡nada pudo haber que la aplacase!
y ¡decretó mi muerte!... y ¡el veneno
á saciar su rencor no fué bastante!
¡Mas allá de la tumba se estendia,
haciendo escarnio vil de mi cadáver!
¡Ah! Tiembla... que por fin, de tí, perversa,
yo tambien á mi vez podré vengarme.

ENRIQUE.

Si, si: te vengarás... su puesto ocupa.
En él te colocó; de él ella baje

ROSMUNDA.

¡Qué horrible pensamiento! ¡O Dios! y pude...
¡Ah! señor; por piedad, de aquí sacadme.
No me conozco ya... Vuestra presencia...
esta regia mansion.... vuestro lenguage ....
todo perturba mi razon.... y todo....
Dejadme al menos mi virtud, dejadme.

ENRIQUE.

¿Qué dudas?... Ven conmigo, ven.

ROSMUNDA.

Marchaos;
que aun vuestro aliento me emponzoña.

ENRIQUE.

En balde
te resistes... Yo juro... Mas ¿quién viene?
¿ella acaso?

ROSMUNDA.

¡Eleonora!

ENRIQUE.

Si... Ocultarte
es preciso... Ven.

ROSMUNDA.

No.

ENRIQUE,

Te lo suplico.
Que Enrique al menos tu existencia salve.

ROSMUNDA.

Obedezco... Mas ¿donde?

ENRIQUE.

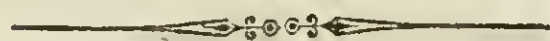
En ese trono;
y que su mismo ardid hora la engañe.

(Vuelve Rosmunda á colocarse en el trono, y se cubre con las cortinas; pero de modo que el público pueda verla todavia.)

ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

EPISTOLA MORAL

SOBRE LAS COSTUMBRES DEL SIGLO (1).



Á MI QUERIDO AMIGO

EL SEÑOR DON VENTURA DE LA VEGA.

Y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

¡Oh siglo del vapor y del buen tono!
¡Oh venturoso siglo diez y nueve....
O, para hablar mejor, décimo nono!
Si alguna pluma cáustica se atreve
A negar tus virtudes y tu gloria,
Yo la declaro pérfida y aleve.
¿Cuándo ha visto en sus páginas la historia,
Sea en la antigua edad, sea en la media,
Tantas acciones dignas de memoria?
¡Y qué saber! Si Dios no lo remedia,
Tendrá cada varon dentro de poco
Montada en su nariz la enciclopedia.
Mozuelo á quien ayer hacia el coco
Bestial pasiega, y sin ageno auxilio

(1) Esta epístola fué premiada con la Flor de oro por el Liceo Artistico y Literario de Madrid en el concurso de 1841.

Ni andar podia ni limpiarse el moco,
Hoy desafia á Homero y á Virgilio,
O con él comparado, si gobierna,
Era un mal aprendiz Numa Pompilio.
Hay quien echa á Demóstenes la pierna
Ostentando verboso la oratoria
Que aprendió en los cafés... ó en la taberna.
Hasta un pinche que en docta pepitoria
Perdices ó besugos condimenta,
De sabio alcanza ya la ejecutoria;
Que si á la parca víctimas aumenta
La ciencia culinar, sabrosa muerte
Es morir *con su sal y su pimienta.*
Escribir y crear es nuestro fuerte,
No hay poste ya sin cartelon impreso,
Ni prensa ociosa, ni punzon inerte.
¡Así se compran páginas al peso,
Pagando medio duro por arroba
Para envolver los dátiles y el queso!
Uno invoca á las brujas en su trova;
Otro sigue á Aristóteles y á Horacio;
Otro pinta á los héroes con joroba;
Aquel pulsa la lira en un palacio;
Aquel otro rasgando la bandúrria
Muestra en un bodegon su cartapacio,
Ya nos posea el júbilo ó la murria,
A todos nos ataca esa manía,
Esa especie de métrica estangúrria.
Y lo mismo en la dulce poesía
Que en moral, en política, en hacienda

Nuestro estado normal es la anarquía.
«El Genio por do quier se abre una senda»
Asentada esta máxima, ¿qué importa
Que ya ningun cristiano nos entienda?
Así tambien la muchedumbre absorta
Sus goces multiplica intelectuales
Con tantas coplas como España aborta.
Así quizá en los públicos corrales
Involuntaria risa nos asedia
Cuando ejecutan dramas sepulcrales;
Y hoy que tanto se rie en la tragedia
No es maravilla si se queja alguno
De que le hagan reir en la comedia.
Mas dejando en su tema á cada uno,
Hugos y Tasos, Góngoras y Ovidios,
Decídme, y perdonad si os importuno:
¿Cuándo persas, ni sármatas, ni lidios
Hilaron tan delgado en el sistema
De acumular gabelas y subsidios?
Ello es verdad que rústico anatema
Fulmina audaz contra el avaro fisco
El pobre ganapan que caba ó rema,
Y cuando alza el orgullo un obelisco
Exclama en su dolor: ¡yo le he pagado
Con la postrer obeja de mi aprisco!
Mas ¿quién es un pechero mal criado
Para meter impertinente el cuezo
En el *Sancta Sanctorun* del Estado?
Humille al suave yugo su pescuezo,
Y al sueño lo atribuya buenamente

Cuando el hambre le arranque algun bostezo.
¡Pues no faltaba mas! ¡que un insolente
Su bienestar prefiera..., verbi gracia,
A las árduas cuestiones del Oriente!
Harto tiene que hacer la diplomacia
Si ha de avenir con el bajá del Nilo
A un tal Abdul Megid, sultan de Tracia.
¡Es grave la cuestion! Pende de un hilo
Si ha de ser del vecino, ó tuya, ó mia
La pesca del caiman y el cocodrilo.
Arreglemos primero á la Turquía,
No sea que del uno al otro polo
Arda la guerra asoladora, impía.
A bien que *Metternich* se pinta solo
Y *Palmerston* es hombre que lo entiende
Para eso de enjergar un protocolo:
Y despues que conjuren aquel duende
Y al bajá y al sultan protocolicen,
Protocolizarán á los de aquende.
¡Oh! mármoles y bronces eternicen
Al que inventó tan linda panacea,
Aunque algunos ingratos la maldicen.
Lo que antes en diez años de pelea
Hoy en cuatro minutos se transige
Con polvos y papel, tinta y oblea,
Otorga el flaco lo que el fuerte exige:
La guerra es ya de pura ceremonia,
Y aunque truene el cañon nadie se aflige.
Venga, dice el inglés, esa colonia,
Y el prusiano y el ruso y el austriaco

Se reparten el reino de Polonia.
Si esto no agrada al infeliz polaco,
¡Paciencia! Era mal clima la Siberia:
Mejor campa en el Vístula el cosaco.
Así en el archipiélago se feria
Á Oton un cetro, y á Coburgo en Flandes;
Así muere absoluto el rey de Iberia,
Y en su cartera así los hombres grandes
Del universo encierran el destino
Desde el hercúleo mar hasta los Andes.
Acaso algun espíritu mohino
Mas daño que á la pólvora y al hierro
Atribuya al papel y al pergamino.
Si al fin, dirá, la albarda y el cencerro
Ha de imponer al débil el potente,
Si le han de dar al cabo pan de perro,
Mas vale pelear como valiente
Y á lo menos salvar la negra honrilla,
Como dijo aquel príncipe excelente.
¡Grosero error! Doblemos la rodilla,
Oh santo Protocolo, en tus altares.
¡Gloria á tí! Eres la octava maravilla.
Y no porque á los bélicos azares
Sucedan los primores de la pluma,
Faltan héroes. ¡Nos sobran á millares!
De tal renombre la grandeza suma
Apenas se otorgaba en otra era
Al audaz vencedor de Motezuma:
Hoy lo arreglamos ya de otra manera:
Proclamas y periódicos sin cuento

Conceden ese título.... á cualquiera.
¿Y qué diré, Oh Ventura, (que el momento
Ya llegó de nombrar el ciudadano
A quien mi carta dirigir intento);
Qué diré del prodigio sobrehumano
De valer hoy millones la libranza
Que ayer menospreció todo cristiano?
¡Doloso cebo al necio Sancho-panza
A quien sepulta en súbito naufragio
Viento faláz que le auguró bonanza!
¡Maldito sea, exclamarás, el agio,
Peste de las modernas sociedades
Mas fiera que el bubon en su contagio!
¡Dichosas las pretéritas edades
Do fué desconocido! ¡A buen seguro
Que lo sufrieran Jerjes ni Milciádes!
¿Mas qué hicieras, replico, en el apur
De ser ministro, dí, y en el erario
No hallar para un remedio un peso duro?
¡Oh! no cabe sistema tributario
Que iguale ni con mucho al arte eximia
Que convierte el papel en numerario.
¿Y cómo reprobar la nueva alquimia
Cuando con ella el alto *financiero*
Sino salva al estado... lo vendimia?
¿Y qué importa que gima el pueblo entero
Mientras jugando á la *alza* y á la *baja*
La bursátil legion náda en dinero?
Que no á todos es dable la ventaja
De comprar al futuro y al contado

Sin un real en la bolsa ni en la caja.
  Al bolsista chambon, desventurado,
Que paga una primada en cada *prima*
¿Quién le manda meterse en tal fregado?
  Pero aunque esta verdad nos cause grima,
El maldito interés es una plaga
Que nunca el hombre se echará de encima.
  Yo mismo, mal coplero que, á la zaga
Del que cantó de Itálica el escombro
En dulce son que persuadiendo halaga,
  Oso epistolizar y con asombro
Miro, oh Ventura, la excesiva carga
Con que estoy abrumando el frágil hombro;
  Cuando escribo estos versos de botarga,
Y con algo de miel los elaboro,
Que á secas la verdad es muy amarga,
  No de gloria fugaz al almo coro
Demando la merced; solo me impulsa
La golosina.... de la rosa de oro;
  Y aunque peque mi sátira de insulsa,
Me quedaré mas frio que la nieve
Si el adusto areopágo me repulsa.
  Mas, por si tal ocurre, quiero en breve
Dar á mi carta fin, que es ya prolija
Y tal vez hoy se lean ocho ó nueve.
  Así, aunque mucho queda en la balija,
Adios, Ventura amable: siempre tuyo,
Como sabes.... *et cætera*... y concluyo
Antes que el auditorio me lo exija.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

DE TEJAS ARRIBA.

I.

MADRE CLAUDIA.

«....... á tus tiernas palomillas
el vuelo peligroso las rehuses;
Que andan muchos azores por asillas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.
Bartolomé de Argensola.

—Dios sea en esta casa.

—Y en la de vd., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

—Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

—Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazon que estoy hablando con la señora Claudia, la que viene á habitar la buhardilla núm. 7.

—Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buena hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás; y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo!; hoy por tí, mañana por mí; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy dia nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda. No digo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea

con su pipita; sino esplícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo tambien fuí persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz;... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el dia viene la noche, que lo que Dios da llevárselo há, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió...! Tal me vea yo á la hora de mi muerte... ¿Es rosoli ó aniseta...? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que dá vino en vez de agua....! á la salud de vds., caballeros..... ¡fuego de Diós y qué calorcillo tiene el espíritu....! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos que están diciendo «comedme....» ¡Ah! sino estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos.... apostaria que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja..... gracias, hija mia, por el favor..... bien se la conoce que es hija de tal padre.... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

—Gracias, madre Claudia.

—Bien haceis, hija en dar las gracias, que para eso las teneis, y aun para quedaros despues con ellas; ¡ay! quién me tornára á mí de ese talle y esa frescura, y no me robára la esperiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar, y no me veria ah ora enme-

dio del arroyo, como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo, y luego que vienen los años llorar por los que son idos.... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mia.....? ¿qué, no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues á qué vienen esas colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y.... ¡válgame Dios....! ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con sus lábios esa gota de coral....!

—¿Alguno, madre?

—Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre..... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nosotras; por fin, hija mia. mas dias hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. Y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche, y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos...., A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo por un palmo de cerilla..... ¿Tambien ese favor?..... muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento...... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, sino es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas,

salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y sino fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras.....? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sarten, que, gracias á Dios y á mis años, así me dá el naipe qara aderezar un guisado como para coser un zurcido.... Con que, á Dios.

La buena vieja, dicho esto salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivitil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fué arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó, y la vieja que entraba y el gato que se esperezaba sobre el fogon, se quedaron á buenas noches.

II.

LAS BUHARDILLAS.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos

sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que, á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba como hemos visto, mas que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlas, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de suyo son y serán esplicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal estremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por egemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompues-

to apuntando á marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hácia la próxima Navidad. Sabia que en la de mas allá existia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven, zapatero y ribeteadora; él mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico del portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquia, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia ademas corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenia relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro; ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. El, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en francés, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrerito de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico habia dado fondo una física criatura, que sin mas preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la cabeza mas bien templada. Valencia, el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de aña-

dir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas dificil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde esta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella ó que la trajeron; y que la abandonaron ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si vá á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia detras de su biombo en un portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales, y seguia la correspondencia de media Asturias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces, como veia poco, á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traia la cabeza tan llena de embolismos y de bilis, que siempre venia á casa regañando, y como soltero y que no tenia muger con quien pegarla, la solia pegar con la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenia su mansion un hombre de presa (*corchete* que suele decir el vulgo), el cual cuando

creia que nadie le miraba, solia hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinacion y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intencion, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oido listo á las promesas y cerrado á las plegarias, multiplicado á veces como edicion estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subia por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia, ó si mas bien llegaria en breves dias á ser como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que, girando únicamente sobre sí mismo, obligára á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

III.

DRAMA DE VECINDAD.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente hácia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponia menos obstáculo á sus ataques.....

—¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias

el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomára en cuenta; pero ¿quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma; antes bien conviene esponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la esperiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, sino hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mia, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un hábil marinero, así tú en mis manos esperimentadas, podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reirte de los furores de los vientos desencadenados contra tí.

Yo no sé si fué precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja, ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso ; pero lo que sí podré decir es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil bajo la razon de *Amor, Venus y Compañía*; sociedad en que

una ponia la prudencia y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buhardilla de madre Claudia no se veia ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada estraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte es de suponer que seguia en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fué la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavia conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huía á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil, pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvia la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servia el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venia á aparecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. Ahora vayan vds. á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, iempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fué el formar con los demas vecinos una décuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincon, el cual no se hizo mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber:—la gracia, la esperiencia y la ciencia—ó en otros términos;—una muchacha, una vieja y un doctor.—Y digo doctor, no porque lo fuera, ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederacion, merced á algunas copillas de mosto y sus corres-

pondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas ó añadir á las megillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse allí, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á escitar la simpatia de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad, por lo inacesible de su edad á los sentimientos mundanos, pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavia agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora, (que buena falta les hacia á los pobres para engañar el atraso de pagas del papá,) el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda dueña; ¡pero qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel, habian de parar en los estantes de un Monte pio, y todo el mundo sabe

que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta allí habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una muger, no logra al cabo del dia un resultado comparable con el del mas mísero albañil. Y luego, que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un *déficit* por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aun y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavia de concurrir á las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion y disimular los rigores de su fortuna.—«¿Quién sabe? (decian ellas) quizá estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo á algun rico mayorazgo ó algun viejo capitalista, que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seriamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid?—No, á fé mia, respondian todas; y sino ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, ó un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á

los toros en coche, y en el teatro están abonadas en delantera.... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aquí encerradas en este caramanchon. A fé que, como decia ayer la vecina Madre Claudia, que Dios dijo al hombre, ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *estramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad* y de *atahud*; mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*; las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos en conclusion que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así en toda la vecindad, si se esceptúan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interés de su argumento.

IV.

PERIPECIA.

Una noche..... ¡qué noche.....! llovia á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de madre Claudia; rodaban las tejas y caian á la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desvan aparecian goteras interminables, cansadas que llenaban las cofainas, los barreños, las artesas, y prometian inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venia á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluia por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabria cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvia á rezar y darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedia al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, á las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hácia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda oscuridad.... La vieja despavorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al ful-

gor de otro relámpago se vé entrar con precaucion á un bulto negro y embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

¡Jesus mil veces!—grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir mas.

—Nada tema usted, madre Claudia.... soy yo... ¿no se acuerda usted de lo que me prometió para esta noche?....

—En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone á usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

—Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

—¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que vá el cielo á juntarse con la tierra... mas cuenta, que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni donde puse la pajuela.

—A bien que aquí traigo yo el fósforo y....

—Alabado sea el Señor, Dios me dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga, aquí, y endiñaré el candil...; pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla tambien...?

Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este porfiaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reia, y luego sacaba aquel un bolsillo, y esta se ponia á discurrir.

—¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un impo-

sible? Yo no diré que ella no le quiera á usía, y mucho, que á mis años y á mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegára á sospechar la intencion con que por usía he venido á esta casa..... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo só, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar.... No sino aguarda la breva en enero y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche...?

—No es esto decirle á usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el *só*, ni para otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harian tan remolonas.

—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja maldita.... Yo no he venido aquí á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalon

de esta escalera infernal... Vengo solo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en valde.

—Pues á eso voy, señor: ¡cáspita! y que vivos de génio son estos boquirrubios, y qué...

—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia....

—Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

—Pero......

—Ande usté de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando á él le convenga; deje usté su cuarto entresuelo de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; súbase usté á las nubes como el gavilan y póngase desde allí en acecho de la perdiz... y todo ¿para qué....?

—Tienes razon, Claudia, tienes razon; pero como tú me dijiste....

—Y ya se vé que dije y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero....

—Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aquí mismo en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasion...

—¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte.

—Quiera Dios que dure y que á lo mejor no me muestre las uñas.

—No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi espe-

ranza; ahora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo tambien á su prudencia y..... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atrás...

—Bien, bien, como querais, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buhardilla, donde la pondria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias; y la inocente creyó al pié de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la jóven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion privaron por un momento á la niña del uso de la voz; despues lanzó una mirada suplicante á la vieja la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galan quieren detenerla; en vano

son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «*Favor, vecinos, favor*....»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones; y mientras los mas próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subia los escalones cuatro á cuatro, gritando desaforadamente.....

—«Mi hija.... mi hija.... ¿quién me la ofende....?»

—A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies, en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar por el tejado....

El zapatero, que subia á este tiempo la escalera en amor y compañia con la valencianita, mira escapar á su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenia por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil yel memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon.

El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término á semejante escena, que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y á su horrísono impulso rue-

dan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de la viuda; la ribeteadora del químico; y el alguacil de la valenciana, gritando: *Favor á la justicia: dejadme á esta pecorilla que es el cuerpo del delito....»*

V.

DESENLACE.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero habia cerrado su almacen y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda por disposicion de esta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tul Bobiné*; el zapatero habia apaleado á su muger y estaba en la cárcel; y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador.... al alguacil.

El Curioso Parlante.



AL BUSTO DE MI ESPOSA.

Imágen de mi adorada,
Consuelo de mi dolor,
Unica prenda salvada
Del naufragio de mi amor.

¿Porqué clavados están
Siempre mis ojos en tí,
Si jamás en tí verán
A la hermosa que perdí?

¿Donde el fuego de sus ojos
Me ha conservado el cincel?
¿Dónde los matices rojos
De su lábio de clavel?

Mas ¿pudo quedar cautiva
En piedra, tela ó metal
Su belleza fugitiva,
Su mirada angelical?

Naturaleza al formarte,
Idolo del alma mia,
Quiso luchar con el arte
Que en imitarla porfía;

Y dijo con altivez
Despues que en tí se miró:
«Que venga el hombre esta vez
A copiar lo que hice yo.»

Triunfabas, naturaleza,
Y triunfas en mi memoria;
Pero ¡con qué lijereza
Renunciaste la victoria!

Polvo ya la criatura
Donde brilló tu poder,
No tiene esa piedra dura
Competencias que temer.

Diestro, escultor, anduviste;
Disculpa mi loco error:
No hay en la boca del triste
Sino acentos de rigor.

¿Qué dejarás por hacer
Al que rige las esferas,
Si tú una piedra pudieras
Trocar en una muger?

Debiera yo comprenderte,
Y en ese mármol fatal
Ver el triste material
De las urnas de la muerte.

Memorias de destruccion
Graba en él la humanidad:
¡Era fatídico el don,
Escultor, de tu amistad!

Yerta me representaste
La faz del bien de mi vida:
¡Pronto la ví convertida
En el mármol que labraste!

Como él encontré de frio
Su labio cárdeno y mudo
La única vez que no pudo
Responder al labio mio.

¡Cuántas veces, dulce dueño,
Turbó con su huella ardiente
La dulzura de tu sueño
El beso que dí en tu frente!

Mas no te pudo arrancar
De aquel letargo profundo:
De él solo has de despertar
Al ay de muerte del mundo.

¡Qué condicion miserable!
¡Cuánta es del hombre la mengua!
¡Tener un ángel que le hable,
Y no comprender su lengua!

Aquella noche postrera,
Bien mio, de tu vivir,
Tú me hablabas placentera
De un dichoso porvenir.

En tu semblante lucía
Profética inspiracion:
Era tu hablar de alegria,
Y era lúgubre su son.

¡Cerca de la dicha estabas!
¡No fué el presagio falaz!
Poco despues habitabas
Las regiones de la paz.

Como antorcha moribunda
Tal vez aviva su fuego,
Y el aire de luz inunda,
Y en luto se abisma luego;

Así aureóla brillante
De esperanza y juventud
Te ciñó por un instante,
Palpando ya el atahud.

Fugaz relámpago aquel
De dicha para los dos,
Todo fué ternura en él
Porque era el último adios.

Así nos viene á halagar
Con su plácido arrebol,
Y se hace mas bello el sol
Al sepultarse en el mar.

Leia en tu languidéz
La muerte su triunfo vil,
Y asomaban á tu tez
Sombras de bastardo añil.

Bella y fuerte de improviso,
Venturas te prometias.....
Era que abrirte veias
Las puertas del paraiso.

Tal te miro en ilusion,
Que en mi despecho me arredra,
Muchas veces en la piedra
Que te retrata en borron.

Que allá en las horas de calma
Vestidas de oscuridad,
En que misterios al alma
Revela la eternidad;

Si á tu imagen la estremece
Huracan que ronco zumba,
Que levantas me parece
La cabeza de la tumba.

Luz que de purpúrea tinta
Se reviste cuando pasa
Por pliegues de roja gasa
Tu bulto cándido pinta;

Y sus rayos se despuntan
En el cristal que es el velo
De tu semblanza de hielo,
Y resbalan y se juntan;

Y ornan la impasible sien
Con diadema esplendorosa,
Cual la que tu frente hermosa
Lleva junto al Sumo Bien.

La piedra entonces se mueve,
Se reaniman tus luceros,
Ya coral en vez de nieve
Son tus labios hechiceros;

Y eres tú, la misma, aquella
Que yo delirante amé,
La que mi vida, mi estrella,
Mi cielo en la tierra fué.

Tú, mi angélica Maria,
Tan bella como te ví,
Tan llena de amor, el dia
Que diste el modesto sí.

De tus labios el consuelo,
Nace entre sonrisa pura,
Tu frente exala ventura,
Derraman tus ojos cielo.

Yo te adoro de rodillas,
Y vienes á donde estoy,
Porque á abrazarte no voy,
Ciego á la luz con que brillas.

Y tu ósculo al recibir,
Comprendo tu ser divino,
Y de su encierro mezquino
Tras sí el alma quiere huir.

Con tu diestra la detienes,
Y batiendo blancas alas,
Vuelas ¡ay! y me señalas
La mansion de donde vienes.

Y el aire al atravesar,
Despidiéndote de mí,
Te paras á pronunciar
Un *espera* y un *allí*.

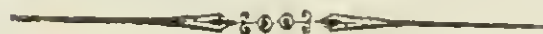
Y en el espacio azulado
Luego mis ojos no ven
Mas que un iris empapado
En fragancias del Eden.

Disipada la visión,
Cobras la forma glacial;
Mas dejas al corazon
Esperanza celestial.

Que el hombre que á poseer
Llegó entre delicias mil
Un puro angélico ser
En un cuerpo femenil,

En el valle del dolor
Querer solo puede ya
Unirse pronto á su amor
En el cielo donde está.

JUAN EUGENIO HARTZEMBUCH.



ORILLAS DEL PUSA.



¡Qué calor! sudando llego
Por la empinada montaña
resbalando,
A este valle que en sosiego
Tu corriente, oh Pusa, baña
Susurrando.

——

Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal de ese elevado
Monte al Tajo en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde, que sentado
Desde aqui su cuna miro,
Y su tumba.

——

No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale:
Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

——

Felíz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida;
Y allí del mundo lejano
Tu breve carrera imite
Y escondida.

——

Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vás á morir,
Ya con puente ponderoso

Su terso raudal sereno
Siente oprimir.

——

Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y sus cristales la corva
Quilla hiende.

——

Su destino es envidiar,
O de tu curso süave
La paz suma,
O el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.

——

¡Pobre Pusa! si impaciente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras;
En tu cristal inocente
¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!

——

De aquel trance malhadado

De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
A Rodrigo.

——

. Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó;
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió.

——

Pusa humilde, manso rio,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estio
Al peregrino sediento
Agua pura.

——

Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte desciende,
Y al rebaño
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende
Fresco baño.

Y hoy á mi cuerpo abrasado
Del seco ardor de la esfera
Blando solaz.
Pusa, adios: corre ignorado,
Y el campo de Talavera
Fecunda en paz.

VENTURA DE LA VEGA.

INTRODUCCION

AL POEMA TITULADO

HERNAN CORTÉS EN CHOLULA.

ADVERTENCIA.

Emigrado en Francia de 1840 á 1843, el autor de los versos que á continuacion insertamos, y disfrutando en el campo algunos de los escasos momentos de ocio que la necesidad de trabajar le consentía, emprendió un poema épico cuyo título, Hernan Cortés en Cholula, dice lo bastante para dispensarnos de ulteriores explicaciones.

La introduccion que acompaña, y dos cantos, es todo

lo que del tal Poema pudo entonces escribirse, sin que tampoco despues haya alcanzado el autor descanso ni comodidad bastante para continuar su obra predilecta; quizá la literatura pierda poco, no así el interesado que considera las ilusiones poéticas como los únicos goces positivos en su vida.

De todas maneras ofrece al público esa muestra de su escaso ingenio, por ser á juicio de sus amigos una de las menos imperfectas que de su pluma han salido.

I.

Angel de luz que del celeste coro
Con raudo vuelo, el trono soberano
Dejando del Señor, en nubes de oro
Bajaste envuelto al clima americano;
Y de Colon oiste el tierno lloro
Cuando, en honra de Dios, plantó su mano
Del nuevo mundo en la anhelada orilla
El pabellon triunfante de Castilla:

II.

Tú, que tambien en el inmenso espacio,
Donde el que sirves, con pensarlo solo,
Hizo á su gloria esférico palacio
De que es el sol imperceptible polo,
Viste abatido, miserable y lácio
Al torpe Génio creador del dolo
Ante la espada de Miguel ardiente
Doblar herida la orgullosa frente:

III.

Tú, que oiste bramar del negro infierno
Los antros y profundos precipicios;
Crugir cual frágil, deleznable perno,
Del mundo al eje en sus robustos quicios;
Llorar al santuario del Eterno,
Cuando al cumplirse el fallo de sus juicios;
La muerte hirió del Gólgota en la cumbre
Al que es del cielo y de los hombres lumbre.

IV.

Tú solo puedes, serafin divino,
Prestarle al pecho del poeta aliento;
Tú solo darle fuerza al peregrino
Para que cante con robusto acento.
¡Ven: á tus plantas la cerviz inclino....!
¿Desciendes?—Angel, sí: tu llama siento
Arder dentro del pecho; y una hazaña
Cantaré de tu historia, Madre España!

V.

¡Ah, sí! Cuanto la ardiente fantasía
Fingió del griego en gloria de su Alcides,
Nunca acierta á igualar, ó pátria mia,
Los lauros ciertos de tus muchos Cides;
Vida Pelayo dió á la monarquía
Terror de los infieles adalides:
De Roma fué baldon la gran Numancia;
Y Zaragoza, ayer, lo fué de Francia.

VI.

El Génio genovés la Europa entera
Corrió pidiendo, á guisa de mendigo,
A sus tronos un rey para la esfera
Que al nacer á la luz trajo consigo.
En vano: el nuevo mundo nunca fuera
Del saber de Colon noble testigo,
Sino hallára en Castilla una matrona
Cual nunca alguna que ciñó corona!

VII.

Y tú, su ilustre nieto, gran caudillo,
Caballero, leal, franco, valiente,
Del Macedon rival en gloria y brillo;
Preclaro Emperador, justo y clemente;
Tú fuiste de la cuna hasta el lucillo,
Astro de luz perenne y refulgente;
Aguila colosal del vasto imperio
En cada garra asiendo un hemisferio:

VIII.

Oid: aun las aguas de Lepanto
Repiten del cañon el ronco estruendo,
Reflejan de los moros el espanto
Ante un guerrero de la Hesperia huyendo
Un hijo del gran Cárlos; no el que manto
De monarca vistió, si el que naciendo
De liviana flaqueza de su madre,
La gloria supo conquistar del padre.

IX.

Triunfó de Libia en la abrasada arena,
Triunfó de Holanda en la feráz laguna
El pendon español; y hazaña agena
A su poder no alcanza la fortuna:
Grecia le vió ondear de asombro llena,
Aun Nápoles recuerda el grande Osuna,
Y de un Córdoba el brazo en Cerinola
Hizo eterna su gloria y la española.

X.

Y cuando en armas alcanzó tal fama,
Y cuando ante ella el mundo se rendia,
De las artes tambien la intensa llama
Pura de España en la region ardia:
Tu nombre, Calderon, que el orbe aclama,
Velazquez que al de Urbino no temia,
Herrera y Lope, envidia de los Dantes,
Lo digan y el coloso de Cervantes.

XI.

¿Mas donde en pos del ángel que me inspira
Lanzo imprudente el temerario vuelo?
¿En alas, loco, de mi propia lira
Presumo osado remontarme al cielo?
¿Porque en amor de patria así delira
Quien vive desterrado de su suelo?
Maldecirla debiera, que ella ingrata
Como madrastra pérfida me trata.

XII.

Jamás, jamás será: mientras aliente,
Mientras el brazo y lábio mover pueda,
Mientras el cielo un solo rayo ardiente
Del poético instinto me conceda;
Ora en los hijos de su amor me cuente,
Ora en los giros de su instable rueda
Me humille al polvo: de la patria amante,
Campeon y cantor seré constante.

XIII.

Cantemos pues; y la cordura mida
El asunto á las fuerzas del poeta,
Que no es saber la tierra prometida,
Razon de que pisarla me prometa:
Una hazaña no mas, tal vez perdida
Entre mil de Cortés, tengo por meta;
Si por ventura llego, si la toco,
Será la gloria del Querub que invoco.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



MEDITACION.



Venid ¡ay! sobre el aura vagarosa
Recuerdos de la patria idolatrada;
Blandos como el aliento de la rosa,
Bellos como la sombra de mi amada!

Ya el astro inmenso de enojosa lumbre
Se despeña en los mares de Occidente:
Vaga la tarde en la celeste cumbre,
Y el crespon ciñe á su adormida frente.

Hora de melancólica esperanza,
Mágico *adios* del moribundo dia,
Emblema de dulcísima bonanza.....
¿No decis nada de la patria mia?

Venid, alzáos, como la nube de oro,
Que en piélago de púrpura se mece:
Herid mi corazon, como el sonoro
Murmullo de la brisa que fenece....!

¡Cuántas veces, oh tarde, en la colina
Do Genil rompe su bullente espuma,

Contemplaba entre el onda cristalina
Deslizarse y pasar ligera pluma!

¡Cuántas, bajo del álamo frondoso,
Si el aquilon sus hojas arrancaba,
Allá do el remolino polvoroso
Nuestro agitado espíritu volaba!

«Ellas corren al mar, suben al cielo
Y piérdense en su piélago, en la esfera;
Y nunca, nunca tornarán al suelo
Donde tomó principio su carrera....

«Pues ¿quién sabe si yo tambien llevado
Seré de otro huracan al estampido?
¿Si cual ellas por siempre arrebatado....»
Pensamiento de horror ¿te habrás cumplido?

¿Acabó para mí la luz radiante
Del cielo brillador de Andalucía?
¿No veré mas la torre resonante?
¿La rica playa donde el mar gemia?

—¿La conoceis?... ¡Region encantadora,
De naranjos y olivas coronada,
Donde sus tintas desperdicia Flora,
Do difunde su aroma regalada:

Donde un eco fugaz, vago, amoroso,
Se dilata dulcísimo en la esfera,
Cual suspiro de bosque sonoroso,
Cual armónica voz de la ribera!

Allí, allí fué donde lució mi oriente,
Mecido de esperanzas é ilusiones,
Donde el paterno amor sobre mi frente
Grabó sus misteriosas bendiciones.

Allí mi mano se enlazó á otra mano,
Bajo aquel cielo de mi bien testigo:
Allí fué do mi lábio dijo: «hermano!»
Allí donde mi lábio dijo: «amigo!»

Allí un ángel tambien.... ¡Dulce esperanza
De inmensa dicha, de inefable gloria!
No: la ausencia no engendra la mudanza;
La distancia no borra la memoria.

Cual gemido del arpa que suspira
En la paz de la noche plateada,
Cuando la luna por los cielos gira,
En el regazo etéreo reclinada;

Tal su recuerdo plácido se eleva,
Angel de amor! en mi agitado seno,
Y cuando el eco mis cantares lleva
De su nombre dulcísimo va lleno.

¿No eres, dí, de mi patria idolatrada
El espíritu, el génio vagaroso?
¿No naciste del onda nacarada?
¿No brillas como el astro esplendoroso?

¡Bella eres tú como la luz del dia,
Pura como las auras del verano!...

¡Vírgen de mi adorada Andalucía,
Tu gloria escucha en mi cantar ufano!

¡Mi pátria y tú.... ¡Memorias de dulzura!...
¡Nube que vagas hacia el sur radiante!
Tú cubrirás su alfombra de verdura,
Tú el recinto que alumbra su semblante.....

¡Quien pudiera cual tú! Mi canto, al menos,
Lleva, y mi voz, ¡oh nube afortunada!
Dignos son ¡ay! de tus purpúreos senos
Los nombres de mi patria y de mi amada!

JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

LOS CALAVERAS.



ARTICULO PRIMERO.

Es cosa que daria que hacer á les etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el orígen de la voz *calavera* en su acepcion figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designacion del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que

esta acepcion picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* mas perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso mas que una *calaverada*, á mi entender, de muy mal gusto: César, marido de todas las mugeres de Roma, hubiera pasado en el dia por un escelente *calavera*: Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podia ser mas que un *calavera*; en una palabra, la suerte de mas de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se veria probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarian una clave de muy verosímil y sencilla esplicacion en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por mas mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relacion puede existir entre un *calavera* y una *calavera*. ¡Cuánto esceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá

cualquiera de que para pocas cosas se necesita mas talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: y yo por mí rehuso esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así solo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendo se harán cargo de lo difícil que me seria darmeá entender valiéndome para designarlos de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripcion que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, mas ó menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creido en alguna muger, quién no se ha dado malos ratos algun dia por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin..... Todos lo somos; pero así como no se llaman locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los mas, así solo se llaman *calaveras* á aquellos cuya série de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo comun de donde parten, y en rigor

solo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.° El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los mas: entiéndase esto bien; *talento natural*: es decir, no cultivado. Esto se esplica: toda clase de estudio profundo, ó de estensa instruccion, sería lastre demasiado pesado que se opondria á esa ligereza, que es una de sus mas amables calidades.

2.° El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el que dirán* el que no hace mas que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, mas para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinion, saliendo de él mas depurados. Es un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás. Seria tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpi-

cada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quítame allá esas pajas le dá honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, mas le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: asi es que este le vé con terror; de quimera en quimera, de *qué se me dá á mí* en *qué se me dá á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladron en su condicion generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilizacion, y su cuna, su edad, su educacion, su profesion, su dinero, le subdividen despues en diversas castas. Las principales son las siguientes.

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo mas diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en un colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa.

Mientras que sus compañeros mas laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el dia del exàmen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetia con osadía las cuatro voces tercas que habia recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servia de blanco ó de pelota, se distinguia de los demas sombreros como él de los demas jóvenes.

En carnaval era el que ponia las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenian la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacia pasar al otro por el culpable, ó sufrir en el último caso la pena con valor, y riéndose todavia del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su mas tierna edad el gérmen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro habia perdido unos anteojos, que se habian encontrado en su faltriquera: el rapé de otro habia pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrian bufando los corredores con gran risa de los mas juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas habia quedado un dia enganchada en un sillon, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbacion de un problema que estaba por resolver. Aquel dia no se despejó mas incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se

le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro habia volado: y como sus padres se convencieron de que no habia forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el mas pesado, el mas incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atencion, privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oirle hablar de las mugeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera que hacer: contar todas sus acciones del dia como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenia una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daria cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mugeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que mas suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El billar es su elemento; los intérvalos que le deja libre el juego suélesele los ocupar cierta clase de mugeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazon femenino. A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar, es mas cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que

alguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si este acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se vuelve mariposa, deja de ser *calavera-lampiño.* Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los gefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temeron*, que es el gran *calavera.* Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma mas de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendria: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto nuestros lectores nos concederán algun ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad si alguna tienen.

ARTICULO SEGUNDO Y ULTIMO.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron.* Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera, (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano: pero no existe entre uno y otro mas que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y mas importante de lo que parece; el uniforme ya es la mi-

tad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este trage es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temeron* tiene indispensablemente ó ha tenido alguna temporada una cervatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detras de dos ó tres amigos, que fingen discurrir sériamente.

—Aquel viejo que viene allí: ¡mírale que sério viene! —Si; al de la casaca verde, ¡vá bueno! dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no mireis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco, el acometido se pára, se quita el sombrero, lo examina.

—¡Ahora! dice la turba.—¡Pum! otra en la calva. El viejo dá un salto y echa una mano á la calva; mira á todas partes... nada.

—¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algun pillastre... bien podia irse á divertir...

—¡Pobre señor! dice entonces el *calavera*, acercándosele; ¿le han dado á usted? es una desverguenza... ¿pero le han hecho á usted mal?...

—No señor, felizmente.

—¿Quiere usted algo?

—Tantas gracias.

Despues de haber dado gracias, el hombre se vá alejando volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubria... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa mas que en alejarse. Suéltase entonces la carcajàda en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa mas risa que la estrañeza y el enfado del pobre; sin embargo nada mas natural.

El *calavera-temeron* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite mas abandono en la risa de los amigos, y es el mas oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco espuesto.

A veces se dispara la cervatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonias y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, vé venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él, y le dá un pisoton; el otro entonces le dice: *perdone vd.*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

A pocos pasos, se vá con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos.—Pepe, esclama: *¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres!* Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo....... y tartamudea..,.. Fingiendo entonces la mayor sorpresa:—¡Ah! vd. perdone, dice retirándose el *calavera*: creí que era vd. un amigo mio...... No hay de qué.—Vd. perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa mas parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo medio dormido, se asoma á la ventanilla.—¿Quién es?—¿Dígame vd., pregunta el *calavera*, ¿tendria vd. espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole:—Retírese vd.; la noche está muy fresca y puede vd. atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta.—¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcon medio desnudo.—Nada, contesta: soy yo, á quien no conoce, que no queria irme á mi casa sin darle á vd. las buenas noches.—¡Bribon! ¡insolente! Si bajo....—A ver cómo baja vd.; baje vd.: vd. perderia mas: figúrese vd. donde estaré yo cuando vd. llegue á la calle. Con que buenas noches: sosiéguese vd., y que vd. descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: solo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cria á su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo

ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes; estos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire mas decidido, el sombrero mas ladeado, la corbata mas *negligé*: sus hazañas son mas sérias; este es aquel que se reune en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero como ella no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el dia no es de lo mas en boga pasaremos muy rápidamente sobre él. Concurre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policía, y despues de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover tambien su cipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se vá para él, y le aplica un bofeton: de diez hombres que reciban bofeton, los nueve se quedan tranquilamente con él; pero si alguno quiere devolverle, hay desafío; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: este es el dificil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al dia siguiente lo tendrá con otro que no le mire: este es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: este es el que talla y apunta con furor: es jugador, griego nato, y gran billarista ademas. En una palabra, este es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demas divierten; este mata.

Dos líneas mas allá de este está otra casta, que nosotros reusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalon,

el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardias, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc. etc.; pero estos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demas. No los reconocemos.

Solo tres clases hemos conocido mas detestables que esta; la primera es comun en el dia, y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no haremos mas que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura*. Vuelvo á pedir perdon; pero ¿quién no conoce en el dia algun sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el estremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustracion empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre al rededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo parage profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el mas timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle mas descaradamente, son la hipocresía ó el crímen mas hediondos. Vale mas ser cura carlista de buena fé.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se

arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin órden, sin casa, sin método.... el jóven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus pies: sin embargo este es el único á quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *muger-calavera*. La muger con *poca aprension*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto le hermosea, cesa de ser muger para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza; ¿qué deja para nosotros? La muger, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*. Este es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza por pasar por *calavera*: es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca*. *Rien n' est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la mas delicada y esquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilizacion,

el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introduccion en ella, ha recibido una educacion esmerada: dibuja con primor y toca un instrumento: filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la mas graciosa, ó á la mas sentimental: mas de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se rie de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso mas crítico: y del cual se vá temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble anteojo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pié: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres: sabe casi de memoria á Paul de Koc, ha leido á Walter Scot, á D' Arlincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-le-Brun, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales; en los casos en que él se ha visto, solo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de mar-

charse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresion es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo ademas de él: *¡Qué cabeza! ¡Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: *¡Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas* es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera.* Cuando otro falta á una muger, cuando otro es insolente, él es solo atrevido, amable; las bellas que se enfadarian con otro, se contentan con decirle á él: *¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Seria preciso ser mas loca todavia.

Dichoso aquel á quien llaman las mugeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle; es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l' enfant gaté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que vé el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos; mariposa ligera vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, solo toma su valor de su curso y circulacion, y por consi-

guiente no se adhiere á una muger sino el tiempo necesario, para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad ¿qué podria hacer de ella? El estancarse seria perecer; se creeria falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre; una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una muger arruinada por él, es un mérito contraido para con las demas. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mugeres: por el contrario, las mugeres son las víctimas del *calavera*. Díganos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de este es la edad misma; una posicion social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira magestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girára.

Solo una observacion general haremos antes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que estas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colon perece

víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleon es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecia: la intentona de aquel y la insubordinacion de este hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido mas que dos *calaveras*. Por el contrario, en el dia están sentados en gran libro como dos *grandes hombres*: *dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres: sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?.... Porque tal es la *opinion pública*.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa, á toda vela,
No corta el mar sino vuela
Un velero bergantin:
Bagel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo el mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar rïela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y vé el capitan pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul. (1)

«Navega, velero mio,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.»

«Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.»

«Que es mi barco mi tesoro,
«Que es mi Dios la libertad,
«Mi ley la fuerza y el viento,
«Mi única patria la mar.»

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo mas de tierra;

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

Que yo aquí tengo por mio
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.»

«Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.»

«Que es mi barco mi tesoro.....

«A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Como vira y se previene
A todo trapo á escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

«En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Solo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.»

«Que es mi barco mi tesoro....

«¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me rio;
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena
Quizá en su propio navío.»

«Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.»

«Que es mi barco mi tesoro. ..

«Son mi música mejor
Aquilones:
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del ronco mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.»

«Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»

«Que es mi barco mi tesoro,
«Que es mi Dios la libertad,
«Mi ley la fuerza y el viento,
«Mi única patria la mar.»

José Espronceda.

ROMANCE MORISCO.



ZULIMA.

I.

De vuelta de Alhama está
El bravo moro Almanzor,
Cuyos hechos portentòsos
Escitan admiracion.
Tres veces, jóven aun,
Contra el cristiano salió,
A donde mas peligraban
Su patria y su religion,
Y tres veces volvió el moro
A Granada vencedor,
Con banderas y cautivos
Que batallando ganó.
De Boabdil esperanza,

De todos admiracion,
Creciendo va su fortuna
En corto tiempo veloz.
¿Mas porqué de sus megillas
Se vé apagado el color?
¿Por qué bajo de su cota
Palpita su corazon?
¿Tal vez en lid peligrosa
La victoria le negó
Su amparo? ¿vuelve vencido
Por el esfuerzo español?
Tantos héroes tan valientes
Sucumbieron al valor
De las huestes castellanas
En el combate feroz!
Tantas nefandas auroras
En el oriente lució
Para mengua de Granada,
Nublado y sangriento el sol!
Mas no: Almanzor no viniera
Vencido, ni al deshonor
De su derrota, añadiera
De los suyos el baldon.
Vuelve, porque el triste moro
Muere de angustia y dolor,
Traspasado de los celos
Con el venenoso arpon.
Zulima, la hija de Zaide,
La que al partir le juró
Eterna fé, ya le olvida,

Le olvida por otro amor.
Pero Almanzor ha jurado
En el nombre de su Dios,
Que el que logró arrebatarle
De su Zulima el amor,
Ha de arrancarle su imágen
Del fondo del corazon.

II.

En la casa de Zulima
En una apartada estancia,
La desventurada mora
Llorando está su desgracia.
Con Farax el africano
Su avaro padre la casa,
Cuando la triste doncella
A otro amor entregó el alma.
Porque Almanzor es su vida,
Y no hay ninguno en Granada
Ni que en valor le aventaje,
Ni le rivalice en gala.
Porque es el moro bizarro
El contento de las damas,
Y de la hermosa Zulima
Todas la dicha envidiaban.
Ahora, la niña triste
En llanto amargo bañada,

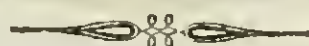
Con hondo dolor escucha
La alegre empezada zambra.
De gente noble están llenos
Los corredores y salas,
Que es Farax muy poderoso
Caballero de gran fama.
Y Zaide tiene parientes
De muy brillante prosapia,
Por su hidalguia y sus hechos
Los mejores en su patria.
Por eso todos acuden
A estas bromas, y proclaman
La dicha de ambos esposos
A su poder enlazada.
Porque amasadas en una
Las dos poderosas casas,
El mismo rey no tendria
Seguridad en Granada.
Mas, ¿qué importa á la doncella
Que ufanos con dicha tanta,
Sus deudos temidos sean,
Si la destrozan el alma?
¿Cuándo su ilusion querida
Para siempre despedazan,
Y hacen brotar á sus ojos
Todo el corazon en lágrimas?
Ay de tí, pobre Zulima!
Tú, que escuchas desgarrada
Las alegres cantinelas
Y las bulliciosas danzas!

Tú que los ojos llorosos
Vuelves al lecho, turbada,
Donde un tesoro de amores
Para otro amante guardabas!
Donde en la tranquila noche
Arrebatada en las alas
De misteriosos ensueños
Tan puros como tu alma,
Esposa tierna creias
Entretener al que amas
Con abrazos voluptuosos,
Con caricias regaladas!
Y ahora, á la verdad despierta,
Sometida á tu desgracia,
Vas á ser de ese africano
Brutalmente profanada!
Llora! llora, pobre niña!
Y alienta con la esperanza
De que vida tan horrible
No querrá Dios que sea larga.
Cubierta de largos velos,
Abrumada con sus galas,
Entró la afligida virgen
En la iluminada estancia;
Y paseando sus ojos
En derredor de la sala,
Que en miradas centellantes
Su torcedor revelaban,
En un moro los clavó,
Que con la frente inclinada,

En un rincon, parecia
Que dormia ó meditaba.
La palidez de Zulima
Trocóse en subida grana,
Aunque mirar no ha podido
Del noble moro la cara.
Pero es Almanzor: su instinto
A los amantes no engaña,
Y el amor como el aroma,
Mal encerrado, se exhala.
Aquella altiva cabeza
Agora tan triste y baja,
Horribles penas de amor
A Zulima revelaba.
¿Mas qué trae aquí? Sus celos
De tal manera le abrasan,
Que su razon ofuscando
A su perdicion le arrastran?
¿No sabe que en vano quiere
De su yugo libertarla,
Que es Farax muy poderoso,
Y él solo tiene su fama?
Pero Almanzor está inmóvil;
Ni sus ojos se levantan
Para mirarla, ni cuida
De la ceremonia santa.
Solo se vé que acaricia
Su cortante cimitarra,
Pero en él es ya costumbre
Que á nadie admira ni espanta.

Solo la hermosa doncella
Sin querer ni esperar nada,
De este silencio sombrio
Horribles males presagia.
Pero ya en este momento
La ceremonia empezada,
El venerable Alfaquí
Toda su atencion reclama.
Mas antes de que pudiera
Con perezosas palabras
Unir con perpétuo nudo
En una sola dos almas,
Un grito como de hiena
A quien la presa arrebatan,
Tronó en los cóncavos techos
Terrible y desesperada.
Y vióse caer enmedio
Del grupo que le cercaba,
La cabeza de Farax
Viva aun y ensangrentada.
Súbito alzóse un clamor
De espanto y miedo en la sala:
Las damas huyen: los hombres
Corren á tomar sus armas.
En un instante trocóse
En campo de atroz batalla
La casa del viejo Zaide
Para el festin adornada.
Unos de Almanzor al lado,
Defender quieren su causa,

Otros con su muerte piensan
Dar á Zulima venganza,
Mientras la triste hermosura
En el suelo desmayada,
Del tumulto se defiende
Porque su Almanzor la guarda.
Y fueran allí sin cuento
Las muertes y las desgracias,
Si Boabdil en persona
A calmarlos no llegára.
Un instante en paz los ánimos
Y la causa averiguada
De aquel deosrden, el rey
Prorumpió en estas palabras:
«Almanzor, vuelve á tu campo,
Y si conquistas á Alhama,
Tuya será la doncella
Aunque el mundo lo estorbára.
Pero escucha: si la luna
Naciente, menguando pasa.
Sin que postres á tus pies
Sus rudas almenas altas,
No habrá entonces para tí
Piedad, que tu ensangrentada
Cabeza, colgar haré
Debajo de mis ventanas.»



CONCLUSION.



A otro dia partió el moro,
Y en presurosa jornada
Llegó al campo, do lucian
Las enseñas musulmanas.
Diez dias duró la lucha
Con mútuo empeño obstinada
Por desesperados unos
Los otros por esperanza.
Pero en el décimo dia,
Quien en Alhama buscára
Sobre sus muros, el signo
De la redencion cristiana,
La menguada media luna
En su lugar encontrára,
Que del dichoso Almanzor
La felicidad proclama.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.



EL CAPITAN MONTOYA.



I.

La Cruz del Olivar.

Muerta la lumbre solar
Iba la noche cerrando,
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.
Crugen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y vénse por los arzones
Las pistolas asomadas.
Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros,
Llevan, porque se presuma
Cual de los dos vale mas,
Castor con cinta el de atrás.
Y el de adelante con pluma.
Llegaron donde el camino
En dos les divide un cerro,

Y presta una cruz de hierro
Algo al uno de divino.
Y es así, que si los ojos
Por el izquierdo se tienden
Sotos se ven que se estienden
Enmarañados de abrojos.
Mas vese por la derecha
Un convento solitario,
En campo de frutos vario
Y de abundante cosecha.
Echóse á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás,
Aquí, dijo, esperarás;
Y el otro dijo: aquí espero.
Y hácia el convento avanzando,
Del caballero, en la oscura
Sombra, se fué la figura
Hasta perderse menguando.
Quedó el otro en soledad,
Y al pié de la cruz sentado
Siguió inmoble y embozado
En la densa oscuridad.
Mugía en las cañas huecas
En son temeroso el viento,
Rasgándose turbulento
Por entre las ramas secas.
Y en los desiguales hoyos
Con las lluvias socabados,
Hervian encenagados
Sin cauce ya los arroyos.

Ni habia una turbia estrella
Que el monte alumbrára acaso,
Ni alcanzaba á mas de un paso
Ciega la vista sin ella.
Ni señal se apercibia
De vida en el olivar,
Ni mas voz que el rebramar
Del vendabal que crecia.
Y al hierro santo amarrados
Ambos caballos estaban,
Y allí en silencio aguardaban
A esperar acostumbrados.
Ni de la áspera maleza
Pisada al agrio rumor
Les volvió su guardador
Solo una vez la cabeza.
Un pié sobre el otro pié,
Embozado hasta las cejas
Metido hasta las orejas
El sombrero se le vé,
Como un entallado busto
De alguno que allí murió,
Y allí ponerse mandó
Por escarmiento ó por susto.
Ni incrédulo faltaria
Que si cerca dél pasara
Medroso se santiguara
Dudando lo que seria.
Que á quien suele con la luz
Y en compaña blasfemar,

Bueno es hacerle pasar
de noche junto á una cruz.
  Mas esto se quede aquí;
Y volviendo yo á mi cuento,
Digo, que dudoso y lento
Gran rato se pasó allí.
  Y ya se estaba una hora
De espera á espirar cercana,
Cuando sonó una campana
De lengua aguda y sonora.
  Y aun duraba por el viento
Su vibracion, cuando el guia
Alguien notó que venia
Por el lado del convento.
  Sacó la faz del embozo
Y oyendo el son mas distinto,
Echóse la mano al cinto
Y *¿quién vá?* el amo y el mozo
  Preguntaron á la par;
Mas conocidos los sones
Asieron de los bridones
Y volvieron á montar.
  Y es fama que menos fiero
El señor con el criado,
Dejóle andar á su lado
Como digno compañero.
  Y este al ver cuan satisfecho
Volvió de su espedicion,
Así la conversacion
Introdujo de lo hecho.

—¿Señor? ¿cómo está la monja?—
—¿Y cómo ha de estar, Ginés?
Atortolada á mis pies,
Y mas blanda que una esponja.—
—¿Y pensais dejarla así?
—¡Dejarla! ni por asomo:
No sé todavia cómo,
Mas la sacaré de allí.
Que segun lo que yo he visto
Mas quiere la tortolilla
Volar libre por Castilla
Que estar en jaula con Cristo.—
Y aqui el recio vendabal,
En voz y empuje creciendo,
Puso lo que iban diciendo
Para escucharse muy mal.
Y ellos temiendo que acaso
Les cogiera la tormenta,
Sacaron por buena cuenta
Los caballos á buen paso.

II.

Cuchilladas en la calle.

En una noche de octubre
Que las nieblas encapotan
Ahogando de las estrellas
La escasa lumbre dudosa,

De la ciudad de Toledo
En una calleja corva
Que el paso desde el alcazar
A Zocodover acorta,
Es fama que se apostaron
Seis hombres, que grupo forman
De una de las dos esquinas
A la prolongada sombra.
Murmuraron por lo bajo
Algunas palabras cortas,
Cortas, porque á ellos les bastan,
Bajas, por si hay quien les oiga.
Repartiéronse sus puestos
Con precaucion previsora,
Favorable á los que esperan,
Y á los que lleguen dañosa;
Y quedaron en silencio
Casi por un cuarto de hora,
Tan ocultos y pegados
A la tapia en que se apoyan,
Tan hundidas en la niebla
Sus desvanecidas formas,
Que hubo quien pasando entre ellos
Juzgó la calle muy sola.
Caia desde las tejas
Desprendida gota á gota
La niebla que do halla sitio
Calladamente se posa.
Y alguna ráfaga errante
Con tenue voz melancólica

Cruzaba de alguna reja
Las hendiduras angostas.
Se oian de cuando en cuando
Sonar por la calle próxima
Puertas y aldabas de casas,
Pasos y voz de personas.
Mas nada á los apostados
Mueve, anima ó impresiona,
Ni voces, ni transeuntes
Parece que les importan.
Inmóviles permanecen
Y las sospechas se agotan
Al ver que por ellos pasan
Tanta gente y tantas horas;
Y es imposible atinar
Con el intento que forman,
Cogiendo la calle á espacios
Por ambas aceras toda.
Marcó las once un reló
Sonaron tardas y cóncavas
De las once campanadas
Las once pesadas notas.
Y al par que en la callejuela
Los cinco se desembozan,
Alumbrándola por dentro
Luz á una puerta se asoma.
Corriéronse los cerrojos,
Rechinó la llave sorda
Y un cuadro de luz voluble
Vaciló en piedras y losas,

Traspusieron los umbrales
Tres bultos, y una tras otra
Se oyeron tres despedidas.
Que murmuraron tres bocas.
Quitó la luz el de dentro,
Dobló á la puerta la hoja,
Quedó en tinieblas la calle
Y dijeron fuera: ¡ahora!
¡Viles! gritó el que salia;
Los que esperaban: ¡*la moza*
Dijeron, *cuenta con ella*!
Y á esta palabra traidora
En dos pedazos la calle
Partida, en música ronca
Crugieron y en lid confusa
De las espadas las hojas.
Asirla, dicen los unos;
¡Hija, á mi espalda! en voz torba
Decia el recien salido,
Que las cuchilladas dobla.
¡Cómo decian los unos,
Son dos y tenernos osan!
¡Cómo, murmuraba el otro
Villanos tientan mi honra!
¡Mueran! dicen de una parte:
¡Vengan! dicen de la otra;
Y crece de la contienda
La confusion temerosa.
Llueven los tajos sin tino,
Y aunque se tiran con cólera,

Como tirados á ciegas
La mayor parte malogran.
Pero valientes parecen
Porque se buscan y acosan
Con terquedad tan resuelta,
Que unos de otros se asombran.
Dan, hieren, cubren, atajan,
Tierra ganan, tierra cortan,
Y al ruido de los aceros
La vecindad se alborota.
Sacaron luces por alto,
Gritaron ¡fuego! ¡la ronda!
¡La guardia! ¡mas todo inutil!
Porque los tajos redoblan.
Las mismas luces que sacan
Son de los menos en contra,
Y por do quiera cercados
En sus postrimeras tocan.
En esto la calle arriba
Llegó un mozo á quien abona
Por noble la larga pluma
Con que su sombrero adorna,
Que escusándose palabras
Y revelándose en obras
Echó la capa por tierra
Y por aire la tizona.
Púsose en pro de la dama
Como quien hidalgos goza
Pensamientos, y ha nacido
De noble sangre española:

Y anuncióse con tal furia
De cuchilladas, que á pocas
Tendió en la calle dos hombres
En las postreras congojas.
Y tan rápido revuelve
Contra los cuatro que afronta,
Que con una sola espada
Para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
Para su defensa propia,
Dijo uno de ellos: *¡á tanto*
Solo el demonio se arroja!
Y al escucharle el mancebo
Dijo con voz poderosa;
Con una legion no basta
Para el Capitan Montoya.
Y haciendo el último esfuerzo
La calle entera despoja
Por donde entraba á tal punto
A todo correr la ronda.

III.

Ofertas.

Cuando llegó la justicia
De la contienda al lugar,
Halló asido de la mano
Con un hombre al capitan.

Desmayada una doncella
De él se veia detrás.
Por otro hombre sostenida
Con intensísimo afan,
Y cuando ufanos quisieron
Meter su tardia paz,
Oyeron en esta guisa
Al desconocido hablar.
—«Fadrique soy de Toledo,
Montoya, no os digo mas:
Mi honor os debo y mi hija;
Si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entrambos
Me demandeis á la par,
Os juro á Dios desde ahora
Que son vuestros, capitan.»
—«Lo hecho, dijo Montoya,
Pagado en esceso está
Con la amistad de un Toledo;
Esta es mi mano, tomad;
Hice lo que debe un noble;
No hablemos en ello mas.»—
Y asiéndola don Fadrique
Dijo: Montoya, apretad.
Tornóse despues á su hija,
Y volviéndose á nombrar
Paso le dieron y gente
Con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia
Y empezando á *justiciar*

Llevóse en prenda los muertos
Y citó ante el tribunal
A los testigos que hubiere,
Incluyendo al Capitan.
Quien calándose el sombrero
Replicóles:—«Bien está!
Póngame, seor corchete,
Esa capa en caridad,
Y tome esa friolera
Con que entierren á ese par.»—
Y echando un bolsillo de oro
De la justicia en mitad,
Fuese, dejando en la turba
Admiracion general.

Y justamente admirado
Merece ser en verdad
Quien da tales cuchilladas
Y tales bolsillos dá.

IV.

El capitan don Cesar.

—¡Esa gente es un tesoro!
Él generoso y valiente,
Ella hermosa; ¡y juntamente
La ofrecen pesada en oro!
¿Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.—

—¡Gran presa, mi Capitan!
¿La aceptareis?
—¡Fácil es!
¿Y la monja?
—¡Eso te aflige!
¡Buenas son ambas por Dios!
Y quien de dos toma dos
Como hombre avisado elige.
Dicen que parece mal
Que hombre de mi condicion
Viva siempre solteron
Derrochando su caudal.
Y á mí tambien me parece
Que quien tanto tiene y vale,
Pues de lo vulgar se sale
Mas de lo vulgar merece.
La consecuencia te toca;
Si una me dan y otra quito,
Que con dos puedo acredito;
Con que, Ginés, punto en boca.»—
Esto dijo el Capitan,
Y pidiendo de vestir
Anunció que iba á salir
A cierto asunto galan.
Colgóse al cinto la espada
De plata en doble cadena.
Tendió la negra melena
Sobre la gola plegada.
Caló el chambergo de lado,
Y retirando el espejo,

Tornó su postrer consejo
Á repetir al criado.
Doblóse este siervo fiel
En presencia del señor,
Y ganando un corredor
Cruzóle delante de él.
Abrióle de par en par
Una tras otra tres puertas,
Que se quedaron abiertas
Mucho despues de pasar.
Vénia le hicieron gran pieza
Siervos que al paso topó,
Y un page tras él salió
Descubierta la cabeza.
Y á fé que se colegia
Mirando tal homenage
Que era mucho personage
Quien con tal pompa vivia.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
De que dé el lector discreto
Con quién es este sugeto
Que anda há rato entre los dos.
Sepa, pues, que el Capitan
Don Cesar Gil de Montoya
Es de las armas la joya,
Y de las hembras iman.
Nadie se atreve á afrontallo,
Ni hay quien resista su lanza;

Nadie su poder alcanza,
Sea á pié, sea á caballo.
En liza donde él se mete
Por empeño ó por favor,
Nunca falta justador
Para el último ginete.
En fiesta ó lance que él entra
Toda opulencia es escasa;
Nadie en lo galan le pasa,
Ni mas bizarro se encuentra.
Favorece á quien pregunta;
Obliga á quien aconseja,
Enloquece á quien corteja,
Y avasalla á quien se junta.
Audaz con quien enamora,
Manda, zela, acosa, exige,
Y al cabo del mes elige
Nuevo amor, nueva señora.
Un filtro lleva en sus ojos
Que fanatiza á quien ama,
Deleite su voz derrama,
Y fuego sus labios rojos.
Muger que cayó en su red
Su corazon dejó preso,
Que sorbe con cada beso
Un corazon cada vez.
No hay puerta que le resista
Ni reja que le desaire,
Que entra su amor como el aire,
Con solo mirar conquista.

Como un sultan opulento,
Como un Adonis hermoso,
Sin par en lo generoso,
Sin igual en ardimiento.
Sol que mata las estrellas,
La fama arrebata toda;
Y es siempre el galan de moda
Entre las damas mas bellas.
Resuena desde Toledo
Su nombre por toda España;
Los nobles le tienen saña,
Los bravos le tienen miedo.
Los golillas le desdoran,
Los clérigos le aborrecen,
Los soldados le apetecen,
Y los villanos le adoran.
Mas á él le importa un ardite
De tan varia voluntad,
Y toma por la ciudad
Donde le encuentra desquite.
Que no hallando ningun Cid
Ni topando una Lucrecia,
Cuantas conquista desprecia,
Mata cuantos vence en lid.
Tiene un palacio por casa,
Da fiestas por afrentar,
Que no hay quien sepa igualar
Sus profusiones sin tasa.
Sin amigos y sin deudos
Vive solo para sí,

Y le mantienen así
Sus herencias y sus feudos.
Tan rico y gran bebedor,
No hay medida á sus deseos,
Y pasa entre devaneos
Una existencia de amor.
Y para ahogar su indolencia
Y ocultar que se fastidia,
Juega sin afan ni envidia
Pedazos de su opulencia.
Si gana, sin ver recoge;
Si pierde, paga sin ver;
Y ni en ganar ni en perder
Hay medio de que se enoje.
Y segun derrama el oro
Cuando pierde ó cuando presta,
Parece que tiene puesta
Cada mano en un tesoro.
Hay quien de impío le trata,
Y juzga que es mal ejemplo
Que un page le lleve al templo
Cogin con borlas de plata.
Y que es audacia inaudita
Hincarse al pie de la grada
Y esperar á una tapada
Para darla agua bendita.
Y aun corren de sus amores
Susurros por la ciudad,
Que á ser ciertos en verdad
Pueden tornarse clamores.

Que anda entre ellos una llave
Con que se abre un presbiterio...
Mas el caso es un misterio
Y la verdad no se sabe.
Él sigue ufano y galan,
Y los rumores de que hablo
Si los sabe los da al diablo
Satisfecho el Capitan.
Tal es, amigo lector,
El don Cesar de mi cuento:
Si le crees malo, lo siento;
Mas no fue mucho mejor.

V.

Insuficiencia del poeta.

Casa don Fadrique á Diana,
Y en su palacio reune
Cuanto hay en Castilla entera
En armas y amor ilustre.
Que es don Fadrique muy rico
Y á origen de reyes sube,
Y solo el rey le aventaja
Cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija
En lance que aun hoy encubre
El misterio de las sombras
A un hombre, á quien atribuye

Tantos misterios el vulgo
Como al lance que produce
El repentino consorcio
Que amor y razones une.
Mas aunque pasa la noche
Y ya su presencia urge,
El novio no está en Toledo,
Lo que á sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
Razones que le disculpen,
Porque aunque le echan de menos
Nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
Y no hay un alma que dude
Que se hallará al dar las diez
En los salones del duque.
Que él ha marcado esa hora,
Y tal confianza infunde
Su palabra, que no hay prenda
Que mas valga ni asegure.
Prosiguen pues de la boda
Las fiestas, los brindis crujen,
Y suenan los instrumentos
Vuluptuosos y dulces.
Nunca tal gala ostentaron
Los que de grandes presumen,
Ni vió jamás tanta pompa
La asombrada muchedumbre.
Inútil es ponderarla,
Y querer pintarla inútil,

Que fiestas como esta mia
Contándolas se deslucen.
Harto lo llora el poeta,
Mas ¡ay, que por mas que luche
Con su voz y con su lira
La realidad no le suplen!
Hará que sus *creaciones*
En bellos versos murmuren,
Que canten báquicos himnos
Cuando su festin concluyen;
Podrá cuando mas se afane,
De quien su cuento le escuche
Lograr que se finja penas
El rostro, las actitudes,
La situacion ó el carácter
De los seres que dibuje,
Todo ello pesado y débil
Aunque á lo vano renuncie.
Podrá trazar en un cuadro
Aunque sombras se le enturbien,
Las principales figuras
De que su historia se ocupe;
Mas la luz, y el movimiento,
Y el todo que las circuye,
La multitud, las comparsas
Que en torno de ellas agrupe,
Que giran, hablan, murmuran,
Van, vienen, bajan y suben,
Las cercan ó las desvian,
Y con ellas se confunden,

Y respiran con su aliento,
Y con impulsos comunes
Con ellas gozan, esperan,
Rien, cantan, lloran, sufren...
¡Imposible que lo pinten
Y en la mente lo acumulen
Con voz, movimiento y vida
Facil, palpable, voluble!
¿Cómo contar el tumulto
Que en un momento produce
En un salon donde danzan
Un lance que lo interrumpe?
La voz de—¡ahí está, señores,
Ahí está!—que brota y bulle
De boca en boca rodando
Y en derredor se difunde;
Y el son de las herraduras
Del bridon que le conduce,
Que al detenerse en el patio
Hace que el patio retumbe,
Que en las puertas y ventanas
Los que bailaban se agrupen,
Y por ver mejor se empinen,
Se encaramen y se empujen;
Los muchos que prodigando
Serviles solicitudes
Bajan á asirle el estribo
Porque les mire ó salude,
Y el salon que dejan solo
Con la alfombra y con las luces,

Y la chimenea, en donde
Chisporrotea la lumbre,
¿Con qué voz, ni con qué lira
Se pinta ó se reproduce,
De modo que quien escucha
Lo conciba y no se ofusque?
¿Cómo el satisfecho porte
Contar con que se descubre
Al apetecido novio
Que por la escalera sube,
Mientras se agolpa por ella
La aturdida servidumbre
Y al peso de los curiosos
Por ambas barandas cruje?
Avanza pues; por la sala
La gente se distribuye,
Y este es el lance mas crítico
Que en toda la noche ocurre.
Corre confuso murmullo
Y ancho movimiento cunde,
Mientras asiendo un instante
A sí cada cual acude.
Quién se compone la gola,
Quién los buelillos se sube,
Quién desencaja una hebilla
Porque el cinturon le ajuste,
Quién se revienta unos guantes,
Y del placer en la cumbre
Las hermosas se sonrien,
Y aunque astutas disimulen,

La vista á un espejo tienden,
La mano á una flor ó al bucle,
La que gracias ó riquezas,
Bien que la pesa, no luce,
Busca á una bella la espalda
Que aunque la humille, la oculte.
Aquí asoma un pié pequeño,
Allí unos ojos azules,
Acá una falda de encage,
Allá un airon de tisúes,
Aquí un cuello alabastrino,
Y allí una mano que pule
Un centenar de brillantes
Que por mano y dueño arguyen.
Todo esto en viviente masa,
Con movimientos comunes,
Con existencia uniforme
Que en todo fermenta y bulle,
Que gira ó que vaga á un tiempo,
Se dispersa ó se reune,
Danza ó se asoma, y el ruido
Cesa, aumenta, ó disminuye;
Este momento de atenta
Y afanosa incertidumbre,
¿Quién lo cuenta, ó quién lo canta,
Por mas que á la par se junten
La voz y el arpa, sin ver
Que es fuerza al fin que renuncien
La voz y el arpa humilladas
Á empresa donde sucumben?

Desisto pues de mi empeño
Y aunque me da pesadumbre,
El salon de don Fadrique
Quien pueda que se figure.

VI.

El Novio.

Todos los ojos clavados
En la puerta del salon,
Toda la gente del baile
Agolpada en derredor
En impaciente y atenta
Duda un instante quedó,
Esperando la llegada
Del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
Los parientes que juntó
En su fiesta el noble duque,
De sus huéspedes en pós
Están al dintel parados,
Que el danzar se interrumpió,
Y ahogaron los instrumentos
Su ya no escuchado son.
Todos inciertos callaban,
Y allá en confuso rumor
Del novio por la escalera
Se percibia la voz,

Como si alguno á su paso
Demandándole atencion
Recibiera una respuesta
De superior á inferior.
—«¿Comprendistes?»—dijo al fin
En voz clara.—«Sí señor,»—
Repuso otra voz humilde,
Y él á replicar volvió:
—«La hora las dos en punto,
La gente nosotros dos.»
Y de sus anchas espuelas
Aspero compas se oyó.
Cundió general murmullo
De gente por el monton,
La masa de mil cabezas
Adelantándose hirvió,
Moviéndose á un tiempo todas
Para ver y oir mejor;
Y á tal punto por la sala
Con paso resuelto entró
El buen Capitan don Cesar,
Cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
De don Fadrique, tomó
La mano á Diana, y besóla
Con acendrada pasion.
Y por la estancia avanzando
En tal guisa les habló:
—«Señor duque, hermosa Diana,
Si tardé, mirad que estoy

Pronto desde este momento
A demandaros perdon.»—
—«Capitan, en vuestra casa
Nadie exige sino vos.
Id, venid cuando os pluguiere
Sin pena y sin restriccion,
Que en todo lo que gustareis
Nos dareis gusto y honor.»—
—«Pues cuando os venga en agrado,
Señor duque, la ocasion
Del notario aprovechemos,
Con la ley cumplamos hoy,
Y atendiendo á ambos mandatos
De justicia y religion,
Hoy nos casarán las leyes,
Mañana temprano, Dios.
¿Os place?»—
—«Sí, por mi vida.»
—«¿Y á vos, Diana?—
—«¿Tengo yo
Mas voluntad que la vuestra,
Mi esposo y libertador?»—
—«Pues de ese modo abreviemos:
Que aunque por ello afliccion
Siento en el alma, esta noche,
Aun mi ausencia no acabó.»—
Volvióse á tales palabras
El duque, y conversacion
Siguieron de esta manera
Por lo bajo ambos á dos,

—«Don Cesar, ¿llevais espada?—
—Solamente á precaucion.—
—Sabeis, Capitan, que os debo...—
—Gracias, duque; aunque de honor,
No es asunto de estocadas,
Sino de tiempo.—
—¡Por Dios
Que tomára por agravio
Que en caso de esposicion
Reclamárais el ausilio
De otro que no fuera yo!—
—Dormid sin cuidado, duque,
Que en todo evento hombre soy,
Y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
Al baile desde la mesa,
Danzad, duque, sin temor,
Y no os acordeis de mí
Hasta que despunte el sol.»
Y así el Capitan diciendo
La mano de Diana asió,
Y á otro aposento pasaron
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
Los contratos en union,
Volvióse á la danza luego
Y á la mesa se volvió.
El duque estuvo gozoso,
El Capitan decidor,

Y Diana hermosa y radiante
Y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda,
Cenando como un leon,
Desde la cena, la danza
Tercera vez empezó,
Mas que nunca bullicioso
Y pacífico el salon.
Mas justo será añadir
Como fiel historiador,
Que mientras seguia el baile
Y de los brindis el son,
El Capitan y Ginés
Salian al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambron.

VII.

Doña Inés.

Cerraron en un convento
A doña Inés de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamás fué su intento,
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,

Pensó libre mariposa
De volar de rosa en rosa
Por el jardin de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol
Y una mente inquieta y loca
¿Quién puso bajo una toca
Corazon tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los dias
Sus delirios de muger?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella,
Si, presintiéndose bella,
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sones
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otro dios y otras canciones
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oracion,
Cómo exigencias divinas,
Si hay otras que están ladinas
Punzándola el corazon?

¿Para qué son sus sentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
Los mal mutilados rizos,
Sino ha de prender en ellos
Una flor, que hará mas bellos
Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza
Curiosa va tras su sombra
Con afanosa esperanza.
Y el pié se ensaya en la danza
Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud
La causa secreta estudia
De su secreta inquietud,
Do quier que encuentra un laud
Un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando
De su mansion los cerrojos
Las horas pasó soñando,
Y se encontró despertando
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
Al ver la inmensa campiña

Donde cruza una aldeana,
Trocar su sayal de lana
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
Y al bordar un santo nombre
La santa labor estruja;
Que audaz tentacion la empuja
A delinear el de un hombre.

Y así se la van los dias
En suspirar y gemir,
Por las bóvedas sombrías
De las largas galerías
Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
Y sus labios palidecen,
Y sus pies se debilitan,
Y sus delirios la irritan,
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
A doña Ines de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Que bien se vé que su intento
No la llamaba á su estado.

——

¿Pero qué han visto sus ojos,
Que serenos y radiantes

Ha dias que sin enojos
Moderaron los antojos
Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba
Del templo el cantar sonoro
Y la oracion la cansaba,
Hoy de rodillas se clava
Ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraida
Asistia al gran misterio
Del Redentor de la vida,
Hoy no quita embebecida
Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el son
Del importuno esquilon
Dejaba el lecho tardía,
Hoy madruga con el dia
Y adora la creacion.

Ella que ayer descuidada
Olvidaba sus labores,
Hoy noche y dia afanada
Multiplica delicada
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
Ofrendas del sentimiento
Bajo formas infinitas,
Sus labores esquisitas
Que orgullo son del convento.

Mutacion inesperada
Que á sus hermanas admira,
Y la oveja descarriada
(Dicen) *del pastor llamada*
Ya á su redil se retira.

Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía
Y á los cuidados de su amo,
La blanca oveja que huia
Tan salvage como el gamo
Nacido en la selva umbría.

Y en secretas reuniones
Dándose la enhorabuena
Doblaban las oraciones
Pidiendo á estas intenciones
Perseverancia serena.

¡Impertinencia oportuna!
¡Oh necias sin duda alguna
Las pobres siervas de Dios
Sino alcanzásteis ninguna
Lo que va de Ines á vos!

Tras recogimiento tanto
Su tez la color recobra,
Sus ojos brillo y encanto....
¿Y pensais que el fuego santo
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada
En la seca soledad

Vuelve á una niña apenada
La pura tez sonrosada
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
Cubrís el mundo y los ojos
Con vuestros benditos velos,
Cuando á la luz de los cielos
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela
Que se vuelve á su pastor,
Y cuya vuelta os consuela,
Es tórtola que se vuela
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
Clavados en el altar,
El altar no contemplaban,
Que otros ojos no cesaban
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
Pero pese á los cerrojos
Lenguas en ojos residen,
Y los espacios se miden
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas,
Y doña Ines se abrasaba,
Y vosotras.... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su esceso,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que perdido el seso
Tendió la mano, y que un beso
Crugió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar,
Solia mas tarde entrar
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
Que del paseo celosa
Abriese ventana alguna
Y viese huir con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero
Que al primer canto del gallo
Viese acercarse rastrero
Un rondador caballero,
Que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Pudieron de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando
El sueño de la tornera,

Las llaves manoseando,
Abierta aficion mostrando
Del manojo á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento
A doña Ines de Alvarado
Obraron con poco tiento
Pues ni han mirado su intento,
Ni en el Capitan pensado.

VIII.

Aventura inesplicable.

Tras grave asunto, á juzgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres cruzando
A caballo un olivar.
No está la noche muy clara,
Mas bien se vé al pié de un cerro
Una crùz grande de hierro
Que dos caminos separa.
Y de advertir fácil es
Aun á los ojos peores
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.
Echó pié á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás,
Le dijo:—aquí esperarás.—
Y el otro dijo:—aqui espero.—

Y hácia el convento avanzando,
Del caballero en la oscura
Sombra se fué la figura
Hasta perderse menguando.
Y aquí ¡oh mi lector amigo!
Fuerza será que convengas
En que es preciso que vengas
Hácia el convento conmigo.
Sigue mi camino pues,
Y de una verja detrás
Un átrio acaso hallarás
A pocos pasos que dés.
Sube tres gradas, si puedes,
Da un paso mas, y con él
Tocarás en el cancel,
Donde es fuerza que te quedes.
¿Ves un hombre que embozado
Encorbando la figura
Por la estrecha cerradura
En mirar está ocupado?
Acércate sin temor,
Que lo que alcanza por dentro
No hace temible el encuentro
Del Capitan reñidor.
Tú, lector, preguntarás
¿Con que el Capitan es ese?
El mismo, mas que te pese,
Pero hazte un poquito atrás.
Porque levantando el brazo
Empuja á espacio la puerta.

Entró, y dejándola incierta
Sopló el aire y dió un portazo.
  Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es llamándote darte
Con la puerta en las narices.
  Mas tu impaciencia sosiega,
Todo lo presenciarás,
Que del poeta á eso y mas
El poder mágico llega.
  Está el capitan en pié
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.
  El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo
Y un féretro en medio alzado.
  Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.
  Monges le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pages de librea de oro.
  La muchedumbre que asiste
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea
Se vé que de noble viste.

Y parece que al bajar
El que ha finado á su nicho
Memoria tuvo capricho
De su opulencia en dejar.
Y al par que su eterna calma
Las oraciones consuman,
Mirras y esencias perfuman
La despedida del alma.
Música triste le aduerme,
Salmodias le santifican,
E hisopos le purifican
El cuerpo que yace inerme.
Mas aquellas oraciones
Y responsorios precisos
Llevan de anatema visos
Y planta de maldiciones.
A veces son sus compases
Hondos, siniestros, horribles,
Murmurando incomprensibles
Negras é incógnitas frases.
En son lento, ronco y quedo
Se hacen oir otras veces,
Y entonces aquellas preces
Hielan los huesos de miedo.
Otras semejan ahullidos
Discordes, desesperados,
Lamentos de condenados
De los infiernos salidos.
Otras lejanos rumores
Cual de tormentas se escuchan,

O de ejércitos que luchan
Los espantosos clamores.
Y siempre siendo los mismos
Los sones que se levantan,
Responsos á un tiempo cantan
Y murmuran exorcismos.
Atónito de la escena
Estraña y aterradora,
Que encuentra tan á deshora
Y le asombra y enagena,
Don Cesar con paso lento
Entre la turba mezclado
Dirigióse á un enlutado
Que oraba en aquel momento.
—«*¿Quién es el muerto, sabeis*
(Dijo) *á quien rezando están*?»
Y él respondió:—*El Capitan*
Montoya: *¿le conoceis*?»—
Mudo quedó de sorprèsa
Don Cesar oyendo tal,
Mas no lo tomó tan mal
Como tal vez le interesa.
Volvióle la espalda pues,
Diciendo: *Me ha conocido,*
Y burlárseme ha querido;
Mas luego veré quien es.
Siguió la iglesia adelante
Y una capilla al cruzar
Vió un sepulcro preparar
Entre otros varios vacante.

Y á un personage que halló
De luto y que parecia
Que el trabajo dirigía,
El Capitan se acercó.
—«*¿Para quién abren la hoya?*»
Le dijo: y el enlutado
Le contestó de contado:
—«*Para el Capitan Montoya.*»
Mudósele la color
A don Cesar, mas repuesta
Su calma, al de la respuesta
Volvió entre risa y furor.
Miróle de arriba abajo,
Pero no le conoció;
Segunda vez le miró
Pero fué inútil trabajo.
Ni recordó que quizás
Le hubiese visto la cara,
Ni imaginó que la hallára
Tan repugnante jamás.
Que encontró en ella tal gesto
De aterradora hediondez,
Que por no verla otra vez
Dejó caviloso el puesto.
Fuese á otro punto á situar
Diciendo:—«*¡Ese hombre estremece!*
De aquel sepulcro parece
Que le acaban de sacar.»—
Uno tras otro se puso
A contemplar los que via,

Mas á nadie conocia
De lo que andaba confuso.
  Tenian todos las caras
Descoloridas y secas
Y dijeran que eran huecas,
A mas de antiguas y raras.
  Cansado de fiesta tal,
Y á impulso de una aprension,
Llegóse á un noble varon
Que oraba con un cirial.
  Cabe él la rodilla apoya,
Y dícele ya con miedo:
—«*¿Quién es el muerto?*»—y muy quedo
Contestó el otro:—«*Montoya.*»—
  Del catafalco á los pies
Llegó entonces decidido
De aquella duda impelido
A ver el muerto quién es.
  Por los monges atropella,
Trepa al túmulo, la caja
Descubre, ase la mortaja
Y él mismo se encuentra en ella.
  Miró y remiró, y palpó
Con afan hondo y prolijo,
Y al fin consternado dijo:
¡Cielo santo; y quién soy yo!

———

  Miró la vision horrenda
Una y otra y otra vez,

Y nunca mas que á sí mismo
En aquel féretro vé.
Aquel es su mismo entierro,
Su mismo semblante aquel:
No puede quedarle duda,
Su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
Los ojos cierra por ver
Si la ilusion se deshace,
Si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
La agita, ansiando creer
Que es máscara puesta en otro
Que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver
Y le torna á revolver;
Cree que sueña, y se sacude
Porque despertarse cree,
Y tiende el triste los ojos
Desencajados do quier.
Mas; ¡nuevo prodigio! mira
A las puertas, y al dintel
Vé que despiden el duelo,
De duelo henchidos tambien,
Don Fadrique y doña Diana,
Que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
Les nombra, cae á sus pies;
Miradme, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien

Y ellos le miran estúpidos
Sin poderle conocer,
E inclinando las cabezas
Replican—*Montoya fué.*—
Entonces desesperado
Con angustia tan cruel
Vase otra vez hácia el muerto
Demandándole quien es.
—«*¿No hay quien sepa aquí quién soy?*
¿No hay á salvarme poder?»—
Y allá desde el presbiterio
De las rejas al través,
Oyó una voz que decia:
—«*Sí, te conozco, mi bien:*
Abre; ¿qué tardas? partamos:
Yo soy tu amor, soy tu Inés.»—
Y los brazos le tendia
La de Alvarado tambien
De la reja tentadora
Tras el cuadruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
Que le persigue á su vez,
Gritaba él: —«*Aparta, aparta;*
¿Que soy cadaver no ves?»
Y apenas palabras tales
Pronunció, cuando tras él
Vió llegarse aquel fantasma
Cuyo gesto de hediondez
Le hizo miedo, y no le pudo
Recordar ni conocer.

Contemplóle de hito en hito,
Le asió del brazo despues,
Y así con voz espantosa
Vió que le dijo: ¡*Pardiez*!
Tú eres quien cambia conmigo,
A mi sepultura ven.
Y á esta horrorosa sentencia,
Ya sin poderse valer,
Cayó en el suelo Montoya
Falto de aliento y de pies.

—«¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?
¿Respiro aun?—Esclamó
Montoya abriendo los ojos
Con desfallecida voz.
—Señor, estais en mis brazos.—
—¿Eres tú, Ginés?—
—Yo soy.—
—¿Dónde estamos?—
—En la cruz.—
—¿Del olivar?
—Si señor.—
—¿No estuve yo en el convento?
¿Pues quién de allí me sacó?—
—Yo fuí, señor.—
Tú, Ginés!—
—Perdonad, temí por vos,
Y viendo que el tiempo andaba

Y ni seña ni rumor
Esperanza me infundían,
Tras vos eché.—
—Santo Dios:
¿Y llegastes....—
—A la iglesia.—
—¿Atraido por el son?—
—Señor, no he oido nada;
¿No os lo dije?
—¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no vistes
Los enlutados en pós
De mi cadáver?—
Miróle
Absorto de admiracion
El mozo, y dijo:
—Soñamos,
Ó vos, don Cesar, ó yo.
Ni ví, ni oí cosa alguna.—
—¿Con qué es mia esa vision?
¡A mis ojos solamente
Horrenda se presentó!
¿No vistes conmigo á nadie?—
—Os juro á mi salvacion
Que solo os hallé, tendido
Al pie del altar mayor;
Y viendo el peligro doble
Del sitio y la situacion,
Ni me detuve á pensar
Si estabais herido ó no;

Cargué con vos, y me vine;
Ni oí ni ví mas, señor.—
Calló Ginés, y don Cesar
A estas palabras quedó
Distraido y abismado
En honda meditacion.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
De la faz del Capitan
La estraña trasformacion.
Desencajados los ojos,
Palidecido el color,
Torbo el mirar, parecia
Mas que vivo, aparicion.
Sentado en el pedestal
De la cruz, do él le posó,
Inmóvil permanecia
Sin fuerza y sin intencion,
Amarrado á un pensamiento
Que bullia en su interior,
Y que se via que todas
Las potencias le absorvió,
Como quien mira aterrado
Negra y horrible vision
Que le borra de los ojos
Cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
Por su juicio y su razon,
Dirigióle atentas frases,
Con afan consolador.

Mas él ni tornó los ojos,
Ni á sus voces respondió,
Ni agradeció sus cuidados,
Que en nada puso atencion;
Y al cabo de largo trecho
Con repentino vigor,
Levantándose en silencio
En su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
Y el poderoso bridon
Tras un peligroso brinco
A todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin supersticion
Dijo:—«¿Si tendrá los malos?»—
Y á escape tras él echó

IX.

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
A un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
A don Fadrique y don Cesar
Que pálidos los semblantes
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia,
Don Fadrique, y contestarle

Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demas tenaces.
El Capitan asentado
En un sillon torbo yace
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable.
Y don Fadrique colérico
En pié á su lado, las frases
Le dirige mas violentas
Que halló para provocarle.
Dejábale el Capitan
Que la ira desahogase,
Como si con él no hablara
Ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
Aprovechando un instante
Dirigióle la palabra
Con razones semejantes:
—«Todo es inútil, denuestos,
Súplicas, amagos, ayes;
El mundo entero no puede
A que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
Quiero que al sepulcro baje,
Y no ha de saberlo nunca
Desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mio
Quiero de él aprovecharme,
Si es un aviso del cielo,
Es imposible escusarle»—

Tornó al silencio don Cesar,
Y el duque, que aunque no alcance
La razon, sospecha alguna,
Díjole sin ira casi:
—«Don Cesar, noble he nacido,
Y por mucho que yo os ame
Llevar no puedo en paciencia
Sin una escusa un desaire.
Por misterioso ó fatal,
Por precioso ó repugnante
Que el secreto sea, ¿creeis
Que no sabré yo guardarle?»—
—«Sabeis quién soy, don Fadrique,
Y por escusa esto baste,
Que no hablaré mas en ello
Si santos me lo rogasen.»—
Y aquí ya de don Fadrique
La cólera desbordándose,
Dijo al Capitan Montoya
Con voz resuelta y pujante:
—«¡Vive Dios, señor don Cesar,
Que esto no es mas que un ultraje
Que hacer quereis á mi casa,
Y que está pidiendo sangre!
Si no podeis el motivo
Descubrirme que deshace
Vuestra boda, satisfecho
De un modo ó de otro dejadme.»—
—«Señor duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,

Pues que me debeis la vida
Nadie como vos lo sabe.
Pero os juro que aunque osado
Llegueis hasta abofetearme,
No hareis que por causa alguna
La espada mas desenvaine,
Ni mas me la he de ceñir,
Ni mas me harán que la saque
Cuantas honras y razones
En el universo caben.
Mirad, señor don Fadrique,
Si el secreto será grande,
Y pues veis á lo que obliga,
Si hidalgo sois, respetadle.»—
Callaron ambos á dos,
Y continuaron mirándose
Como hombres en sus propósitos
Igualmente imperturbables.
Al fin dijo don Fadrique
Por la estancia paseándose,
Como quien duda si debe
Satisfacerse ó vengarse:
—«Señor capitan Montoya,
Vida y honor me salvásteis
Una noche, y aunque en esta
Me los habeis vuelto tales
Que no será mucho tiempo
A restablecerlos facil,
Váyase lo uno por lo otro,
De nada quiero acordarme.

Estamos en paz, don Cesar.»—
Y continuó paseándose,
Y atarazándose un labio
Hasta revocar la sangre.
Entonces el Capitan
Con paso medido y grave
En mitad del aposento
Fué decidido á encontrarle;
Tendióle la mano y dijo:
—«Pensad, duque, si es bastante
A dejaros satisfecho
De este misterioso ultraje
Mi resolucion postrera:
Tomad, señor, esas llaves:
De mis inmensos tesoros
Haced con justicia partes:
Una á Ginés por servirme,
Con cuantos muebles hallare;
Un hospital ó convento
Fundad con otra, si os place,
Y otra á don Luis de Alvarado,
Que gana la apuesta infame
Que hice de robar á Dios
La mejor prenda al casarme.
¿Me comprendeis, señor duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
Lo que hoy de perder me place;
Pero cuidad, don Fadrique,
Que no sepa el miserable

Que era Ines, su propia hermana
La prenda que iba á jugarse.»—
Y así el Capitan diciendo
Un pliego sin letras ase,
Escribe algunas palabras
Lo firma, lo sella y parte.
Quedó don Fadrique atónito
Ginés rompió en voces y ayes
Y en llanto amargo, que al punto
Cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
Y el escándalo fué grande,
Aunque al culpar los efectos
No acierta la causa nadie.

X.

Hechos y conjeturas.

Todo era hablillas Toledo
Y todo interpretaciones,
Cada cual forjó un enredo:
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al Capitan
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quien dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior.

Quien dijo que un dia oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al Capitan que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
A su escribano mandó
Que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que don Cesar firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos dias despues,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,
Ni puede decirse mas,
Y este es el hecho desnudo,
Pábulo, origen y escudo
De las mentiras de atras.

Mas hay entre todas una
Que fábula ó tradicion
En escritura oportuna

Encontrarla fué fortuna
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y magestad.

Yo trovador vagabundo,
La oí contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razon, y así al mundo
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
Como á mí me la contaron
Fielmente la contaré,
Y á ser falso, juro á fé
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento estraños
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
De hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
Y en fin, segun es costumbre,
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida
Vino un varon venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó
Con el noble moribundo,
La religion con el mundo
Así plática entabló.

MONGE.

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE.

Bien venido
Padre; concluyendo estoy.

MONGE.

A ayudaros he venido
A ir en paz; prestad oido
A lo que deciros voy.

«Ha diez años que arrastrado
Por intencion criminal

Hollé de un templo el sagrado
Y á Dios me sentí llamado
De una vision infernal.

Los muertos ví que salian
De las urnas sepulcrales
Y blandones me encendian,
Y con gran pompa me hacian
En vida los funerales.

Vision de los cielos fué;
¿Mas quién creyera mi historia?
A contarla me negué,
Y haberla determiné
Encerrada en mi memoria.

Tan solo existia un hombre
A saberla con derecho;
Porfió, porfié ; y no os asombre,
No me lo arrancó del pecho :
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que escusar no pude
Al noble á quien ofendia,
Vengo, y ¡así Dios me ayude!
A que mi razon escude
La fé de vuestra agonía.»

Y esto el buen monge diciendo
Cayó ante el lecho de hinojos,
Las manos del duque asiendo,
Quien sus palabras oyendo
Al monge tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
Con acongojado afan,
Y esclamó al fin con un grito:
«¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, Capitan.»

Y los brazos enlazaron,
Y á solas ambos á dos
Por largo tiempo quedaron,
Y largo tiempo lloraron
Ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesion
Henchido el duque de fé,
Díjole: «A aquella vision
Debeis vuestra salvacion,
Que aviso del cielo fué.»

En cuyo punto sintiendo
Llegar el trance fatal
Del paso duro y tremendo
«A Dios, Don Cesar,» diciendo
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
Del buen monge la mision
Y el ánima encomendada,
Con voz esclamó mudada
Al darle la absolucion:

«¡*Vé en paz! y si como espero*
El llanto ante Dios se apoya
De un corazon verdadero,

¡Ruega á Dios, buen caballero
Por el capitan Montoya!»

Y dando al mundo un momento
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió à su convento
El Capitan penitente.

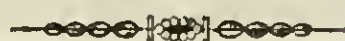
Y ha poco habia en sepultura humilde
De la maleza oculta entre las hojas
Una inscripcion borrada por los años,
Que todo al fin sin compasion lo borran.
Unico resto de opulenta estirpe,
Unico fin de la mundana pompa,
Monton de polvo en soledad yacia
Quien hizo al mundo con su audacia sombra.
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa
«AQUI YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,
QUE FUE EN EL SIGLO EL CAPITAN MONTOYA.»

Nota de conclusion.

Y por si alguno pregunta
Curioso por doña Ines
Y opina que queda el cuento

Incompleto, le diré:
Que doña Ines murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y sino pudo, con él.
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es;
Quien las logra muere en ellas,
Quien no las logra tambien.
Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fué,
Y solo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no sé qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para al vulgo responder.
Dió á Gines un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que habia nacido en casa
Y en esto solo habló bien.

LA MUGER DEL MUNDO.



. . . .

—Estas, pues, son desta niña
Las partes y calidad,
Archivo de todo achaque
Y albergue de todo mal.
Las que privais en el mundo
Con el pecado mortal,
Si no perdeis coyuntura,
Las vuestras se perderán.

(Quevedo.)

Un poeta lloron principiaria este artículo con las siguientes palabras, ú otras equivalentes:

—¡Pobre muger....!! ¡Ay....! flor delicada....
marchita y mustia y sin color y ajada....

Un furibundo ascético, severo y bilioso, tal vez anunciaria su discurso con este virulento desahogo:

Miseria y corrupcion, torpe hermosura:
fragilidad, fragilidad mundana......
todo se vende ya en la tierra impura;
ya no hay virtudes en la raza humana......

Pero yo que á estas horas no sé lo que soy, porque nada tengo de sentimental ni de ascético, pláceme descorrer el velo de lo que mi editor quiere que sea el trato, con las palabras que todo fiel cristiano debe decir al principiar una

obra buena.—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

Necesario es santiguarse y ponerse bien con Dios, al bosquejar el perfil.... nada mas que el perfil de la *Muger del Mundo*, como la víctima que marcha hácia la hoguera, como el que por primera vez se embarca, como el que asciende á la silla escelentísima; porque realmente en los tiempos que corren, es un martirio moral, un sacrificio de reputacion para el que ofrece un cuadro pecaminoso ante la vista de las gentes, cuadro que á unos parecerá pequeño, á otros proporcionado, y á muchos monstruoso.

Y ¿qué dirán los pseudos moralistas, los meticulosos y rígidos censores de las costumbres de esta época? Dignos de ver serán los aspavientos, las horripilaciones y las siniestras miradas que arrojarán sobre este vergonzante articulejo, cuando libre y en las alas del repartidor de esta obra famosísima, se les entre por las puertas y vuele á sorprenderlos en medio de la virtuosa calma que aparentan disfrutar en el fondo del hogar doméstico.—¡*La Muger del Mundo....!* ¡qué horror! ¡qué inmoralidad! ¡qué aberracion!. ¡qué anarquía!!!.... Y ¿esto se escribe y circula entre multitud de séres inocentes que yacen en la mas feliz ignorancia?... ¿no basta que exista el vicio, sino que se ha de llamar la atencion sobre él, se ha de contaminar el casto oido de las vírgenes con la descripcion de..... Uf.!... af.!.... ¿Qué hacen esos fiscales de la imprenta? Y esa llamada benéfica institucion del jurado, ¿por qué no pone un dique á este torrente de papeluchos inmorales, aquí que no hay compromisos.... aquí que no peco....? Pero, está visto: la sociedad se disloca y bambolea; la Constitucion es una bella menti-

ra; y el Gobierno, el Gobierno es el primer criminal, y las Cortes, y Luis Felipe.... ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!!!!!!....

Y vosotras, purísimas doncellas, cándidas, delicadísimas flores del jardin terreno, ¿os rebelareis tambien contra la *libertad del pensamiento*....? ¿me condenareis sin mirar estos pobres, pero verídicos renglones, cuando en la tertulia sirvan de sabroso pasto al aguzado diente de algun canibal literario, aunque despues procureis leerlos á hurtadillas? tal vez, tal vez.... porque

> Si el alma un cristal tuviera
> (como cierto Dios queria)
> menos traiciones hubiera,
> Pues cada cual temeria
> que su infamia se supiera.

Esto lo dijo el doctor Juan Perez de Montalvan muy oportunamente en la comedia «Cumplir con su obligacion» y aunque no os parezca muy oportunamente citado, habeis de saber tiernísimas palomas que la hipocresía desde los tiempos mas remotos tiene establecida su morada en todos los corazones, en todos con mas ó menos fuerza ejerce su poderío, y como al Supremo Autor no le plugo colocar en lugar conveniente el consabido cristal, acaso por ser materia quebradiza y muy espuesta, he aquí la razon porque alguna de vosotras delante de las gentes desdeñará fijar sus bellos ojos en la *Muger del Mundo*, aunque vaya luego á buscarla en el fondo de alguna papelera, burlando la vigilancia del timorato papá ó del tutor espantadizo. Pero anticipadamente os advierto que sin peligro podeis satisfacer esta curiosidad: vuestros castísimos oidos no deben ofenderse con

las palabras de la triste cuanto amarga historia de la Muger profana.... porque en verdad, en verdad os digo que las que sean á toda prueba candorosas, puras é inmaculadas no me entenderán, y las que me entiendan.... será porque teórica ó prácticamente conocerán las vicisitudes del mundo pícaro, y para estas nada habrá aquí nuevo, nada que las escandalice y que no hayan escuchado alguna que otra vez. Esto supuesto, allá vá la representante de un tipo *universal*.. y entiéndase que al valerme de esta frase no trato de aplicarla en toda su portentosa latitud; sino porque no saliendo al paso otra que determine y califique mas cumplidamente al tipo de los tipos, al gremio que reune mayor número de afiliados, al robusto tronco del que suelen ser vástagos una buena porcion de los tipos femeninos, la estampo aquí con la protesta de variarla tan luego como pueda sustituirla con otra que diga mas.... pero que asuste menos.

La Muger del Mundo, es, como si dijéramos, una obra que se publica por entregas y se reparte entre un número indefinido de suscritores: es la colmena-abeja de la que no es todo miel lo que se saca, así como no es oro todo lo que reluce, y es en fin la digna consorte de uno de los enemigos del alma. Nada hay en la inmensa estension de los orbes tan completamente aislado que pueda considerarse como único en su especie. Tan admirable, tan pasmosa es la combinacion de la gran máquina del universo que no hay pieza independiente de otra: no hay ente ni ser que carezca de otro ser, ó ente para atender á su fecundidad y multiplicacion, ni, mas claro y como vulgarmente se dice, no hay cual sin su cada cual, ni oveja sin su pareja. Y ¿á qué viene aquí, direis, bellísimas lectoras, toda esta contempla-

cion filosófico-metafísica envuelta en una lluvia de refranes? Oooh!.... viene á preparar, á disponer vuestros ánimos para que sin violencia podais recibir una gran nueva: viene á revelaros un secreto de alta importancia; secreto que en el trascurso de los tiempos ha estado escondido entre el mas profundo misterio, pero ahora que todo se analiza, inquiere y averigua, ahora que todo se sabe, porque, no hay duda, hemos llegado al *complemento del saber*, ya no hay arcanos que resistan á la humana investigacion, ya fácilmente se despeja la incógnita: ya están resueltos todos los problemas.

—Pero ¿y el secreto?

—¿El secreto?.... teneis razon; basta de preámbulos y circunloquios: allá vá: pasmaos, estremeceos, santiguaos... el secreto que desde ahora será el secreto á voces, es que el Mundo tiene su *cada cual*, que el Mundo tiene su *pareja*, que el Mundo está casado!!! Casado, si; como cada hijo de vecino, y casado con el peligroso tipo que os presento; porque sino, ¿qué quiere decir la *Muger del Mundo*? Lo mismo que la muger del secretario tal.... del alcalde cual.... y del boticario, qué se yo. Y esa dilatada progenie de Sirenas que los antiguos llamaban meretrices, y las modernas cortesanas, y algo mas ¿qué son sino hijas del Mundo, hijas de ese matrimonio rebozado, de ese terrífico consorcio celebrado indudablemente entre las tinieblas de los tiempos primitivos? Y no hay que sospechar por esto que tan singular enlace ha producido únicamente hembras, porque ahí está el moderno continente, robusto y muy cumplido mancebo, cuyo nombre de pila es *nuevo mundo*, el cual se presentará á su tiempo, para recojer toda la herencia del mundo viejo,

ó para presenciar las particiones segun la última ley de mayorazgos. Quede, pues, establecido que el mundo está casado: que es uno de tantos maridos traviesos y coquetones que á menudo vemos circular por esta Babilonia, maridos sabandijas que por do quieran se introducen, zumban, pican, levantan ampolla y desaparecen. y saquemos á relucir, pongamos en evidencia la buena ó mala catadura, la *vera efijies* de la que por antonomasia cualquiera podrá llamar la *Muger fuerte*.

Autores respetabilísimos, porque entre ellos los hay sagrados, me inclinan á creer que *la Muger del Mundo* tiene casi tanta edad como su marido. A 5896 años hacen subir las siete edades de este los mas famosos cronologistas, desde la creacion hasta nuestros dias, y sin embargo, ¡oh portento maravilloso! hé aquí una muger que cuenta sus años de existencia por millares sin que haya podido el tiempo destructor marcar una arruga en su semblante, ni deslucir la brillantez de su hermosura. Verdad es que en esta lucha abierta con el tiempo no suele quedar siempre bien parada; pero nuestro tipo tiene inmensos recursos, poderosos aliados, y con reclamar la intervencion, el artístico apoyo de Pelaez ó de Rotondo, del agua de Venus ó de las innumerables falanjes de cosméticos, se queda como nueva y vuelve á salir á campaña erguida, fascinadora, para continuar su no interrumpida carrera de triunfos. *La Muger del Mundo*, generalmente lleva al tiempo encadenado á su carro victorioso como el enemigo mas rebelde y contumaz que la persigue; pero por mucho que este se afane por derrocar su imperio, jamás podrá estirparlas de la tierra, porque la Muger del Mundo es como el trigo que por cada grano que

se siembra brotan ciento, es como el fabuloso Fenix pero un Fenix Proteo que al reproducirse como aquel toma todas las formas de este operándose en ella tres distintas, pero capitales metamórfosis. Ya resuelta, orgullosa, deslumbradora conduce su carroza por las altas regiones y huella con su planta las matizadas alfombras de los palacios y aspira el perfumado ambiente de las flores y la lisonja: ya con modesto atavío, sin carroza y sin orgullo, se desliza brevemente por las calles entre las sombras del último crepúsculo.... hora precisamente en que el honrado murciélago sale á caza de alguno que otro mosquito y demas insectos infelices, y ya por último, abandonada sin casa ni hogar, sin Rey ni Roque, sin pudor y sin zapatos, recorre alegremente las plazas antes y despues de los crepúsculos, y tiene la humorada de ir á pernoctar de vez en cuando bajo el alero hospitalario de algun cuartel. Pero orgullosa, modesta y abandonada, siempre es igual, tanto vale una como otra, como las acepciones de una misma palabra; porque siempre es la Muger del Mundo, enredadora, coqueta, que muda á cada paso el trage y antifaz para sostener las ilusiones del veleidoso marido. Fuerza será considerarla tambien bajo estas tres distintas acepciones y sacarla á bailar ante la pública espectacion, ya como *primera bailarina absoluta*, ya como de *medio carácter* y ya como *grotesca*, aunque en el fondo, en la esencia de las consideraciones coreográfico-mundanas todas tres sean bailarinas á *perfeta vicenda.*

No nos detendremos en profundizar las causas que obligaron á nuestra heroina en la pubescencia á aceptar uno de los primeros papeles de la brillante farsa que representa, porque seria el cuento de nunca acabar, si nos lanzáramos en

ese laberinto de novelas que tiene estudiadas y dispuestas para referirlas al que las quiera escuchar, en las que vulgarmente suelen figurar como protagonistas y origen de toda una vida de escándalos, un Don Juan Tenorio, ó un viejo opulento y libertino, ó una madre desnaturalizada y especuladora. Generalmente, y diga nuestro tipo lo que quiera, el verdadero y principal motor que la arroja en los brazos del Mundo no es otro que la falta de sólidos principios de buena moral y Religion, y la sobra de una ambicion desmedida por los goces terrenos, el lujo y las riquezas, sin que jamás recuerde el *¡qué dirán!* sino para olvidarlo con el *¿qué se me dá á mí?* Dotada de hermosura, buen talle, natural despejo, y diestramente gobernada por alguna *doña Rodriguez*, Sibila de las Sibilas, nada mas fácil que ver en las aras de la gentil deidad profusamente apiladas las ofrendas sirviéndoles de base la colosal fortuna del banquero, el simbólico baston del magnate, la espada del conquistador, los cetros y las coronas. ¡Delicioso sueño al que la Muger del Mundo se abandona confiada en sus efímeros encantos sin que puedan los hondos gemidos de la olvidada virtud, ni la estentórea carcajada de las gentes, desvanecer tan dulcísimo letargo!.... porque la virtud no es otra cosa ante sus ojos que una fantasma ilusoria, un ente ideal y acomodaticio creado por los hombres, que vale tanto como cualquiera otra invencion humana, y la befa de la sociedad un rumor leve que se pierde en el espacio sin eco ni potencia para trepar hasta el encumbrado solio donde la adoracion de unos cuantos idólatras la colocaron. Ella vé á la sociedad bajo sus plantas: la vé como un hormiguero famélico que bulle en derredor de un grano de avena, y de vez en cuando se en-

tretiene en arrojarle semillas que suelen bajar convertidas en togas, gobiernos, canonicatos, diputaciones y en sillas episcopales. Cuando la Muger del Mundo en sus floridos años tiende el vuelo y logra remontarse á tan elevada region, no hay imperio mas robusto ni dominacion tan cumplida como la suya. La debilidad del hombre la hace fuerte en sus venganzas, temible en sus intrigas, espléndida, derrochadora con los que la ofrecen incienso.... y de aquí suele llegar al complemento de la ambicion terrena apoderándose de los bienes temporales, siendo árbitra de los altos y supremos destinos de toda una monarquía. Pero tambien llega el tenebroso invierno de la vida, y solo con anunciarse las heladas brisas del otoño, el astro rutilante se apaga, el robusto imperio desaparece, el ídolo se derrumba con estrépito del encumbrado pedestal. Entonces la Muger del Mundo si fué algo *positiva* mientras duró su brillante apogeo, se retira á vegetar con su numeroso ejército de reserva, y para acallar escrúpulos funda un hospital ó capellanías, ó cosa que lo valga; pero si de su pasada gloria conserva únicamente recuerdos y nada mas que recuerdos.... se hace devota y hermana de la caridad y de la *camándula*, y abjura y se pasa, y renuncia generosamente á toda clase de pompas y entra en el redil de las innumerables ovejas descarriadas y arrepentidas.

Preciso es confesar que nuestro tipo considerado en esta su mas lucida metamórfosis no es esencialmente español. Otras naciones, donde la cultura, la civilizacion, pero no la moral, han hecho mas progresos que en nuestra rezagada España, nos lo pueden disputar en gracia del mayor número de egemplares que ofrecen sus respectivas historias;

y por mi parte no hay inconveniente en cedérselo, todo entero, porque en nada se amengua el honor del pabellon nacional, ni vale la pena de armar camorra por la posesion *in sólidum* de un objeto de tan pobrísima importancia. Algunas puntas mas tiene de españolismo la que hemos anunciado como de *medio carácter*, aunque bueno será tener presente que la *Muger del Mundo* no es un tipo local, sino un tipo patrimonio *in partibus* de todos los paises, dejando salva alguna que otra leve particularidad ó rasgo característico del suelo en que tiene establecido su laboratorio.

Veamos ahora á la Muger del Mundo aparecer nuevamente sobre un retablo. Considera, pio lector, á mi cliente en esta su segunda metamórfosis asomada con cierto desdeñoso descuido á la reja de ese cuarto bajo, ó maliciosamente escondida detras de la entreabierta persiana de aquel cuarto principal. Esa tos seca que de cuando en cuando llega á nuestros oidos, no vayas á creer que es producida por alguna irritacion bronquial, no; es el canto de la sirena, es el redoble que ejecuta el tambor cuando el baston del ayudante le da á entender.... *llamada y tropa.* Ponte detras de mí para que no seas blanco de sus ávidas miradas, y esclama en un momento de filantrópico arrebato. ¡Cuán digna de compasion es esa Muger en medio de la abominable senda del pecado! ¡Cuántas víctimas sacrificadas por la imperiosa ley de la necesidad en las aras del hambre! Y con efecto, esa infeliz será tal vez una huérfana, bien educada, que perdió su único apoyo cuando le era mas necesario: tal vez desvalida en la peligrosa edad de las pasiones aspiró sin sospecharlo el ponzoñoso aliento de la seduccion, y al separarse imprudente, sin cautela, del hermoso camino de la virtud,

de un desliz se arrojó en otro, como el peñasco desprendido de la cumbre de una roca que no cesa de rodar hasta el fondo del abismo. Sin embargo ; esta desgraciada no suele prostituirse ni desmoralizarse hasta el punto de hacer gala públicamente del sambenito. Siempre hay un si es no es de modestia y pudoroso recogimiento en su modo de vivir que, ya natural, ya con afectacion ó cuidadosamente estudiado, da mayor realce, mas fuerza de claro oscuro á sus hechizos. Generalmente pasa el tiempo en hacer y recibir visitas; da audiencia á todas horas y tambien las pide particulares si para mayor desgracia figura como pensionista en las primeras del monte-pio de las oficinas. ¡Fatal y hasta inmoral pension que obliga á la infeliz á abrazar el celibato á trueque de no perderla! Verdad es que si las pagas andan un tanto cuanto atrasadas, no es siempre la *Muger del Mundo* la que suele estar comprendida en esta calamidad, porque á veces cobra adelantado por los fondos secretos de tal ó cual secretaría. Una audiencia particular la consigue una muger de ciertas circunstancias.... y no sé qué diablo de instinto es el de los encopetados porteros que jamás cierran el paso á esta clase de pretendientes. Abrese la mampara, descórrese el encantado velo que oculta á la deidad financiera de la vista de los profanos , y la tímida suplicante se adelanta y con ensayada humildad y candorosa turbacion pronuncia estas palabras:

—Sentiré molestar.... interrumpir....

—¿Eh?.... qué es eso?.... (Aparte S. E. estirando las cejas y poniendo una deliciosa cara de pascuas ó de voto de confianza) ¡linda vasalla!

—Señor....

—Tome vd. asiento, señorita; aquí..... mas cerca..... deje vd., yo mismo.... así, á mi lado.... perfectamente.

—¡Cuánta amabilidad!...

—¡Ooooh!.... vd. es muy digna.... y bien, ¿á qué debo el placer de....

—Soy Serafina Cortés y Miranda....

—Ah.... ¿la recomendada por mi amigo el comendador de.... con efecto, es vd. un serafin....

—Y V. E. tan indulgente....

—¡Oh!.. no.... pero deje vd. á un lado el tratamiento; ante el poder de la hermosura caducan todos los poderes.

—Me tengo por muy feliz si logro parecer á vd....

(S. E. con gesto asaz significativo le dá á entender que es así: ella despues de flecharlo con una dulcísima mirada continúa.)

—Su estremada galantería me hace olvidar el objeto que hasta aquí me ha conducido....

—Tiene vd. razon, hija mia.... yo tambien me olvidaba.... con que vd. solicita....

—El pago de las mensualidades atrasadas de la pension que disfruto.... carezco de otro elemento para atender á mi subsistencia, y....

—¿Vd. es huérfana, no es así?

—Si señor.

—Y no tiene vd. familia.... ó parientes....

—Nada, estoy sola en la tierra.

—¿Y permanece vd. en el estado honesto.... eh?

—No señor.

—Cómo.

—Quiero decir que aun estoy soltera.

—No entiendo.... ¡vd. se contradice!....

—Pues ahí verá vd.

—Yaaaa!!!

(Momento de pausa en el que se oye la voz del portero mayor que dice desde afuera.—«No puede vd. entrar; S. E. está muy ocupado.)»

—Muy bien, me quedo con las señas de la habitacion de vd., se pasará órden.... se la atenderá.... yo haré que se estienda inmediatamente.... porque ¿quién no ha de hacer justicia cuando piden con tanta gracia?

—Es que yo quiero gracia porque pido con justicia...

—Sí, sí; comprendo hermosa niña... (y aquí S. E. le dá todas las seguridades posibles de buen éxito en la pretension y...) nada, nada, señores Fiscales, no me deslizo, no quiero ser pacífico habitante de las *Peñas de San Pedro*; termine cada cual á su manera esta audiencia particular, pues por mi parte la concluyo en esa última -y- que como todos saben no es mas que una *conjuncion copulativa.*

Esta clase, seccion ó parte del tipo que describo, no está tan protegida por la veleidosa fortuna como la que mas arriba queda perfilada. Generalmente suele estacionarse en el *mezzo término* de la escala ascendente de la ambicion terrena: siempre hay para la infeliz un *mas allá* al que nunca llega; y si anticipadamente el brillo de sus ojos se oscurece, ó asoma alguna cana importuna y precoz, entonces se retira triste y paso á paso de la escena pública, y establece con los ahorros una casa de huéspedes ó una pension de señoritas donde la juventud del bello sexo recibe una esmerada educacion.

Me resta bosquejar á la Muger del Mundo en su tercero

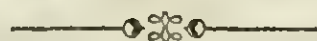
y mas temible disfraz. Descarada, picante, tremenda, acomete al Mundo, á su carísimo cónyuje con una resolucion que pasma, y en una misma noche se la vé aparecer con mantilla de blonda y de tira, y sin una y sin otra, con vestido de seda, y de muselina y de percal segun las exigencias de la situacion, porque no faltan almas caritativas, que proporcionan trages de *situacion*, trages de *crisis*, alquilados por horas y por un moderado tanto por ciento sobre un capital próximo á realizarse. Esta pobre muger suele ignorar completamente el nombre de los autores de su existencia; pero tanto mejor, menos cuidados, así puede, como ella dice, divertirse sin estorbos. No hay fiesta nacional, romería ni bailoteo, donde no se presente, menos cuando la baja de fondos se lo impide: pero entonces se va á jugar al *alza* colocándose á deshora al lado de una esquina... y tal vez lo consigue cuando ve cruzar al Mundo y le dice «*A Dios hermoso*» Va á los toros á pié; pero vuelve en calesa bien acompañada y cantando alegremente el ay, ay, ay... ó la manola, y al pasar por delante de algun café manchego suele interrumpir su canto para remojar la laringe con un medio chico de lo caro. Tambien á veces se busca la vida vendiendo flores en el Prado, y ¡naranjas y limones! ¡calentitas!... ¿cuántas?—almendritas del Pardo y otras frioleras; pero cuando desciende á este mecanismo degenera de la índole de nuestro tipo, ya pertenece á una raza bastarda que no es de mi incumbencia analizar.

En cuanto á la muger airada, su habitacion favorita (al menos por lo mucho que la ocupa) es la cárcel; su alcoba, el hospital; su salon de descanso, la casa nacional de la Galera.

Ahora bien, benditísimos lectores, este bosquejo se acabó: no estoy dispuesto á añadirle la mas leve pincelada; pero yo sé que diran algunos que he husado de tintas muy calientes, y otros diran que son frias; estos, que he dicho demasiado; aquellos que aun se pudiera decir mas... y acaso todos tendrán razon. Y ¿qué hacer?—No ocuparse de asuntos tan peligrosos y resbaladizos.—Es verdad, así lo hubiera hecho yo, á no haberme comprometido la amistad de una persona á quien nada puedo negar. Solamente me falta sincerarme con aquellos que de buena fé creen que todo lo que se escribe es porque se sabe *prácticamente* ó aconsejado *por la esperiencia.* Este caso es una escepcion: si ahora se levantára un nuevo Herodes, yo seria tal vez el primer inocente que sacrificára. Cuanto dejo dicho es fiel traslado de lo que un amigo me contó, amigo anciano ya; pero veterano, hombre de mundo y muy profundo conocedor sin segundo de la *Muger del Mundo.*

TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

LA VENTA DEL JACO.



Es la feria de Mairena,
Y ya se eleva el confuso
Hirviente, sordo rumor
De aquel portentoso mundo
Que se revuelve en la vega

Girando siempre en tumulto.
Es bello ver desde un cerro
Tan animado concurso
Que bulle, canta, alborota,
Y delira cual ninguno
Haciendo trueques y ventas,
Promesas, y engaños muchos,
Sin que haya en unos cautela
Ni en los otros disimulo.
Y en tan colosal estruendo
Oir el amante arrullo
Del galan que en la ciudad
Tal vez asediaba á un muro...
Y acaso el aire del campo
Le alcanza lo que él no pudo.—
Y todo aquesto á la vez,
Y todo en breves minutos,
Y alegres, desordenados
Desde el primero hasta el último,
Divierte de tal manera
Al que contempla en conjunto
Ya en la altura los ganados,
Ya en la llanura los frutos,
Y en ruidosa bacanal
Girando do quiera el vulgo
Que piensa que está en Oriente
Y en algun mercado turco.—
Y vense tambien allí
Los por demas siempre chuscos,
Hijos sin par de Triana,

En el decir tan agudos
Y en embaucar tan mañosos
Como en la color oscuros.—
Hélos allí infatigables
Nunca faltos de recursos,
Charlando como ellos solos
Entre ganados sin número,
Elevando hasta las nubes
Ya la casta de los unos,
Ya la bondad de los otros...
Y en medio de todo, astutos
Aprovechar la ocasion
Y hacer pasar sin escrúpulo,
Como si fuera un *Babieca*,
A algun macilento rucio.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Zu mersé mire eza piesa...
¡este ez un bicho mu fiero!
¿Y esta cola? ¿y la cabesa?
Vamo... zi no tiene pero.
¿Puez y lo zojos?... ¡no ez ná!...
Zon senteyas... ¡no hay mas ver!...
Miusté; con eza mirá
Está isiendo zu poer.
¿Y los *piños*?... ¡Jezucristo¡
Zon mas blancos que el *marfin*...

Y enjamáz aquí za visto
Un jaco con tanta *clin*.
¿Lo quié usté ve caminá?
Lo mezmo zale que un taco...
¡Jé!... ¡Canina!... ven acá...
Encarámate en el jaco;
Y yévalo recogío
Hásia el camino e zan Roque...
¡Corto!... Canina, hijo mio...
Y cudiao no te zesboque.

¿Lo vousté? ¡Juy... qué pujansa!...
Es lo mejó que tenemos...
Ni el mesmo viento lo alcansa..,
¡Zi zon muncho aqueyos remos!
Ahora é mano cambió...
Vea lusté... ¡qué gayardía!
¡Alabao zea el Zeñó,
Que tales fortunas cria!
¡Canina!... ¡pára! al avío;
Arrepare osté qué piel..,
Vamo, zi quié usté ir zervío
No hay mas que quearze con él.
. . . .
. . . .
¿Que cuánto?... bien vale... azí
Dios ze olvie e mis pecaos,
Lo mesmo que un maaveí...
Zobre tresientos ducaos.

. . . .
. . . .
¡Qué ha e ze mucho!... ¿no vusté
Que eze potro ez una fiera?
¡Por zan Juan!—Osté no ve
Que ez e la casta e *Valera*?
Y que ze bebe los vientos,
Y que los sielos escala...
Vaya... vengan los dosientos
Y pague osté la alcabala.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
¡Ze acabó; no hay mas hablá...
Zi osté ez el amo, on Jozé...
¡Luseriyo!... ¡paza ayá!...
¡Qué bicho ze yeva osté!!!...
¡Qué animal!... ¡vaya unas manos!...
Que las jan pintao parese...
¡Jay!... antez e zapartanos
Ejeme usté que lo beze!
¡Lusero, mantente tiezo!
Anda vete, pobrecico,
Y toma mi último bezo...
¡Várgame Dios, que jocico!
Zeñó on Jozé, no pueo má...
¡Llévelo usté, por Jezú!...
Que no lo guelva á mirá...
¡gástelo usté con zalú!

Canina... arrímate acá.
Ya lo vés, pazó el potriyo;
Juerza el mojalo zerá;
Con que vamo al ventorriyo.
Guen golpe, ¿es verdá, chorré?
Y en zeguro lo hemos dao...
¡Várgame Dios, lo que pue
Con los jacoz el *zalvao*;
Y él guen hombre no alvertío...
¡Zi ez esto una maraviya!
Que el peyejo está cosío
Maz acá e la paletilla.
Ni que la *clin*, ni la cola,
Ni loz *piños*, zon verdá...
¡Canina! con mi parola
Tó ze lo jize tragá.
¡Jezucristo!... ¡vaya un topo!...
No ze yeva mala ardiya..;
Ja, ja! Dios jaga que el jopo
Ze le tenga hasta Zeviya;

——

Y pues que tantos ducaos
Al fin nos valió el potriyo,
·Chavó!... con nuestros pecaos
Vámonos al ventorriyo.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

LA FLORISTA CIEGA.

Caballeros, aquí vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fé;
Oigo mucho alabarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.
Para mí ni belleza ni gala
Tiene el mundo, ni luz ni color,
Mas la rosa del cáliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.
Ciérralo, cierra el cerco oloroso,
Tierna flor, y te duele de mí:
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.
Me revelas el bien de quien ama;
Otra dicha negada á mi sér:
Debe el pecho apagar una llama,
Que no puede en los ojos arder.
Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia y matiz,
Tú, la vida has vivido en amores,
Del Favonio halagada feliz.
Caballeros, compradle á la ciega
Esa flor que podeis admirar;
Tuvo una que en llanto la riega;
Ojos ¡ay! para solo llorar.

Juan Maria Maury.

EL LLANTO DE UN PROSCRITO.

EPISTOLA

AL EXCMO. SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO

POR EL DUQUE DE FRIAS.



Cercano al márgen del undoso Betis
Que fecundando lo mejor de España
Corre á perderse en la region de Tetis,
Cuando discordia con horrible saña
Do quier agita la incendiaria tea
En estrangera y fraternal campaña,
Justo es que solo mi consuelo vea
En tí, Nicasio, y que mi humilde lira
Intérprete veraz del pecho sea.
En vano, en vano el corazon suspira
Remedio al mal y término al quebranto
Hoy que impera el terror y la mentira,
Que el tiempo asolador corriendo en tanto
Hunde en el suelo la ominosa huella
Dejando por do quier penuria y llanto.
Rápida cruza la fugaz centella,
Rápida corre la sonora fuente,
Rápida pasa la luciente estrella,

¿Y no será que el destructor torrente
Deteniendo su furia asoladora
Cese de acongojar la ibera gente?
Empero no será, si bienhechora
No une España los lazos fraternales
Y ve de paz la suspirada aurora.
¡Cuál genio bienhechor á tantos males
Un término pondrá con mano fuerte
Rompiendo los fatídicos puñales!
Todo es sangre y furor y guerra y muerte
Y envidia y odio y criminal venganza,
Y sufrir y llorar nos cupo en suerte.
Mas todo acaba en fin, y la esperanza
Ancora del mortal, anime al pecho
A presagiar la próspera bonanza.
Noble antigua ciudad que á largo trecho
El alta torre y muro de diamante
Descubres de los tiempos á despecho;
Tú de las artes paladion brillante
Que en eterno blason tus puertas orna
La regia gratitud de Alfonso errante;
Tú á cuyo campo venturoso adorna
La rubia mies y la verdosa oliva
Que frutos mil á tus desvelos torna:
Siempre, te juro, tu memoria viva
Será en mi tierno corazon grabada,
Pues me acogistes en mi suerte esquiva.
Yo te recordaré cuando trocada
Mi angustia mire en apacible encanto
Y al suelo vuelva de mi cuna amada.

Treguas á mi dolor, Nicasio, en tanto
Que de las artes y el saber la gloria
Templar consigan mi mortal quebranto.
Aun aquí miro la española historia
No deslustrado su esplendente brillo
En monumentos de eternal memoria;
Aun los dulces pinceles de Murillo
La bienhechora compasion pintando
Ó la esperanza del varon sencillo;
Aun Zurbarán los cielos animando
Y á doctos justos en union estraña
Santas doctrinas al mortal dictando;
Aun Velazquez y Vargas y Campaña
Del grande Apeles recordando el arte
Dan aquí nombre á la oprimida España.
Si halagan mi aficion palmas de Marte
Miro en la insigne fábrica de Herrera
Tremolar de Cortés el estandarte,
De Pizarro brillar la espada fiera
Y virar el timon que á rumbo mueve
La nave de Colon aventurera.
Si la ninfa gentil tal vez se atreve
A repetir los ecos de Rioja
De Itálica el recinto se conmueve
Y adelfa y lauro en el sepulcro arroja
Un genio celestial bañado en llanto
Y la bética Flora se acongoja.
¡Mas qué homérica trompa con espanto
Por la vasta ciudad fatiga el viento
Celebrando la gloria de Lepanto!

Esa es ¡oh Dios! el sonoroso acento
Con que canta triunfal sublime Herrera
De los hijos de Omár el escarmiento.
Bétis feliz, tu plácida ribera
Cien veces saludó la hispana flota
Que empavesaba flámula ligera,
Cuando preñada de riqueza ignota
Publicaba los triunfos de Castilla,
Desde el confin de América remota
Hasta llegar á la imperante silla,
Que un tiempo fué del corazon de acero
Que rindió la beldad de la Padilla.
No se admiraba entonces el guerrero
Depósito soberbio dó campea
Sobre bombas sin fin Vulcano fiero,
Ni la profunda cava que rodea
De la marchita planta los talleres
Que en balsámico aroma los recrea,
A la par que los bellos rosicleres
Del alba pintan las lucidas flores
Y doran gratos el dosel de Ceres:
Obra fué de Fernando.... ay! mil dolores
Vuelven á acongojar el alma mia
Y á doblar de mi suerte los rigores.
Acabó la ilusion que sostenia
Mi efímero gozar cuando soltando
El vuelo á la agitada fantasia
Olvidaba que injusto opuesto bando
Con insensata proscripcion me oprime
Bajo el augusto nombre de un Fernando.

En vano, amigo, el infortunio gime,
En vano clama el mísero inocente,
En vano el pecho en llanto se comprime;
¿Cuál el delito fué? ¿La armada gente
No publicó la ley? ¿El regio trono
Al bando militar supo hacer frente?
¡Dios inmortal de débiles patrono!
Líbrame ya de una faccion sañuda,
Sálvame ya de su feroz encono.
Tú mi inocencia y mi vivir escuda
De esa gente cruel que solo anima
Con enconado afán venganza ruda,
Que los ayes del triste desestima
Y arma la plebe con atroz fiereza
A su insano furor poniendo cima.....
Recuerdo yo la maternal terneza
Y su angélica voz consoladora
Primer bien que nos dió naturaleza,
Y una beldad á quien mi pecho adora
Que siempre, juro, vivirá en mi pecho
De vida y alma y libertad señora.
Dó quier la miro en lágrimas deshecho,
Dó quier la sigo con incierta planta,
Dó quier la llamo en mi mortal despecho.
¡Mas que otra idea el corazon quebranta
Sino de amor, de paternal ternura,
Y en divino placer mi pecho encanta!.......
De una hija recuerdo la dulzura
Que aun no cuenta el verdor de nueve abriles
Desde que vió del sol la antorcha pura,

Anunciando en sus gracias infantiles
Y en la aurora feliz de sus virtudes
Las gracias y donaires juveniles.
¡Prenda del corazon! cuando me ayudes
A sostenerme en mi vejez amarga,
Cuando mi vida del penar escudes,
Cuando yo deje la mundana carga
En el dia fatal en que atrevida
La muerte fiera su segur descarga,
Yo te bendeciré y aun bendecida
Será tu prole por que amarte pueda
Como tú fuiste de mi amor querida......
¿Pero hay amigo padecer que esceda
Al ver que España la estrangera gente
Sin combatir á su arrogancia ceda?
¡Sombra inmortal de Córdova valiente!
¡Sombra inmortal de Carlos el primero!
¡Y tú sombra inmortal del Rey prudente!
Vosotras que con rostro lisongero
Vísteis á España vencedora un dia
Blandir constante el indomable acero
Y del francés venciendo la osadia
La gloria renacer esplendorosa
De San Quintin, Parténope y Pavía,
Ya en el campo feráz de la Barrosa,
Ya de Bailen en la feliz llanura,
Ya en San Marcial, Tamames y Tolosa;
Pues veis que impune la enriscada altura
Que debimos al Dios de las bondades
Para guardar la independencia pura,

El lanzado francés que con maldades
Nuestro suelo invadió, cruza atrevido
Para embestir á la opulenta Gádes.
A la tumba tornad, no el dolorido
Acento mio vuestra calma rompa,
Mas ¡ay! que escucho vuestro fiel gemido
Viendo abatida la española pompa,
Y arrimado el acero fulminante,
Y enmudecida la guerrera trompa.
Pero la negra envidia devorante,
El ciego frenesí de las facciones,
La insensatez del bando gobernante
Encendido el volcan de las pasiones,
Desoido el clamor del patrio suelo,
Dieron paso de Francia á las legiones.
Tendiónos el error su oscuro velo
Que á los que infausta perdicion condena
La luz de la verdad ofusca el cielo.....
Nosotros, caro amigo, en mas serena
Edad, cuando los vínculos formamos
Con que tierna amistad nos encadena,
Verdad, pura verdad solo animamos
Aun en medio del mundo bullicioso
Que en nuestra alegre juventud gozamos.
Huyó el tiempo con paso presuroso
Y siempre la verdad fué nuestra guia
Y serlo debe hasta el final reposo.
Así, pues, en la mísera agonía
Que hoy á la patria sin piedad destroza,
Y aun en el seno de la angustia mia

Mi alma, Nicasio, en tu amistad se goza
Pura cual siempre de mundano dolo,
Y al recordar tu nombre se alboroza
Hoy que te mira su consuelo solo
En la ciudad de Jaime y de Rodrigo
Y que en el arte encantador de Apolo
El llanto escuchas de tu ausente amigo.

Duque de Frias.

EL DE LA CRUZ COLORADA.

ORIENTAL.

Díme tú, el rey de los moros,
El de los bellos jardines,
El de los ricos tesoros,
El de los cien paladines,
El de las torres caladas
Con sus agujas labradas,
El de alcatifas morunas,
El rey de las medias lunas,
De los reyes soberano,
El de la Alhambra dorada,

El de la hermosa Granada,
¿En dónde está mi cristiano
El de la cruz colorada?

Bellos tus moros gomeles,
Y diestros son en la zambra.
Discretos son tus donceles
Si platican en la Alhambra:
Para las justas mañeros,
Para la liza guerreros,
Para cabalgar airosos,
Enamorando, amorosos,
Modelos en lo galano
Y en su apostura estremada;
Pero algo falta en Granada,
Y es mi donoso cristiano
El de la cruz colorada.

Trovas discretas de amores
Tus granadinas merecen,
Mas tienes tus trovadores
Que esas bellas engrandecen.
Entre los bailes morunos
Dispuestos como ningunos;
En los adufes sonoros,
No hay otros como esos moros,
Que es su estilo cortesano.
Pero ¡ay! que fuera Granada

Mas hermosa y celebrada
Cantándola mi cristiano
El de la cruz colorada.

——

Empavonados arneses,
Tocas de grana, almaizares,
De plata finos paveses,
Y bordados capellares,
Y marlotas con borlones,
Y tunecinos jubones,
Y en sedas paños labrados
Por turbantes y tocados,
Realzan el aire ufano
De tu juventad preciada;
Pera ¡ay! que falta en Granada
La banda de mi cristiano
El de la cruz colorada.

——

Aqui del Dauro y Genil
Tus bridones corredores,
Esos de estampa gentíl,
Esos que son los mejores,
Me admiran esos corceles
Guiados por tus donceles
O en las ramblas piafando.
O por las calles ruando,
Dóciles siempre á la mano.
Pero ¡ay! que falta en Granada

La airosa yegua alheñada
De mi perdido cristiano
El de la cruz colorada.

—

¿Cautivo está entre cerrojos?
Dime, moro, si es tu esclavo;
Si vierten lloro sus ojos,
Si merced le harás al cabo,
Si te duelen mis dolores
Y sus tempranos amores,
Si puedo pagar sus prendas!
¡Ay! aunque esclava me vendas,
A mi deshonra me allano;
Iré á tu harem enlutada.
No seré mas desdichada
Que si pierdo mi cristiano
El de la cruz colorada.

—

Yo soy la flor de Sevilla;
Y en Jerez, donde nací,
Me llaman su maravilla
Y aquí en Granada la Hurí,
No puedo darte, rey moro,
El alma, que es del que adoro;
Mas si en lo hermoso soy perla,
Tu, Sultan, debes tenerla
Cual joya á tu fausto vano:
Como lámpara estimada

En tus serrallos colgada.
¡Ay! salve yo mi cristiano
El de la cruz colorada.

Atento el sultan la oyó
Y la dice con mesura:

En el cerco de Antequera
Prendí ese cristiano yo;
Era su Alcaide, y él era
El que mas moros mató.
En tanto que fuese vivo
Juré tenerle cautivo;
Mas tu amor templa mi saña,
Que en muger es cosa estraña
Guarde fé quien ama en vano!
Y diera yo mi Granada
Por verte de mí prendada,
Como lo estas del cristiano
El de la cruz colorada.

Hermosa, enjuga tu lloro;
Lluvia es que empaña tu sien;
Sensible soy, aunque moro,
Y espléndido soy tambien.
No quiero por ser piadoso
Me ofrezcas don tan precioso:
Peleo yo con mi alfange;

Mas consentir este cange
Fuera un tráfico villano.
»Abran la torre ferrada,
»Y á esa muger desolada
»Entréguenla su cristiano
»*El de la cruz colorada.*

——

Las órdenes del Sultan
Cumplen siervos guardadores;
Ya está libre el capitan
Con su bella y sus amores.
»Bendito seas el moro
»El de los palacios de oro,
»Y harenes para el placer:
Esclamaba una muger
Mientras corre en su alazano
Con su cautivo abrazada.
«Bendito....» calló turbada
Porque la abraza el cristiano,
El de la cruz colorada.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL SEGUNDA. (1)

Cuando al imperio de su voz rugiente
La discordia fatal brota facciones,
Y al rápido torrente
De odios infandos, locas ambiciones,
Son diques impertunos
Derechos santos, potestades altas;
Entre pasiones, que ensañadas luchan,
Brillan guerreros y álzanse tribunos,
Infaustos ecos del feral combate;
Mas no entonces se escuchan
Acentos de la cítara sonora,
Que enmudecido el vate
El lauro huella y su dolor devora.

¿Y á qué halagar el aura fugitiva,
Con amoroso y lánguido desmayo,

(1) Esta oda fué escrita para el album que regaló á S. M el Liceo de Madrid. Su autora tuvo la honra de leersela á la Reina en la funcion estraordinaria con que celebró aquella corporacion la declaracion de su mayoria.

Y la encina desnuda
Que en tierra postra su cerviz altiva,
Despojo ya del devorante rayo?
¿A qué, bramando la tormenta ruda,
De la náufraga nave
Al mástil destrozado
Irá á posarse el ave,
En hirvientes espumas
Tal vez dejando perfumadas plumas?

Un tiempo fué que en turbulencias varias
Con entusiasmo noble
Bebió la inspiracion el genio fuerte;
Y á las aras corriendo solitarias
De un númen perseguido,
De las heladas manos de la muerte
Arrancaba los lauros de la gloria,
Dejando al mundo en su postrer gemido
Un himno de victoria.

Hechos sublimes, pálidos recuerdos
Hoy, de edades remotas
No comprendidas ya. La poesia,
No oyéra entonces, con inercia fria
Los elocuentes ecos del Eurotas,
Que de Leonídas el preclaro nombre
Á par de libertad daban al viento:
Ni ensordecer pudieran
Al murmullo del Tiber opulento,
Que en sus ondas llevaba por insignia
La inmaculada sangre de Virginia.

Perseguida y errante
La santa libertad, entonces tuvo
En cada corazon templo secreto;
Y su rostro divino
Brilló sobre las crestas del Himeto,
Radió del Quirinal en la alta cima
Y deslumbró con fulgorosa lumbre
Del Alpe agreste en la nevada cumbre.

Mas hoy, si suena el profanado nombre
Pasado númen de grandiosos hechos,
Por mas que al vulgo asombre
Ni un eco encuentra en generosos pechos;
Ni al noble vate inspiracion envia;
Que el voraz tiempo, en su carrera impía,
Ni los antiguos númenes perdona!
Vió desceñida de su frente augusta
La deidad santa su inmortal corona;
Entre sangre brilló su faz adusta,
Que al genio mas que á la opresion espanta;
Y en el ara funesta
Que hoy á su culto adúltero levanta
El delirio sangriento,
Su nombre solo á prenunciar se apresta
Al pie del horroroso simulacro
La licencia fatal, con ronco acento:
Mas de su nombre sacro
La vil profanacion escucha el númen;
Tiembla indignado; siente
Su vergüenza cruel y su abandono,

Y va á ocultar la mancillada frente
Bajo la escelsa magestad del trono.

Union dichosa, próspera alianza!
¡Digna aureola del poder supremo,
Que porvenir magnífico afianza!
Enmudeció el blasfemo
Acento que con nombres venerados
Anárquicos furores difundia;
Y el consorcio divino
Que á la Europa feliz manda el destino,
Y que á una voz la humanidad pedia,
No engendrará ni Césares ni Brutos;
Que el árbol santo de la paz, sus frutos
Hará brotar en religiosas leyes,
Por las libres naciones cultivado
Bajo el dosel de sus augustos reyes.

Entre ellas tú levantarás la frente
¡Noble madre del Cid, fecunda en gloria!
Tú, que al carro feral de la *anarquia*
Uncir jamás quisiste tus leones;
Tú, cuya egregia historia,
Asombro de la rica fantasía,
Enlaza con los aureos eslabones
De tu cadena de monarcas grandes
Tantos héroes ilustres; que el valiente
Brazo tendiste al piélago profundo,
Sintiendo que á tu gloria prepotente
Era pequeño el ámbito de un mundo.

No la menos dichosa
Serás ¡oh Iberia! que con noble brio
Las águilas del corso quebrantando,
De sus tenaces garras
El solio augusto rescatar supiste;
Solio que, libre del baldon nefando,
Con nueva pompa y resplandores brilla,
Cuando en la nieta del tercer Fernando
Su segunda Isabel mira Castilla.

¡Salud, vírgen real! tu nombre caro
Símbolo de virtud, cifra de gloria,
A par que anuncia plácida bonanza
En alas de la fúlgida esperanza,
Despierta en la memoria
Timbres y hazañas mil, cual hora, subes
Astro de paz, al horizonte Ibero,
Con tu fulgor primero.
Rasgando negras tormentosas nubes,
Así tras largos dias
De un siglo de penar, brilló la pura
Aurora bella de mayor ventura,
Con que del pueblo hispano
Premiar al Cielo las virtudes plugo;
Y su cetro cobró la blanca mano
Que fuerte con la cruz y con la espada,
Quebrantar supo el ominoso yugo
Que abatió el cuello á la imperial Granada.

A tí, heredera de su nombre augusto,
Y de su cetro fuerte,

A tí guarda tambien el cielo justo
La venturosa suerte
De reparar nuestros prolijos males,
Borrando las señales
De tantos años de dolor. Los pueblos
Beneficios tal vez cobran un dia
De sus delirios y desastres. Brama
Así el volcan ignívomo su cráter
Fuego vomita y destruccion derrama
Entre hirviente ceniza
Que valles, montes, páramos inunda;
Mas, su lava fecunda
La tierra que devasta fertiliza.

¡Salud, virgen real! mi voz humilde,
Que embargada de júbilo te aclama,
Es debil eco del acento augusto
Que del congreso ibero
Resonó en los dorados artesones
Y el ámbito cruzó de cien regiones,
Gozo vertiendo, penas alejando,
Brotando risas y enjugando lloros,
En cada labio bendicion hallando
Y en cada corazon ecos sonoros.

Concordia, paz, prosperidad, ventura,
Brotar harás de la suprema silla;
¡Si! que en tu frente la inocencia brilla,
Y, su santa aureola por adorno
Te dió la desventura!.....

Si; que eres bella é *Isabel* te nombras,
Y á inspirarte virtud se alzan en torno
De cien monarcas las augustas sombras!

¡Salud, regia beldad! virgen divina!
La magnánima frente
A tu planta inocente
La nacion fiera de Pelayo inclina;
Y allá en el occidente
La perla de los mares mejicanos,
Al escuchar de nuestro aplauso el grito
Entre el hervir de sus inquietas olas,
En las alas del viento
Un eco fiel devolverá al acento
Que atruena ya las playas españolas.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

LA COMPASION.



—¿Niña, porque desvelada
Suspiras con tal empeño?
—El porqué, madre, no es nada:
Solo me siento ostigada
Por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto
Viendo las sombras se abulta.
—Así derramaré, oculta
Entre sus pliegues, mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
—Pues vendrá en vano llamando,
Que si ahora duermo soñando,
Despues soñaré despierta.

—¡Ay que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
Que de una lira á los sones,
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entonces
Sonó un ruido á poco trecho,
¡Que cuál llagaria el pecho
Cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oirle, y la lira
No alegró la soledad;

Y ahora mi pecho suspira,
No sé si porque es mentira,
O porque no fué verdad.

—¿Mas quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mia,
Cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un dia
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacia.

Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando,
Y yo se la abrí, mostrando
La compasion en los ojos.

—¿De cuándo acá te se alcanza
Recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienandanza:
¡Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,

Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moria
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos queria:
Mas no me contó que habia
Hombres ingratos tambien.

Dióme con chistes discretos
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño
En plática tan sentida,
Que cual si fuese beleño
Me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre
Se fué la sombra espesando....

—¿Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma?
—Rendíme á partido luego,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

—¿Y fuiste, al rayar el dia,
Su ruta, niña, á inquirir?
—En vano fuí, madre mia;
Ya el sol derretido habia
La nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada,
Fuí de lugar en lugar....
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste dia,
Á escuchar su frenesí
Mas ciega que él te impelia?
—La *compasion*, madre mia....
—¿Y quién la tendrá de tí?!....

RAMON DE CAMPOAMOR.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

¿Ves ese pueblo generoso y grande
Que al pié se agrupa de tu excelso trono,
Y, deponiendo su feroz encono,
Lanza al olvido la sangrienta saña

En pró del bien de la doliente España?
¿Le ves, ó Reina?—¡Pues el noble pueblo
Del Cid y de Gonzalo es el que miras!
El que supo arrostrar la horrible furia
Del hado adverso con serena frente,
Y heróico y prepotente
Oscureció con ínclita constancia
El colosal imperio del romano,
A la luz de Sagunto y de Numancia!

—

Su aliento y osadia
Jamás venció la afeminada Europa;
Y el genio de la guerra, el que imponia
De norte á sur y desde ocaso á oriente
La ley, do quiera, que su voz se oia,
Al intentar con dolo aprisionarlo
Rotas vió sus banderas,
Deshechas sus terríficas legiones,
Y aun gritan con asombro las naciones;
Zaragoza!.... Bailen!.... y tanta gloria
Proclama el sufrimiento y la victoria!

—

¡Ese es tu pueblo!—El que animoso y fuerte
A la voz de Colon abrió en los mares
De ignoto mundo las secretas vias:
El que abatió el poder del sarraceno
En Granada y Lepanto: el que sus lares
Dejó, ganoso de esplendente fama,
Y cual la nube que desgarra el trueno,
La Flandes humilló, y en las campiñas

Risueñas de la Italia la derrota
Vió del primer Francisco, el animoso,
Rendido al fin al español coloso!

—

Habla, pues, habla!.... y á tu voz divina,
Cuál con fragor rebienta
Del fuego á impulsos la preñada mina;
Cual estalla el volcan y en lava ardiente
Inunda, como férvido torrente,
Su cíngulo de fértiles campañas,
Así verás que tus valientes hijos,
De una vez sacudiendo su letargo,
Añadirán á España mil Españas!....
Ora, Reina, se oculten
Del oriente en las vírgenes regiones;
Ora en el septentrion; ora en el seno
Del encendido sur, ó entre las olas
Del atlántico mar que un nuevo mundo
Dió en arras á las huestes españolas!

—

¿Qué dudas, pues, qué dudas?
Mezcla, señora, tu virgíneo acento
Al clamor de los bronces estallantes
Que hoy de tu pueblo anuncian la alegria:
Manda volar al ráudo pensamiento
Mas allá de los orbes todavía!...
Y tu sublime voz, para la Iberia
Será la voz que en sin igual prodigio
Tronó en el Sinaí, cruzó los mares,
Los ámbitos llenó del firmamento,

Sembró en la tierra la verdad divina,
E hizo brotar á un soplo sus altares!

—

¿Y cómo no volar cuando la España
En tu candor y en tu inocencia adora;
Cuando fuera por tí, reina y señora,
Capaz de acometer la noble hazaña
De conquistar el regio poderío,
Que en otro tiempo el español valiente
Arrebató á la Europa armipotente;
Hoy que tras noche de tormenta oscura
Brilla en el cielo hispano
Una estrella mayor, de luz mas pura,
La estrella de Isabel que es la ventura?

—

¿Cómo temer que el desaliento enerve
Las fuerzas del leon, cuando tus ojos
Do quier que miran, como el íris santo,
Extinguen el rigor de los abrojos
Que al hombre causan perdurable llanto;
Cuando en tu noble corazon rebosa
De la virtud la fuente bendecida,
Y cual madre amorosa,
Del triste endulzas la cansada vida?...

—

¡Oh! ¡nunca, nunca sea
Que el orbe todo contra España aunado
Rendir su esfuerzo crea
En su poder altivo embriagado!
Cuando el ardor guerrero

Inflama los valientes corazones
De los heróicos hijos del Ibero,
Calla el fuerte valor de las naciones
Que hoy dan espanto al universo entero!

—

Vuelve, vuelve los ojos,
Ángel de bendicion, á las edades
Que el tiempo airado sepultó en la nada;
Vuélvelos; y á la voz de una matrona,
De otra Isabel divina,
Verás la cimitarra damasquina
Temblar; romperse la triunfal corona
Del muslímico imperio
(Que uno y otro hemisferio
Con la gloria llenó de sus hazañas)
Y del seno surgir del mar profundo,
Virgen, rico y hermoso un nuevo mundo!
¡Tres centurias no mas tanta grandeza
Á arrebatar al español bastaron:
Tres centurias no mas, y en la pobreza
Los pueblos á tu patria contemplaron,
Sin libertad, rendida;
Y en sangre y en estragos sumergida!
Pero naciste tú, cual la paloma
Nuncio de bienes para el arca santa;
Naciste tú, y el aura lisongera
Que en torno de tu cuna se mecia,
Llevó en sus alas á la España entera
La esperanza feliz de un nuevo dia
De regeneracion!—Bajo tu lecho

La libertad dormia aprisionada
Y á los ténues latidos de tu pecho
Pura se alzó de flores coronada!

—

Ella los ecos de la lid horrible
Que estremeció los ejes de tu cuna
Supo tornar en música apacible;
Y pues hoy bajo el tuyo
Ha fijado tambien su trono hermoso,
Nuestro es lo porvenir! Ella te inflama,
Te escuda la inocencia,
Cual á una madre el español te ama,
Dios ha escrito la plácida sentencia,
Y el nombre de Isabel, Reina y Señora,
Es para España de la dicha aurora!

—

¡Alienta pues! De la discordia impía
Ya el manantial se ciega en nuestro suelo,
Y un íris de bonanza
Luce radiante en el tendido cielo!....
Muestra pues á la faz de las naciones,
Bajo ese augusto sólio de cien reyes,
Que fuertes son tus delicadas manos
Para un templo fundar de justas leyes;
Y.... no temas, Señora, á los villanos;—
Nunca podrá arraigar en nuestra tierra
Tan infame semilla;
Y si brotar la hiciese el abandono,
Aun por salvarte de su negro encono,
Aun tiene sangre que verter Castilla!

Manuel Cañete.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

LA NIEBLA.

Niebla pálida y sutil
Que en alas vas de los vientos,
No asi callada y sombría
Desparezcas á lo lejos,
O en pos de tí correré,
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma
De tus sombras y misterios.
Acuérdate, engañadora,
Del inocente embeleso
Con que niño embebecido
Contemplaba tu silencio,
Por ver si en él resonaban
Perdidos y blandos ecos
De las arpas melodiosas
De las magas de los cuentos.
Crédulo entonces y puro

Rasgar intenté tu velo
Pensando que me ocultaba
Sus palacios hechiceros,
Sus fantásticos pensiles,
Sus músicas y torneos
Y los flotantes penachos
De encantados caballeros.
Rasgada en pedazos mil
Cual perdido pensamiento,
Te ví envolver cuidadosa
Y con solícito anhelo
Las almenas carcomidas
Del alcázar que en un tiempo
Escándalo fué del mundo
Por su pompa y devaneos.
Sin ver que era vano afan
Y descabellado intento,
Velar sus rotos blasones
Y sus mutilados fueros
Con tu liviano ropage
Y mas liviano deseo.
Y con todo alguna vez
El sol te daba contento,
Reverberando apacible
Del torreon altanero
En el musgo húmedo y triste
Roja chispa de su fuego,
Que despues tú disfrazabas
Hasta mentir el reflejo
De perfilada armadura,

O de rutilante yelmo.
¡Cuántas veces me engañaste
Con dolosos sortilegios,
Haciéndome atropellar
Desapoderado y ciego
Las ruinas del castillo,
Cándido infante creyendo
Mirar de pié en su poterna
Membrudo y alto guerrero,
Como lúgubre guardian
De la prez de sus abuelos!
¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
Por tus mentiras corrieron,
Al ver que mi fantasía
Y mi dulcísimo ensueño
Tornábase entre mis manos
Manojo de musgo seco,
Que en vagas ondulaciones
Flotaba á merced del viento!
Y á la verdad no era mucho
Que el sol oyera tu ruego,
Porque nunca le engañaste
Para mostrarse severo,
Y á pesar de tus engaños
Yo te adoraba en estremo.
Y aun te adoro, parda niebla,
Porque escitas en mi pecho
Memorias de bellos dias
Y purísimos recuerdos;
Porque hay fadas invisibles

En el vapor de tu seno,
Y porque en tí siempre hallé
Blando solaz á mi duelo.

——

¡Ay del que pasó la infancia
A sus ilusiones muerto!
¡Ay de la flor que fragancia
Consume y pura elegancia
En apartado desierto!
¡Ay del corazon de niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin aliño,
Pidiendo al mundo cariño,
Y no lo pudo encontrar!
Niebla que fuiste mi amor
Y de mi infantil desvelo
Amparo consolador,
Que sola bajo del cielo
Comprendias mi dolor,
¡Qué mucho que yo te amára,
Yo desterrado del mundo,
Que en tí perdido vagára
Y á tí sola confiára
Mi desamparo profundo!
Tú á mi espíritu algun dia
Dabas tus húmedas alas,
Y demente de alegría
El vago viento corria

Descomponiendo tus galas.
Cuando en el llano tendida
Los contornos de los montes
Ocultabas atrevida,
Fingiendo en los horizontes
Vaga mar desconocida;
Y de la verde montaña
Que asomaba la cabeza
Con altiva gentileza,
Isla formabas estraña
De delicada belleza.
Bogaba la fantasía
Por tu misterioso mar,
Y en su ignorancia creía
La virgen isla lugar
De ventura y de alegría.
Y crédula la soñaba
Puerto en la vida seguro,
Y desde allí imaginaba
Un porvenir que llegaba
Sereno, radiante y puro.
En tu piélago tal vez
De gótica catedral
La fábrica colosal
Flotaba con altivez,
O fortaleza feudal.
Y el ánima embebecida
En entrambas se fijaba
Y ya la veleta erguida,
Ya la almena esclarecida

Solitaria acompañaba.
Que en los mares de la edad
No flotan, no, de otra suerte
Mundana pompa y beldad,
Hasta que en su oscuridad
Relumbra el sol de la muerte.
Todo confuso y borrado
En tu seno aparecia,
Vaporoso y nacarado,
Y en celages mil velado
Como luna en noche umbría.
Y la mente virginal
Que solo á ver alcanzaba
Las rosas en el zarzal,
Y otros vientos no soñaba
Que la brisa matinal,
Tus enigmas resolvia
A favor de la inocencia,
Y calma tan solo via,
Y solamente escondia
Amor sin fin y creencia.
Que hay una edad placentera
De vistosos arreboles,
Pura como azul esfera,
De espléndida primavera
Y mágicos tornasoles,
En que se goza el dichoso
Porque en la dicha confía;
En que se goza el lloroso
Viendo fanal luminoso

Allá en la bruma sombría.
De pura nieve y carmin
Formada está el alma nueva,
No es mucho pues que se atreva
Con el destino y que beba
En las copas del festin.
Vaga niebla sin color,
No es mucho que vea en tí
Serenas noches de amor,
Labios de ardiente rubí
Y verdes prados en flor.
No es mucho: porque ilusiones
De tan vistoso jaez
Pasan tan solo una vez.
Para velar sus blasones
En perpetua lobreguez
Su blanca luz placentera
Brilla un instante no mas,
Y en la amorosa carrera
De juventud hechicera
No vuelve á lucir jamás.
Niebla, ya no puedo ver
En tu misterioso espejo
Los verjeles del placer,
Que el corazon está viejo
De quebranto y padecer.
Pasó mi infancia muy triste;
Más pasa mi juventud
Que entonces tú me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste

En la paz del atahud.
Mas ya que has sido mi amor,
Envuélveme con tu velo,
Dame sombras y consuelo,
Que tú sola mi dolor
Has comprendido en el suelo!

Enrique Gil.

LA FIEBRE.

Esto es morir.... mi corazon, mi frente
La fiebre quema y el dolor devora,
Y el rayo azul de la naciente aurora
Penetra en tanto hasta mi lecho ya.
Despierta el mundo, como yo despierto:
Él despierta al placer y á la alegria:
Yo despierto al dolor, á la agonia,
Que mi existencia consumiendo está.

¡Ah! si: que el mundo de la paz el sueño
En su lecho de sombras ha dormido,
En tanto que mi lecho han combatido,

Negros fantasmas de inquietud y horror.
Ni una ilusion entre celajes de oro
Vino á templar mi bárbaro martirio,
Ni, á engañar con ensueños mi delirio
Cándida virjen de celeste amor.

No escucho yo de las volantes auras
El trémulo batir entre las flores,
Ni al son del viento la cancion de amores
Que las hijas del valle entonarán.
En vano el pino doblará en los montes
Sus plumeros flotantes de esmeralda,
En vano su magnífica guirnalda
Los sauces de las tumbas tenderán.

Yo que de esa feliz naturaleza
Tan pura y tan hermosa en la mañana
Las nubes de oro y de zafiro y grana
Flotar en torno de mi frente ví.
Yo que mi negra cítara de hierro
Contra las rocas sacudí en pedazos,
Cuando estrecharse de mi ser los lazos
En el placer de la creacion sentí;

Yo en este lecho me revuelco ahora,
Yo maldigo mi lúgubre existencia
Y ¡oh! si no hubiese en mi letal demencia
Bella esperanza de vivir y amar!
Un principio de vida inagotable
Late en mi corazon, piensa en mi mente.

¿Quién alcanza esta sangre tan ardiente
En este ardiente corazon á helar?

La muerte.... ¡Maldicion! Eterna, horrible,
Necesidad de ser! ¡lazo de hierro
Que al fragil hombre en su mortal destierro
Ata el sepulcro hasta elevarle en él!
Arrastramos la vida por el mundo
Sobre espinas y víctimas y escombros:
Inmensa carga en nuestros flacos hombros
La regamos con lágrimas de hiel.

¡Don de un hado cruel que están los hombres
Condenados á amar! ¡Oh! si á lo menos
De esos campos espléndidos, serenos
Pudiese yo los aires respirar!
Una corona de nacientes flores
Empapadas en gotas de rocio
Viniera allí con delicioso frio
Mi turbulenta sien á refrescar.

En fresco lecho de oreantes hojas
Mis miembros de dolor reposarian,
Y los bosques en tanto cimbrarian,
Sus copas retemblantes sobre mí.
En ellos la salud, y si la muerte
En los bosques tambien fuera entre flores,
No con tantos tormentos y dolores
Como me están despedazando aquí.

Naciera yo, naciera en las montañas,
Yo que admiro su rústica belleza,
Mas cercano de sí, ¡naturaleza!
Con su luna, su sol, su inmensidad.
Y salvando las breñas y torrentes
De las fieras salvajes al bramido
No hubiera con su aliento corrompido
Mi falleciente ser la sociedad.

Y no que estoy con rabia contemplando
Desde el profundo abismo de mi suerte
El triste pensamiento de la muerte
Las horas de mi vida presidir.
Si es lo que suena, mi tremenda hora,
Llevaré hasta la tumba mi deseo.
¡Crepúsculo oriental! yo no te veo.
Ya para mí no hay sol.... esto es morir.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

LA PROFESION DE FÉ POLITICA.

Insistís en vuestra carta,
Graciosa señora mia,
En que de mis opiniones
Os dé esplicacion precisa.

Poco importa para amarnos
Que sean blancas ó tintas,
Y por eso se me antoja
La pregunta peregrina.
No os quiero yo ciudadana,
Sino muger monda y lisa;
Queredme á mí vos por hombre,
Lo demas es bobería.
Si opinásemos acordes,
Queda inútil la pesquisa,
Y lo que es en este punto
No habrá altercados ni riñas.
Si mi opinion y la vuestra
Fuesen acaso distintas,
Maldita de Dios la cosa
Que por ello habrá perdida:
Yo os estrecharé en mis brazos,
Hermosísima enemiga,
Y comenzará en nosotros
La fusion tan descreida.
Mas, porque es el daros gusto
En mí obligacion debida,
Os dejaré satisfecha
Con respuesta bien sencilla.
Yo soy liberal, y en serlo
Ningun mérito se cifra;
Que soy pobre, y mal se avienen
Pobreza y tacañería.
Liberalidad sin plata
Dirán que es cuerpo sin vida;

Cierto, pero eso no es culpa
Si no de mi suerte esquiva.
Exaltado soy, si tiernos
Esos dos ojos me miran,
Que motines y asonadas
Tienen en lugar de niñas.
¿Quién, herido de los rayos
De esas dos negras pupilas,
A no ser hecho de mármol
¡ay Dios! no se exaltaria?
Moderado en mis deseos
Soy, pues solo se limitan
A que vos tan solamente
Seais sola y siempre mía.
A sociedades secretas
Algo mi aficion se inclina,
Si un *club* tenebroso hacemos
Entre los dos algun dia.
Cuando estoy á vuestro lado
Es tan grande mi delicia,
Que estacionario me vuelvo
Por que no cabe tal dicha.
Mas cuando despues os dejo,
Volviendo hácia atrás la vista,
Retrógrado mi deseo
Por lo pasado suspira.
Solo en quereros, señora,
Con la pasion mas activa,
Es mi corazon amante
Ardoroso progresista.

Si os llegareis al obispo,
Y en otro nombre os confirma,
Como él os ponga Carlota,
Yo me declaro carlista.
Por la inquisicion no tengo
Las mayores simpatías,
Mas hay en mi pecho hogueras
De la fe de amor mas viva.
En dominar vuestro afecto,
Aunque parezca osadia,
No entiendo de libertades,
Quiero ser absolutista.
Bien que en desquite mi alma,
Renunciando sus franquicias,
Un trono os ofrece, en donde
Ejerzais la tiranía.
Hay otras varias cuestiones,
En que España dividida,
Defendiendo el pro y el contra,
Sus disensiones atiza.
El *veto*, yo os le concedo
Con la condicion, querida,
De no usarle si os propongo
Un proyecto de caricias.
De peticion el derecho
Reclamo, aunque ya es antigua
Costumbre el ser pedigüeño
Yo, cuanto vos negativa.
Si al bajar una escalera
Muchas manos os convidan,

Y vos, dejando las otras,
Con la vuestra honrais la mia;
 Sostendré, por conservarme
Tan bella prerogativa,
Que la de eleccion directa
Es la mas sana doctrina.
 En punto á contribuciones
Yo las votaré escesivas;
Pero os dispenso del diezmo,
Si me guardais las primicias.
 Si el imprimir libremente
Como derecho se estima,
Permitid que en vuestros labios
Los mios su amor impriman,
 Y mas que luego el Jurado
En su sentencia decida
Que ha lugar á formar causa
Contra quien á tanto aspira.
 Yo haré ver que es vuestra cara,
Por lo picante y lo linda,
Incitadora al desórden
Sediciosa y subversiva.
 Satisfecha habréis quedado
De explicacion tan prolija;
Profesion de fe mas clara
Jamás se habrá visto escrita.
 Si tal vez, por sospechoso,
De estraordinarias medidas
Usais para perseguirme,
Me permitiréis que os diga

Que el sentenciarme á destierro
Ausente de vos, seria
Lo propio que castigarme
Con la pena de la vida.
A no ser que vos quisierais
Venir en mi compañía,
Que entonces nada me importan
Canarias ni Filipinas.

ANTONIO MARIA SEGOVIA.

MIS BOTAS.



Habrá quien crea que unas botas no pueden dar pié para decir cosa que algo valga, pero yo en pena de haberlas dado á ellas mis dos pies y habérmelos tratado inhumanamente las he obligado á que me den un pié siquierá para hacer sobre ellas una ligera composicion.

Mis botas, señores, son la historia de unos desgraciados amores mios. Cada puntada me recuerda un infortunio, cada pespunte me trae á la memoria un lance de amor.

Es el caso, señores, que cuando yo me hallaba mas distante de creer que mi humanidad reverenda pudiese ya inspirar amores, cuando me contaba ya entre las clases pasivas de la carrera, sin mas retiro ni mas sueldo que el ho-

(1) Inédito.

nor de haber militado bien y fielmente; cuando creia que ya no me quedaba otro empleo en el ramo que el de historiador-coronista de pasados amoríos; cuando yo no contaba con mas tiempo del verbo *amar* posibles para mí que el pretérito plusquam perfecto; cuando mis ojos emprendian un viaje universal al rededor de mi cuerpo, como el capitan Cook ó Sebastian El-Cano al rededor del mundo, y no veian en él mas que una biografía, en cuya última página se leian estas dos inscripciones: *finis coronat opus*, y *non plus ultra*; cuando me abandonaba lo último que dicen los filósofos que abandona al hombre, esa última flor del campo de la vida, la esperanza.... entonces, ¡oh sorpresa! ¡oh fenómeno ¡oh admirable sacramento, señor de cielos y tierra! Entonces advertí que mas de una vez era objeto de las afectuosas miradas de unos ojos que vivian en el cuarto principal de una cara de hermosa fachada, nueva, vistosa, cuyo número 21 eran 21 años no cumplidos, que 21 dias y aun 21 años se podia ayunar de buena gana con tal de comerse despues una de aquellas miradas con que se daria por satisfecho y ahíto el estómago de mas tiempo vacío y desalquilado. Así es que yo ahorré mucho en aquella temporada en el ramo de mantenimiento. Yo lo veia, y no acababa de creerlo.

Dábame sin embargo la linda Clementina tan finas pruebas de su predileccion y cariño, que á no ser yo tan escéptico, esto es, tan desconfiado en estas materias, hubiera creido que de veras estaba enamorada de mí. Pero me volvia á mirar de arriba abajo, y me decia de nuevo: «no puede ser.» Las demostraciones amorosas se multiplicaban, y ya me iba pareciendo que podia ser, para cuya persuasion recurria á ese germen de inclinaciones inverosimiles que llaman *un capricho*, y del cual dicen que nadie está libre de ser parte activa ó pasiva. En este estado de perplegidad, que á no dudar es el peor de todos los estados, amaneció un dia en que el almanaque de aquellos amores daba esplicaciones, y la hermosa Clementina me declaró esplícitamente su amor. Entonces yo al verla *confesa* no pude menos de quedar *convicto*, con lo que el fallo de aquel espediente no ofrecia ya dificultad.

Quedábame sin embargo la misma duda acerca de lo

que podria haber escitado en Clementina aquel apasionamiento tan fuera de cálculo, por que yo me miraba de pies á cabeza, entablando frecuentísimas comunicaciones con el espejo, y nada hallaba en mí de subversivo ni de incitador á la desobediencia. Por último, discurriendo sobre las causas físicas que podian haber producido aquella atraccion estraña, aunque siempre he sido un Newtoniano acérrimo, me incliné á admitir la doctrina del filósofo de las cualidades ocultas, y deduje que yo debia ser un abismo insondable de estas cualidades.

Así continuaba, hasta que otro dia habiendo entrado en conversacion confidencial con Clementina, y manifestándole yo que habia temido siempre dejarme llevar de las primeras impresiones de amor, por que despues yo no podia amar sino con demasiado estremo, hasta el punto de no poder dominarme, le dije que me parecia que ella no era tan estremada como yo; á lo cual me respondió Clementina con viveza: ah sí: si señor; justamente soy apasionada por las estremidades.»—¡Por las estremidades, señorita!—Si; como que de vd. me enamoré por el pié.—A Dios, dije para mí; ya pareció la cualidad oculta.—Si, continuó; he hallado mucha gracia en su pié de vd.; pero es necesario que traiga vd. la bota mucho mas ajustadita, por que esas que vd. gasta no le ciñen tanto como debieran, y pierde una gran parte de la hermosura que podia tener.»

No necesité mas intimacion; tomé el sombrero y me salí apresuradamente á informarme quien era el profesor mas acreditado en el arte sutoria en Madrid; lo averigué, le busqué, y le llevé á casa. «Maestro, le dije, sé que es vd. una notabilidad en su profesion; por eso he recurrido á su especialidad de vd. Un lance de honor, uno de aquellos compromisos de cuyo buen exito pende la felicidad de un hombre, me pone en el caso de suplicar á vd. se digne auxiliarme con los inagotables recursos que sus profundos conocimientos en el noble arte que profesa pueden suministrar á esa imaginacion fecunda y creadora. Yo soy un escritor público, y ofrezco á vd. en justa retribucion (ademas de pagarle su trabajo) acabar de estender por el mundo su bien merecida fama. Mi pluma no será ingrata á su lesna de vd.

—¿En qué puedo complacerá vd., caballero?—Necesito unas botas perfectamente ajustadas; unas botas sultanas.—Caballero, dispense vd. que botas sultanas no sé hacerlas. —Quiero decir, unas botas que tengan el pié en perfecta esclavitud.—Está muy bien, será vd. servido.»

Sacó su medida, desnudé mi pié, y comenzó á echar líneas en todas direcciones. No podia yo persuadirme que hubiera un zapatero tan geómetra. Rectas y curvas, oblícuas, perpendiculares y paralelas, ángulos agudos y obtusos, triángulos escalenos, isósceles, acutángulos, polígonos y semicírculos, arcos y cuerdas, todo jugaba para medir la distancia del tarso al metatarso, desde el calcañal hasta el estremo de la úngula del gran dígito; y entonces vi prácticamente resuelto el problema de que cuando desde el vértice del ángulo recto del triángulo rectángulo se baja una perpendicular sobre la hipotenusa, esta perpendicular divide el triángulo en otros dos semejantes entre sí, lo mismo que á la hipotenusa en dos segmentos tales, que cada uno de los lados del ángulo recto es medio proporcional entre el adyacente y la hipotenusa entera.

Concluida aquella operacion de matemáticas puras y mistas, el pedimensor se despidió ofreciendo mil seguridades de que tendria unas botas tales como las deseaba, y yo me volví á ver á mi Clementina gozándome interiormente del gran proyecto que traía entre pies, pero haciendo el sacrificio de ahogarle dentro del pecho por no quitarle el mérito de la sorpresa. A mi entrada Clementina me echó una mirada amorosa á los pies; yo sentí entonces no tenerlos en la cara, mas que me costara barrer el suelo con la cabeza. Pero tanto fué lo que en los dias intermedios hasta la conclusion de las botas se fijaron en mis pies los ojos bullidores de Clementina, que ya me iban asaltando tentaciones muy raras. Ya estaba por ponerme una bota á la nariz sujetándola al occiput con una cinta: ya me daban ideas de colgármelas por pendientes; y alguna vez me dio tentacion de plantarla un apretado beso con el pie derecho para que se acabára de enamorar por contacto.

Se me olvidaba decir que en aquellos dias me resolví tambien á dedicar á Clementina la fineza mas digna de una

amante, mi retrato: pero un retrato particular, cual creo no se haya visto retrato alguno, á saber; de medio cuerpo abajo solamente, que así me pareció lo mas acomodado al gusto pedestre de Clementina. El retrato salió perfectamente acabado, y el profesor supo dar una espresion á las puntas de las botas, que no les faltaba mas que dar un puntapié.

Al tercero dia trajo el maestro zapatero las suyas; cotejáronse con las del retrato, y todavia era un si es no es mas estrecho el tipo. Dejóse despues de bien mirado sobre la mesa, y procediose acto continuo á la operacion de calzarme las nuevas botas que habian de ser el blanco de las espresivas miradas de Clementina: dije mal *el blanco*, el *negro* debí decir, por que tenian un lustre que parecian botas de azabache. Apenas empecé á introducir la punta del pié, cuando conocí que oponia una resistencia abierta á la esclavitud que le aguardaba: traté de persuadirle con un par de esfuerzos, y todavia el pié demostró su horror al despotismo: no lo estrañé, por que hasta entonces habia vivido dentro de las botas con la libertad y ensanches que se gozan en las repúblicas. Viendo su tenaz resistencia, echó mano su autor (el de las botas) á los garfios de acero, prendiolos de las orejas de las botas, y colocado á mi reverso unió sus esfuerzos á los mios. No bastando estos aunados, se invocó el auxilio de mi criado, y no bastando todavia la cooperacion de este tercer colaborador, se dignó prestar tambien su intervencion directa el maestro retratista, colocándonos en cadena en tal disposicion que cualquiera que hubiese entrado diria que nos estábamos electrizando, y era la cuádruple alianza que trabajaba aunadamente contra el despotismo de mi bota. En fin á fuerza de sudores y esfuerzos, algunos de los cuales se significaban demasiado, especialmente los del zapatero, se consiguió hacer entrar el pié en aquel potro de cuero, reproduciéndose la cuestion del tormento que antiguamente se usaba para obligar á los presuntos reos á confesar los delitos: mi pié tambien confesaba dos delitos, aunque no suyos, mi necedad y la crueldad caprichosa de Clementina. Procediose á la introduccion del segundo, y á costa de los mismos trabajos se consiguió que entrára en

caja; pero sucedió que con el último tiron se arrancó una oreja de la bota; con el impulso cayó de espaldas el zapatero, haciéndome á mí caer sobre él, él derribó á mi criado, el criado cayó sobre el pintor, el pintor tiró la mesa, el tintero se derramó sobre el retrato, y todos juntos presentábamos un grupo digno del pincel de Goya.

Levantámonos como pudimos, el pintor vió con sentimiento la catástrofe de su obra, y no fué poco el mio tambien, pues era lo único de que habia hablado á Clementina, sacrificando el placer de sorprenderla á la necesidad de motivar la tardanza en ir á su casa algunos ratos. Pero ya no habia remedio por aquel dia. Ambos artistas fueron remunerados por mí con tal cual largueza, y yo me dispuse á hacer una visita satisfactoria á mi jóven enamorada. Salí pues: era de noche, y estaba nublado, pero yo vi el horizonte tan estrellado como en la noche mas apacible y despejada de enero. Sospeché si habria eclipse y el eclipse le llevaba yo en mis pies; diez dígitos iban eclipsados, cosa que rara vez se ve en las conjunciones eclípticas.

Cuando llegué á casa de Clementina, los pies debian ir ya litografiados en la piel con todos sus contornos, sombras y medias tintas, pues el par de prensas no podian ser mas á propósito para la estampacion. Pero me consolaba con que pronto iba á recoger el fruto de aquella tortura con la inesperada complacencia que iba á proporcionar á Clementina, la cual debia arraigar de una manera estable nuestros amores.

Subí, y ... ¡oh desconsuelo! «La señorita no está en casa, me dijo la doncella; ha salido á dar un paseo con la mamá.» Golpe fué este que taladró mi corazon de parte á parte, pero me resigné, y encaminéme hácia el Prado vacilante entre la esperanza y el temor de no encontrarlas; bien que de todos modos los pasos no podian menos de ser vacilantes por que los pies titubeaban al andar. Horas y trabajos lo hicieron, pero yo llegué al Prado y tuve la fortuna de ver venir de frente á corta distancia los dos ojos de Clementina, únicas estrellas que aquel dia me faltaba ver. Clementina tambien me vió, pero no sé si por efecto de la impresion que le causó mi vista, si por casualidad ó de propósito, lo

cierto es que se le cayó el abanico: yo de buena gana hubiera dado un salto á levantársele, pero ¿cómo lo habia de hacer si no podia ni aun andar.......! Así fué que un jóven que iba al par mio llegó mas á tiempo y tuvo la oportunidad de recoger la prenda, y entregarla en propia mano. Una mirada de Clementina me significó todo el enojo de que se habia llenado su corazon: yo me esforzaba por llamarla la atencion hácia las botas, pero no me entendia.

Debió retirarse luego, porque no la volví á ver mas, en cuya resolucion tuvo sin duda mas parte el enojo que lo adelantado de la hora. Yo sin embargo viendo llegada la de comer tuve por oportuno suspender la ida á su casa hasta la noche. Con esta idea me retiré con nuevos trabajos á la mia; y á la noche me dirigí á la de mi hermosa enojada, cuidando de llevar conmigo el desgraciado retrato para poderla certificar de mi inculpabilidad, si por él me preguntaba.

Cuando llegué, encontré á la familia rodeada á una mesa jugando un tresillo, de estos tresillos de familia en que no se atraviesa interés y en que las fichas no tienen mas valor que el nominal. Me invitaban á hacer pié, y yo respondí que no solo no podia hacerle entonces, sino que ni en todo el dia habia podido hacerle. No entendieron la frase, y en ese mismo hecho conocí que Clementina no estaba en mis antecedentes y en mis méritos de aquel dia. Tuve ocasion de sentarme junto á ella, y no la desprecié. No bien me habia sentado cuando empezó á significarme su resentimiento con el pié, dando pisadas no nada suaves sobre el mio. Yo que con cada una de ellas veia, no digo estrellas, sino cometas barbados, le retiraba cuan repentinamente podia; y atribuyéndolo ella á desaire, cada vez que acertaba á cogérmele de nuevo, las daba mas y mas fuertes: á mí un color se me iba y otro se me venia, y en mi semblante debieron pintarse mas fases que tiene la luna en todo el año. Ya por fin aprovechando Clementina un momento en que los papás estaban distraidos en contar los triunfos, tuvo ocasion de decirme por lo bajo: «¿y el retrato?» Entonces yo, creyendo que la no presentacion del retrato seria toda la causa de aquel inhumano tratamiento, con mucha satisfaccion eché

disimuladamente mano al bolsillo, y por debajo de la solapa del frac la empecé á enseñar muy cautamente el desgraciado retrato, para que viera que no por falta de diligencia mia sino por una desgracia imprevista habia dejado de ofrecérsele ya. Ella que vió aquella coleccion de pies y piernas que formaban las hechas por el pintor y las hechas por los arroyos de la tinta, que á la verdad mas semejaban las colas de un pulpo que las piernas de un hombre, lo tomó por insulto, y me alumbró una pisada en el pié derecho que me produjo una congoja mortal. Alborotóse al verme toda la familia; dejaron el juego, y acudieron á suministrarme lo que cada uno creyó que mas me convendria. Quién lo atribuia al gas carbónico del brasero, y me rociaba con paños de agua y vinagre; quién lo achacaba á debilidad, quién á indisposicion del estómago; y cuando volví en mí, me hallé rodeado de frascos de vinagre, de vinos generosos, de bizcochos, de té, y de qué sé yo cuantas cosas mas.»

—No se molesten vds. por Dios, les dije; ni son esas cosas las que me han de dar alivio.»—¿Pues qué quiere vd? me preguntaban.—Si tuvieran vds. á mano, dije con voz débil y ahogada, un cortaplumas ó una navaja de afeitar....

Estremeciéronse todos sospechando si trataria de degollarme. Negábanme los instrumentos de que yo esperaba el remedio de mi mal, hasta que esplicándome mas les dije: «Señores, son las botas que me oprimen y lastiman en términos de no dejarme respirar. «Despertóse con esto vivamente la atencion de Clementina, miró á mis pies, y la sensacion de alegria que mostró su semblante al ver unas botas tan acabadas (ah! ella no sabia que los pies estaban acabados tambien!) me dió una idea desconsolada de lo poco que le iba por mis padecimientos. Me aconsejaron que me las sacase, á lo que yo accedí de muy buen grado, por mas que Clementina me dicia: «no por Dios, no se las saque vd. que le están á vd. muy bien.» Así se intentó á pesar de su resistencia, pero nada se pudo conseguir aun con la cooperacion de todas las personas de la casa. «Vaya, no hay mas remedio que abrirlas, dijo la mamá; voy al momento por un cortaplumas.»—¿Pero es posible, me dijo Clementina, que se ha de esponer vd. á una operacion tan arriesgada?—Y con

mucho gusto, señorita, la respondí.—Pues entonces yo me retiro á donde no lo vea.—Como vd. guste.» Y se retiró, no por huir de acongojarse de lástima, sino por desahogar la rabia que la daba mi resolucion.

Se empezó el sacrificio por el pié derecho, que habia sido el mas recientemente atormentado: hízose la primer sajadura entre el empeine y la punta, y asomaron los dedos por la abertura de la bota como la cabeza de un preso p r entre las rejas de la ventana de una carcel. Inesplicable fué mi consuelo al ver rayar la aurora de la libertad para mis pies. Procedióse al izquierdo, y este infeliz fué menos afortunado; la cuchilla del sacrificio habia penetrado mas de lo regular en las entrañas de la víctima. «El bálsamo de Malás al instante.»—Y trajeron el bálsamo de Malás, y se curó el paciente como al pronto mejor se pudo.—Pero vd. es muy cruel para sí mismo, me decian los papás.—La cruel, decia yo para mí, es la niñita que vds. han echado á este mundo fementido.»

En fin yo pedí que me permitieran irme á mi casa á descansar y habiéndomelo concedido me retiré, aunque con trabajo, sin despedirme de Clementina, á quien no he vuelto á ver desde entonces. «Ah! decia yo en el camino: para vivir en el mundo ya no basta saber donde aprieta el zapato, sino saber tambien donde aprieta la bota.» Luego que llegué á casa, colgué las botas en la alcoba de dormir, en donde se conservan como los trofeos de los guerreros insignes Y todas las noches cuando me voy á acostar, una de mis devociones diarias es mirar las botas y puesto enfrente de ellas con las manos cruzadas, rezar un padre nuestro y un ave-maria por que me libre Dios de amores que entren por los pies, y de Clementinas tan inclementonas para amar.

Fr. Gerundio.



EL PRINCIPE DON CARLOS DE AUSTRIA.



Presenta la historia de cuando en cuando ciertos acontecimientos envueltos en oscuras y misteriosas sombras que, mas que á meditacion del filósofo dan ancho campo á la fantasia del poeta. El cronista espone al relatarlos, las congeturas mas ó menos fundadas que han llegado á su noticia, abandonando su esplicacion y comentarios á las imaginaciones ardientes que necesitan dar pábulo á su entusiasmo irreflexivo, suponiendo causas novelescas al crímen y elevando sobre el pedestal de los héroes á las víctimas de la fortuna. Acredítanse así los errores históricos y adquieren poco á poco la autoridad de la verdad; una larga prescripcion los abona; la opinion comun los defiende; y la posteridad engañada acata como historia verdadera é imparcial el eco interesado de las pasiones contemporáneas.

La temprana muerte del príncipe Don Carlos ha sido asunto de estensos debates. Los escritores españoles que en su tiempo florecieron, no culparon de modo alguno la severidad de Felipe II, y mas bien como era muy natural, evitaban tratar de un suceso cuyo misterioso desenlace quedó depositado en las cámaras sombrias del palacio del monarca. Mientras la casa de Austria dominó, no se levantó una voz en España para defender ni acusar al inflexible rey, al paso que su memoria era ultrajada por las plumas de escritores estrangeros, ¿Cuál es el orígen de estas acusaciones? Su origen se halla en el príncipe de Orange, en el eterno é implacable enemigo de Felipe: él fué quien en el calor de la lucha sangrienta de los Paises-Bajos arrojó en una proclama incendiaria, inculpacion tan terrible sobre la cabeza del monarca español; él fué quien, por error ó por artificio,

la acreditó entre sus partidarios; él fué quien la hizo penetrar y acoger en Francia, en Inglaterra y en las demas naciones que combatieron durante tantos años contra el formidable poder del vencedor de San Quintin.

Habia ademas un partido inmenso interesado en su ruina, ávido de cuanto podia empañar su reputacion y oscurecer su gloria. Los luteranos de Alemania, los protestantes de Holanda y de Suiza, los calvinistas franceses odiaban con toda la vehemencia del fanatismo religioso al eterno, al inflexible perseguidor de las doctrinas reformadas. El protector de la fé católica encendia á millares las hogueras en sus vastos dominios, para quemar á los que proclamaban la libertad de discusion en los dogmas de la iglesia: su nombre era un símbolo de horror para los enemigos de Roma: ¿qué estraño, pues, que acogiesen creyéndolas, ó divulgasen dudándolas, las calumnias inventadas por los contrarios de Felipe, propagadas por el inmenso número de los que no pudieron nunca considerar al triste fanático y orgulloso rey sino cual un tirano hipócrita y sanguinario?

Como axioma establecido, como verdad probada é indudable, han repetido De Thou, Watson, Mercier y Voltaire las acusaciones de los flamencos y de los luteranos. Las novelas y los dramas se han aprovechado luego de un asunto, cuyo fondo presta tanto á las magníficas concepciones, á las galas de la fantasia. Schiller publicó á principios de este siglo su admirable tragedia intitulada *Don Cárlos*, tal vez la primera de sus obras, y ciertamente una de las mas brillantes producciones de la literatura moderna. *El Panteon del Escorial* de Quintana, ese sublime arranque del poeta, esclusivamente preocupado por su ódio á la tiranía, ha sido tal vez una de las obras que mas han contribuido á arraigar entre nosotros la idea de la inocencia del príncipe y del celoso despotismo de su padre. Recientemente ha dado al teatro de Sevilla un joven literato un drama notable fundado en el mismo argumento: llámase *Isabel de Valois*, y ella y Don Carlos son víctimas de un amor constante y antiguo. Don Carlos de Austria, es, pues, para los escritores y para los poetas, el tipo del hijo sumiso, del amante tierno, del príncipe filantrópico y humano; mientras Felipe II es un

personage cruel, fanático y sombrio, uno de aquellos azotes que envia á veces la Providencia para espantar con sus escesos á las afligidas naciones.

El único escritor que sin defender al padre ha llevado la luz de la verdad en la muerte de su hijo, ha sido el sábio y estudioso Llorente. El ha examinado los documentos, uno por uno, con su detenimiento acostumbrado. Los demas siguiendo la opinion comun, han colmado de ultrajes la memoria de uno de los monarcas mas grandes del mundo; grande en sus altas cualidades, en sus colosales defectos y en los errores de su política

El príncipe Don Carlos habia nacido en Valladolid el dia 8 de julio de 1545: su nacimiento costó la vida á su madre Doña Maria de Portugal. Los primeros años de su infancia fueron notables por la violencia de carácter de que comenzó á dar frecuentes pruebas, y por la debilidad de su constitucion que aumentaba con el tiempo. Era pequeño de estatura, muy delgado, casi raquítico, feo y escesivamente pálido. Su modo de vestir era estravagante, aunque con pretensiones. A los veinte años, nada sabia, y para tener una idea del estado de su inteligencia, basta leer las cartas que escribia por aquellos tiempos á su ayo y preceptor el obispo de Osma, testimonios de la rudeza de su entendimiento, de un idiotismo incomprensible, menos que pueril, pruebas irrecusables de que jamás aquella cabeza pudiera haber alcanzado un completo desarrollo.—Su carácter era peor que su figura: temerario y cruel, padecia frecuentes accesos de demencia. Desde los primeros años de su infancia, su servidumbre era la mas penosa de palacio: la mas pequeña contradicion sacaba al príncipe fuera de sí: la rabia le ahogaba: su venganza era abofetear y lastimar á sus criados: su pasatiempo consistia en arrancar los ojos á los pájaros y matar lentamente á los conejos y á los perros, cuya prolongada agonia contemplaba con placer. En sus raptos de furor no respetaba ni la edad ni la gerarquía, ni la dignidad de los que le acompañaban. Su ayo Don Garcia de Toledo estuvo á pique de morir á sus manos en una caceria, y Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, que le sucedió en aquel cargo, corrió mas de una vez el

mismo riesgo.—Habia en Madrid un cómico escandaloso, cuyos escesos llegaban en quejas todos los dias á oidos de las autoridades: Don Carlos le distinguia y aun se acompañaba con él á veces: por medida de buen gobierno fué espulsado el actor de la capital: firmó la órden el cardenal Espinosa, gran-inquisidor y presidente del Consejo de Castilla: lo supo el príncipe; y un dia que entraba el cardenal á ver al rey, le paró para ultrajarlo con injurias soeces y groseras, persiguiéndole despues, con puñal en mano, por los corredores de palacio. —Sus escesos de otro género eran el escándalo de las personas que le rodeaban: tan frecuentes fueron que su debil razon quedó cada vez mas alterada, y su cuerpo naturalmente enfermizo se dobló en la adolescencia como el cuerpo de un anciano.

Tal era el hijo de Felipe II: el heredero de los estados del Emperador: la cabeza escogida por la providencia para sufrir el peso de la mayor corona del mundo: el hombre que debia un dia regir, sin mas freno que su voluntad, la España, el Portugal, los Paises-Bajos, dominios de Italia, las Américas y las colonias del Africa y del Asia. Vamos á tocar el punto de disputa; los esponsales de Don Carlos.

Don Carlos de Austria tenia trece años cuando contrajo esponsales con Isabel de Valois que contaba doce: algunos meses despues firmóse el tratado de Cambray que puso fin á la guerra entre España y Francia. Murió en este pequeño intérvalo Maria de Inglaterra, segunda muger del monarca español, y Felipe y Enrique resolvieron estrechar mas los lazos de su alianza por medio de un matrimonio, casándose el rey de España con la jóven princesa que habia destinado antes á su hijo. Verificóse la boda con la mayor solemnidad en Toledo el dia 2 de febrero de 1560: fué madrina la princesa viuda de Portugal: fué padrino Don Carlos. Padecia por aquel entonces de cuartanas, y únicamente en aquellos dias pudo ver y conocer á Isabel de Valois, quien á poco de casada, cayó en cama con viruelas: antes de su convalecencia marchó el príncipe á estudiar á la universidad de Alcalá de Henares.

La reina era una niña cuando se casó, el dia de la boda aun no habia cumplido catorce años: quince tenia Don Car-

los: su figura desagradable, la palidez asquerosa de su cara, la enfermedad que le destruia, su falta de entendimiento y de educacion, su reputacion de locura y de crueldad, no eran las cualidades mas propias para seducir el ánimo de la jóven y alegre princesa, acostumbrada al amable trato, á la fina galanteria de la corte de Francia. Felipe II, por el contrario, sin ser un caballero de torneo, era una buena figura: alto, de magestuoso aspecto, de nobles maneras, contaba treinta y tres años y estaba en el apogéo de su poder y de su prestigio. ¿Es probable siquiera que, en tan pocos dias, viéndose raras veces, y en medio del ceremonial de la corte austriaca, con tan poco favorables auspicios para sentir el amor, hubiesen concebido esa ardiente pasion dos niños, súbitamente, sin mas preparacion que unos esponsales de que tal vez ni aun tendrian noticias? ¿Es posible que Felipe II hubiese sentido entonces esos rabiosos celos que se le imputan, que hubiese jurado la muerte de Don Carlos y de Isabel que hasta ocho años despues no fallecieron? Estas suposiciones son absurdas y ofenden el sentido histórico: cualquiera que haya sido la parte que tomó aquel monarca en la muerte de su hijo, no puede imaginarse que las pasiones de amor hayan podido impulsar su mano ni inclinar su pensamiento: los esponsales de los preliminares del tratado de Cambray han podido ser un cimiento para las ficciones de los poetas, pero no debieran haber sido un pretesto de falsificar la historia, chocando contra los instintos del sentido comun.

Antes de recobrar la reina la salud perdida, partió Don Carlos para la universidad de Alcalá de Henares: pretendía su padre que algo aprendiese el heredero de su corona, y recomendóle especialmente á los hombres mas doctos y capaces que encerraba aquella ciudad: acompañaban al príncipe su tio Don Juan de Austria y su primo Alejandro Farnesio, ambos tan célebres luego por las altas hazañas con que ilustraron su nombre y realzaron la gloria del monarca español. Don Carlos entretanto perdió el tiempo en la universidad sin aprender y sin aplicarse: las cartas á su maestro el obispo de Osma, y algunos garabatos en queja de su padre que escribió despues de abandonar sus estu-

dios dan una idea del fruto que sacó de sus años escolares.

Volvió el príncipe á la corte en 1564. Cansado del aislamiento y fastidiado de la vida de Alcalá, donde apesar de la concurrencia de jóvenes estudiantes se conservaba disciplina y arreglo en las costumbres, aburrido de la sociedad de hombres doctos y eminentes que poblaban aquella ciudad estudiosa á que tanta vida habia dado el cardenal Gimenez de Cisneros, arrojóse Don Carlos en todos los escesos de la mas desenfrenada licencia. Sin dique ni valladar á sus perniciosas pasiones, devorado por la envidia, afligido con los sufrimientos físicos de una organizacion débil y gastada, hacia pagar las consecuencias de sus vicios á las personas que por su posicion ó por necesidad se hallaban á su lado. Llamóle á veces su padre á su gabinete: reprendióle con dulzura sus desafueros sin que sacase fruto alguno de sus amonestaciones paternales. Entraba alguna vez Felipe II en la cámara del príncipe traido de los atroces escándalos que desacreditaban la corte y llegaban á los oidos del rey aun en medio de sus solitarias y constantes tareas; ni la indulgencia, ni la severidad eran parte para mover el ánimo de Don Carlos; y frecuentemente, despues de una conferencia borrascosa y larga, en que el hijo habia faltado al respeto debido á su padre y señor, veian los cortesanos salir al rey mas pálido que de costumbre, con los ojos bajos, y comprimidos los labios con arrebatos de cólera que procuraba refrenar.

El embajador de Francia escribia por aquel tiempo á su corte: «nada hay que esperar del príncipe Don Carlos: malos gérmenes hay en su corazon, y el dia de su advenimiento al trono será un dia fatal para la España.» El nuncio del papa, arzobispo de Rosano, escribia al gobierno pontifical. «El príncipe de Asturias tiene una arrogancia insoportable y costumbres desenfrenadas: es escaso de talento, caprichoso y obstinado; puede con razon decirse que no posée el uso completo de sus facultades morales y que tiene accesos de locura.» No era solo la correspondencia diplomática la que se ocupaba de los vicios y malas tendencias de Don Carlos: era conversacion general en la corte, contenida apenas por el temeroso respeto que inspiraba el rey: corrian de boca en

boca anécdotas escandalosas que comentaban hasta los lacayos; tan públicos eran ya los escesos del temerario príncipe.—El obispo de Ósma, la única persona tal vez, á quien profesaba un síncero cariño, usó para corregirle de todos los medios de influencia que le daban su antiguo cuidado, las memorias de la niñez y el hábito del respeto: todo fué sin fruto: de nada sirvieron sus advertencias afectuosas, y él y el príncipe de Eboli tuvieron que abandonarle al fin á sus fatales inclinaciones.

Así vivia en la morigerada corte de España el hijo del severo Felipe II: despreciando la autoridad paterna, desoyendo los consejos de sus leales servidores, entregado á una disolucion estúpida, gastando su cuerpo y corrompiendo su alma; así se preparaba el príncipe de Asturias á recoger, en su tiempo, la corona de la primer monarquia del mundo.

Felipe II aparecia en la cumbre de su formidable poder: los estados de su rica herencia se hallaban unidos bajo su esplendente corona; la gangrena de las insurrecciones no habia atacado aun los gigantescos miembros de su vasta monarquía. Protector atalaya de los principios católicos, tutor y brazo á la vez del gobierno pontifical, habia estrechado con nuevas y mas firmes alianzas los antiguos pactos del Emperador su padre. Las ideas de reforma amenazaban invadir todos los pueblos: su rápido crecimiento, su portentoso desarrollo se aceleraban por la lucha desigual que sostenian. Carlos V habia intentado poner un dique al torrente y consumió su vida en un combate eterno; la heregia estirpada un instante renacia con mas fuerza de sus cenizas para propagar el incendio á los vecinos estados: no era ya la doctrina de Lutero la que tímidamente se presentaba á sostener controversias dogmáticas sin otras armas que las de la conviccion: los disidentes contaban ya antiguos y poderosos príncipes en su seno; su estandarte arrastraba numerosas y aguerridas huestes: parecia que el catolicismo iba á espirar en Europa. Entonces fué cuando Felipe II comenzó á meditar el plan de resistencia que hizo el pensamiento constante de su vida: aprovechándose de aquellos momentos de paz que eran solo una tregua pasagera, combinó en profundas meditaciones los elementos que debian ser las líneas de

defensa contra las ideas de reforma religiosa: alzándose como dique y valladar á su marcha de invasion, la España sostuvo con la pluma y con la espada los antiguos principios del dogma católico: sus fuerzas se consumieron en la lucha, pero el objeto de su amor ha quedado en pie: el catolicismo romano vive en Europa, y á los esfuerzos de su poderoso campeon debe la vida.

Corrian los años de 1565, y á las graves dificultades á que hacia frente el rey de España se agregaron las pretensiones temerarias de su hijo Don Carlos. Hallábase en instruccion un cuerpo considerable de ejército, destinado á ocupar el reino de Granada, y el príncipe de Asturias deseaba obtener el mando para hacer de aquellas fuerzas un escalon de sus pasiones ambiciosas: llegaron á oidos de Felipe los locos proyectos con que se intentaba seducir el ánimo de sus soldados, escitando á la rebelion á la multitud de aventureros que acudian entonces de todos los puntos de Europa, guiados solo por la sed de riquezas, á combatir bajo los estandartes españoles. Fácil hubiera sido al rey sofocar el mal en su orígen por medio de pocos y bien aplicados castigos; pero temia con razon empañar el nombre de su sucesor, y prefirió disolver el ejército antes que provocar procesos de consecuencias escandalosas. Frustrado en su primer intento, é inflamado cada vez mas por los imprudentes consejos de sus miserables aduladores, determinó Don Carlos pedir á su tio Maximiliano II, emperador de Alemania, la mano de su hija Ana, para proclamarse despues gobernador de los Paises-Bajos. Sin consentimiento del rey y con su arrogancia acostumbrada, comenzó á hacer preparativos de viage: procuróse disfraces para él y para sus compañeros, y habia reunido ya hasta cincuenta mil escudos; pero la habilidad del príncipe de Eboli y la vigilancia de Felipe deshicieron fácilmente esta trama pueril, sin dar á las hablillas cortesanas otro alimento que las violentas y poco meditadas quejas del príncipe de Asturias.

Sea que recelase con fundados motivos de su ambicion insensata, sea que le juzgase inhabil para el matrimonio, no insistió el rey por entonces en demandar á su cuñado el emperador la mano de su hija para Don Carlos. Desespe-

ranzado así de sus intentos, entregóse con nueva violencia á sus coléricas pasiones. Dormia en su cámara Don Alonso de Córdova, gentil-hombre de su servicio: en una de las muchas noches que pasaba desvelado el príncipe no oyó pronto su campanilla: colérico Don Carlos se levantó llorando de rabia, y agarrándole entre sus brazos, comenzó á forcejear con él para arrojarle en el foso de palacio sin escuchar sus disculpas: á las voces de Don Alonso, que se defendia sin lastimar á su agresor, acudieron algunos gefes de la guardia que contuvieron al príncipe; y el rey vino en persona á dar una satisfaccion al gentil-hombre, mandándole agregar en seguida al servicio de su propia cámara.—Tenia Felipe II un caballo magnífico, perfectamente enseñado y á quien llamaban el Favorito, por la preferencia y estimacion en que el rey le tenia: pidióle Don Carlos con muchas instancias para montarlo una sola vez al prior Don Antonio, caballerizo mayor: escusóse este cuanto pudo; pero reiteradas las súplicas del príncipe, y habiéndole dado su palabra formal de trabajarlo poco y con el mayor cuidado, vino en entregársele: lo que hizo Don Carlos no se sabe: el caballo volvió á la cuadra jadeante; cubierto de sudor y quebrantado por la fatiga, murió luego. Cuenta Cabrera que el rey se resintió profundamente de la mal intencionada conducta de su hijo, pero devoró en silencio sus fundados sinsabores.

Estas circunstancias pequeñas y pueriles en sí mismas, bastan á dar una idea del carácter é inclinaciones del príncipe de Asturias. Siempre entregado á escesos y á violencias, sea que enviase su guardia á quemar una casa, desde cuyos balcones le habia caido un poco de agua al pasar disfrazado una noche, sea que hiciese comer en pedazos de cuero cocido, unas botas que le venian estrechas, al infeliz menestral que las fabricó, sea que por causa tan frívola diese de bofetadas al respetable Don Pedro Manuel, su conducta siempre fué la conducta de un insensato, sin conocer otra regla de sus acciones que los arrebatos del momento. Y sin embargo no abandonaba sus proyectos de ambicion. Fijos los ojos en el gobierno de Flandes, anhelaba una ocasion cualquiera que entregase en sus inespertas manos las riendas de aquel agitado pais. Todos los hombres que in-

tentaban disuadirle eran blanco de su vengativa saña. Su ayo Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, el cardenal Espinosa y el duque de Alba, formaban la trinidad aborrecida que invocaba en maldiciones durante los frecuentes periodos de su rabiosa demencia.

Su furor subió de punto al saber el nombramiento hecho de Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, para el gobierno militar de los Paises-Bajos. Empezaba el año de 1567, y el estado de los ánimos flamencos inquietaba á Felipe II, que veia crecer en silencio y estenderse en aquellas provincias la hidra de la reforma luterana. La administracion española pesaba, como pesan todas las ocupaciones militares, sobre los estados de Flandes. La emancipacion religiosa daba la mano á la libertad política: la independencia en todas sus formas levantaba y movia la gran masa del pueblo contra los soldados estrangeros: la aristocracia habil, descontenta y poderosa, fomentaba la inquietud general, y aguardaba el momento de arrojar la máscara para ponerse al frente de la insurreccion que se preparaba con sigilo. La vista perspicaz de Felipe II habia seguido todos los movimientos, habia contado todos los pasos de los mal avenidos con su dominacion: los acontecimientos se precipitaban con rapidez: los Paises-Bajos iban á quedar perdidos para España y para el catolicismo. Entonces vió el rey que el momento de obrar habia llegado: una esperiencia probada en los negocios, una voluntad inflexible, una prudencia sagaz y previsora, una obediencia ciega, el brillo de altos talentos militares, todo era necesario en el gobernador de Flandes, y todo se hallaba reunido en la persona del duque de Alba. El duque de Alba fué pues nombrado para la suprema administracion de los Paises-Bajos.— No aprobó el príncipe Don Carlos esta eleccion: persuadido de la ofensa que se le habia hecho, privándole de un cargo que para sí mismo pretendia, quejóse con la mayor violencia de la injusticia de su padre y resolvió matar á su competidor. Pasaba el duque de Alba á la cámara del rey á consultar graves proyectos de administracion estrangera: divisóle el príncipe que le andaba buscando por los corredores, y arrojándose sobre él con la daga en la mano, trató

de traspasarle el pecho á puñaladas: sujetóle el duque, y para evitar sus rabiosos golpes abrazóse con él, teniéndole estrechado entre sus fuertes brazos, hasta que á sus gritos acudieron dos gentiles-hombres con algunos monteros de Espinosa.

Los planes de los conjurados de Flandes iban tomando cuerpo cada dia, amenazando á España con próxima y terrible esplosion. Para sacudir el yugo de Felipe II se formaban asociaciones secretas, donde se fraguaban proyectos de rebelion y se mantenian relaciones con algunos príncipes luteranos de Alemania. A la cabeza de los pueblos se hallaban antiguos magistrados municipales que obedecian las órdenes de los gefes del movimiento. Eran estos, el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn, el marques de Berg y el baron de Montigny. En la distribucion general de cargos que se hizo, tocó á los tres primeros dirigir la insurreccion en el territorio, mientras venian los otros dos á Madrid en calidad de diputados por las provincias de Flandes. Dirigiéronse á Don Carlos de Austria y comenzáronse negociaciones secretas por conducto de un gentil-hombre de la cámara del rey. Las proposiciones principales fueron reducidas á ofrecerle la soberanía de los Paises-Bajos, con tal que se obligase á respetar las antiguas leyes y la libertad de las opiniones religiosas. El príncipe, que veia realizarse tan impensadamente el sueño de oro de sus ambiciosas pretensiones, se comprometió á todo cuanto de él se exigia, cometiendo la imprudencia de enviar cartas insensatas escritas de su puño, firmadas con su nombre.

El éxito de esas tentativas fué el que debia esperarse: Don Carlos escribió á muchos grandes y títulos, pidiéndoles ayuda para un negocio de importancia: necesitaba dinero para emprender su viage y burlar la vigilancia de palacio. El almirante, en vez de obedecerle, envió la carta al rey: muchos señores imitaron su ejemplo, y Felipe comprendió pronto todo el valor de las imprudencias de su hijo. La policia tuvo en su mano los hilos de la trama que se urdía por los flamencos. Procedióse á la prision del marques de Berg y del baron de Montigny, encerrándoles en dos castillos sin comunicacion: por no comprometer el

nombre del príncipe, prohibió el rey que se hiciesen diligencias judiciales contra algunos pocos y desacreditados intrigantes españoles. Gregorio Leti que escribia por aquellos tiempos, cuenta que al registrar los papeles de los condes de Egmont y de Horn, halló el duque de Alba una carta del príncipe Don Carlos, concerniente á los proyectos de insurreccion de las provincias de Flandes, siendo esta la causa principal de la muerte de aquellos desgraciados caudillos. Cabrera no refiere semejante hecho; pero es muy probable que existiese correspondencia del príncipe con los gefes de la rebelion flamenca, pues á mas alto punto llegaron sus imprudentes y mal pensadas tentativas.

Apurados todos los medios que estaban á su alcance para satisfacer su impaciente ambicion, cayó Don Carlos en frecuentes accesos de melancolía, de que venian á despertarle solo sus antiguos y constantes hábitos de tiránica locura. En las largas horas de sus noches sin sueño, exaltada su débil imaginacion con el recuerdo de sus ofensas imaginarias, exasperado al considerar que la juventud del rey no le dejaba esperanzas de alcanzar en mucho tiempo el poder que pretendia, sin plan, sin cómplices, sin otra preparacion que su insensata furia, resolvió abreviar la vida de su padre. Con la obstinacion austriaca heredada de su abuelo, alimentó un dia y otro su proyecto criminal, sin comunicarlo á persona alguna de las que le rodeaban. En el último tercio de diciembre de 1567 estaba toda la familia real en Madrid, escepto Felipe II que se hallaba, como frecuentemente acontecia activando la obra del Escorial. Tanto las personas reales como las de su servicio iban á comulgar el 28 del mismo mes, dia de Inocentes, segun se acostumbraba en palacio, para ganar un jubileo concedido por la silla Pontifical á los reyes de España. El dia 27 confesóse Don Carlos á Fr. Diego de Chaves, quejándose en seguida á algunos de sus gentiles-hombres de la conducta de su confesor que le negaba la absolucion, únicamente por haberle declarado que estaba resuelto á matar á un hombre revestido de alta dignidad. Pertinaz en sus designios, envió á buscar en su carruage, dos á dos, hasta catorce frailes del convento de Atocha, quienes despues de recibir la misma confianza, le negaron

igualmente la absolucion que les pedia. Vino por fin el prior Fr. Juan de Tobar hombre sagaz y despejado: recibió la declaracion del príncipe; y preguntándole con maña, fingiendo tomar parte en sus designios, halagando sus pasiones, oyó terminantemente de sus labios, que el hombre á quien deseaba matar era al rey su padre: cualquiera que pueda ser la verdad de estos hechos es positivo que Fr. Diego de Chaves, confesor del príncipe, determinó dejarle de resultas de una entrevista que con él tuvo.

Malogrado este nuevo proyecto, ya le impulsase el temor del castigo, ó ya como es mas probable, hubiese vuelto á sus antiguos planes de ambicion, á principios de enero de 1568 resolvió Don Carlos partir para Alemania. Habló á algunas personas de sus designios y pretendió ganar la voluntad de su tio Don Juan de Austria, de quien demandaba ayuda y socorro para favorecer su fuga. Oyóle Don Juan con calma afectuosa, y sin exasperarle con una negativa abierta, procuró disuadirle de sus intentos, demostrándole su peligro y locura. Don Carlos, en vez de atender á sus razones, le hizo las mayores ofertas si le ayudaba, amenazándole con su futuro poder, si resistia sus órdenes. Don Juan de Austria fué á buscar al rey, á quien estensamente informó de la conferencia habida, dejando á su consumada prudencia el arreglo de negocio tan delicado.

Entonces trató Felipe II de poner un remedio eficaz á las locas tentativas de su hijo, que amenazaban envolver la monarquía en escándalos y desavenencias. Con la circunspeccion que siempre le guiaba, consultó con gran número de doctores, y especialmente con el maestro Gallo, obispo de Orihuela, y con Fr. Melchor Cano obispo de Canarias. Espusieron estos dos insignes varones al rey lo urgente que era ya á la salud del reino poner un dique á los escesos del heredero de la corona; hiciéronle presente que, como monarca, se debia antes á sus pueblos que á los afectos de su corazon: dijéronle por último que uniendo sus obligaciones de padre y rey, urjíale adoptar alguna medida que calmase las alteraciones nacientes; y en un estenso y bien razonado informe demostró á Felipe II el doctor Navarro Martin Dalpizcueta los poderosos motivos que im-

pedian la salida de Don Carlos para los estados de Alemania: su parecer, redactado con mucho tino y delicada mesura, contiene argumentos de gran peso que prueban la alta capacidad política de los hombres á quienes acostumbraba consultar el rey de España.

Meditaba detenidamente Felipe II el difícil medio que sus deberes de padre y de monarca le imponian. Por una parte el cariño paternal, la preferencia hácia su único hijo varon, sucesor y heredero de sus dominios, el temor de avergonzar y desacreditar ante sus súbditos al futuro rey, le retraian de aplicar al príncipe Don Carlos el severo y eficaz castigo que tal vez podia aun enmendar aquella alma pervertida desde la niñez, aquella cabeza demente, aquel corazon violento y temerario. Por otra parte el cuidado de su reino, la tranquilidad de la corte continuamente comprometida por los escesos del príncipe, el hogar régio dando un ejemplo constante de escándalo, las esperanzas de los descontentos fundadas en la insensata ambicion de su hijo, el porvenir de sus vastas posesiones entregado á tan temerarias manos, le prescribian, como obligacion sagrada, cualquier medida por dolorosa que fuese, que librase de tantos males á su sumisa monarquía. Estaba aun en el Escorial solo y afligido con estos pensamientos cuando le avisó el correo general Don Raimundo de Tassis, que el 17 del propio mes de enero le habia dado órden el príncipe Don Carlos para que tuviese á su disposicion ocho caballos de posta al anochecer del dia siguiente. El rey vino en el momento al Pardo para pasar luego á Madrid. Paseábase Don Juan de Austria en la galeria del palacio cuando vió llegar presuroso al príncipe su sobrino, quien le hizo al momento llamar para anunciarle con suma satisfaccion que habia llegado ya de Sevilla Garci Alvarez Osorio, su guarda-joyas y guarda ropas, con ciento cincuenta mil escudos de los seiscientos mil que le envió á buscar muy de antemano.

Trató sériamente Don Juan de Austria de persuadir al príncipe: conocia la pena que devoraba al rey y procuraba reconciliarlo con su hijo: los mas razonables consejos salieron en tono cariñoso de sus labios; recordó las obligaciones que tenia para con su padre y señor; apuró el lenguaje de

las súplicas, y solo consiguió en cambio de sus afectuosas palabras insultos y maldiciones, hasta el punto de verse obligado á sacar la espada para defenderse de los ataques furiosos del temerario jóven. Llegó el rey á Madrid traspasado de dolor, y despues de consultar de nuevo algunos miembros de su consejo privado, resolvió arrestar y juzgar solemnemente al príncipe su hijo.

Graves meditaciones costó al rey tan terrible resolucion: pálido y con la cabeza inclinada sobre el pecho, paseó algunos instantes por la sala, embebido en sus pensamientos melancólicos: decidido al fin, recobró su frente la serenidad acostumbrada, hizo llamar al duque de Feria, capitan de su guardia, á quien apercibió para que tuviese un piquete de tropa disponible al anochecer, y convocó para la misma hora al príncipe Ruy Gomez, á Luis Quijada y al prior Don Antonio de Toledo.

Eran las doce de la noche: reinaba el mayor silencio en palacio, cuando entró con estos personages el rey Felipe II en los aposentos de su hijo. Dormia Don Carlos á la sazon, mas despertóse sobresaltado con el resplandor de las antorchas y la presencia de su padre á hora tan estraordinaria. «¿Qué me quiere V. M? preguntó volviéndose á Felipe: no soy loco sino desesperado: ¿quiere V. M. matarme?» —«No, le respondió el rey, y acercándose cariñosamente, sosegó su espanto con palabras bondadosas. En la cabecera de la cama tenia una espada, una daga y un arcabuz que fueron quitados de su lado; en seguida, por órden de Felipe, sacó el prior Don Antonio de un cofre que estaba sobre la mesa cartas y papeles de importancia que hizo romper en su presencia el rey, sin leerlos y sin abrirlos. Quedó el duque de Feria encargado de la custodia del príncipe prisionero, teniendo á sus órdenes un destacamento de alabarderos alemanes y otro de monteros de Espinosa.

Encerróse el rey en su gabinete, y lejos de ocultar tan grave acontecimiento, dió al punto noticias de él á los prelados y cabildos, á las chancillerías, á los concejos y reinos: anuncióles sencillamente que motivos de interés público habian exijido la prision del príncipe, asegurándoles que, como padre y como monarca, sabia la estension de sus obli-

gaciones. Informó asimismo á los embajadores y ministros de todas las potencias, especialmente al enviado del emperador de Alemania y al Nuncio de su Santidad. Escribió tambien por aquel tiempo una carta triste y decorosa á la emperatriz su hermana, noticiándole la desgracia de su familia y el sentimiento de su corazon.

El vulgo, que juzga siempre por el arrebato de las primeras impresiones, dispuesto siempre á mudar en crítica sus alabanzas y en encomios su censura, empezaba á compadecer la suerte del súbdito infiel, del hijo criminal á quien la justicia humana habia alcanzado en medio de sus escesos. Los servidores locales del rey lamentaban la estrella que habia traido los acontecimientos á un punto tan crítico, á una situacion en que cualquiera que fuese el resultado, iba á perder una parte de su prestigio la dinastía austriaca. Los grandes, el clero, y la nobleza, las clases acomodadas del pais guardaban un silencio prudente sorprendidas con la novedad del espectáculo que presentaba un rey obligado á procesar á su hijo, al heredero é inmediato sucesor de su corona.

El altivo Felipe II, encerrado en su palacio, aislado en su dolorosa posicion, habia resuelto ya ser monarca justiciero antes que padre cariñoso, y con la inflexibilidad de su firme carácter, mandó llevar á cabo el proceso de su hijo. Para esto trató de ordenar primero su estancia, y por una instruccion fecha del 2 de marzo de 1586, refrendada por Pedro de Hoyo y dirigida á Ruy Gomez de Silva, arregló el cuidado y tratamiento de Don Carlos: encargó en ella un especial y esmerado respeto con su persona, teniendo muy en cuenta su comodidad: mandó que asistiesen siempre en su guardia, servicio y entretenimiento el conde de Lerma, Don Francisco Manrique, Don Rodrigo de Benavides, Don Juan de Borja, Don Juan de Mendoza, Don Gonzalo Chacon y no otros, sin permitir absolutamente mas comunicaciones ordenó espresamente que cuanto dijese el príncipe fuese secreto entre los que pudiesen oirlo, sin noticiarlo á persona alguna: prohibió que se presentase cualquiera de estos caballeros delante de Don Carlos con espada, puesto que él no la llevaba tampoco: y mandó por último que todos guardasen

la instruccion precisamente debajo de la fidelidad, por juramento y pleito homenaje particular hecho sobre aquel caso. Firmada por el rey, la instruccion fué leida ante el secretario Hoyos á todos los caballeros, quienes juraron cumplirla fiel y lealmente en todas sus partes.

Arreglado así el régimen y órden de la carcelería del príncipe, pensó Felipe en nombrar una junta ó tribunal especial para causar proceso, justificando la prision y acreditando los cargos. Reservóse el rey la presidencia: fueron vocales el cardenal Espinosa, presidente del consejo de Castilla, Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, y el licenciado Don Diego Briviesca del consejo de cámara: este quedó especialmente encargado del sumario de juicio. Mientras que se formaba, envió á buscar el rey á los archivos de Barcelona el proceso que causó Don Juan II con el príncipe de Viana, Carlos, su primogénito: mandólo traducir cuidadosamente al castellano, pues queria examinarlo detenida y concienzudamente para sacar de aquel antiguo documento ejemplo y advertencias que contribuyesen á ilustrar sus ideas en el espinoso negocio que se debatía. El original y la traduccion existen aun en el archivo de Simancas, donde por su órden se remitieron.

Llegaban en tanto á turbar la tranquilidad del rey cartas y peticiones de los concejos y de los prelados, demandando el perdon del príncipe. Suplicáronselo encarecidamente la reina Doña Isabel, la princesa Doña Juana y los reyes de Portugal; pero Felipe permaneció inflexible en su resolucion. Recomendóle el sumo Pontífice en una carta la clemencia en el juicio de su hijo, y el rey le contestó con la sumision debida al gefe de la iglesia, esponiéndole los motivos y anunciándole sus intenciones. Para enterar detenidamente al emperador de Alemania y á su esposa de los últimos acontecimientos, dió comision con cargo de embajador estraordinario á Luis Venegas de Figueroa.

Cumplidos ya los propósitos de Felipe, noticiados los reyes y los reinos, pendiente el parecer fiscal de la junta de proceso, se arregló la casa real, reduciendo hasta tal punto su tren y repasando de tal modo la ostentacion, que, segun las palabras de un autor coetaneo, mas bien parecia la man-

sion del monarca el cláustro de un convento que el palacio de un soberano. El carácter naturalmente triste del rey se hizo desde entonces cada vez mas melancólico: pasaba dias enteros sin recibir á nadie, y habia renunciado á su mayor placer que consistía en pasar todo el tiempo que le dejaban libre los negocios activando los trabajos de San Lorenzo del Escorial.

La violencia habitual de Don Carlos habia degenerado entretanto en un frenesí constante y ciego. Bramando de corage en su prision, desvelado por las noches, zumbando siempre en sus oidos la voz de sus arrebatadas pasiones, exasperada su alma con imponente furia, nada bastaba ya á contener sus coléricos instintos. Su delicada constitucion se resintió: una calentura constante inflamaba sus venas. Casi desnudo y con los pies descalzos, pasaba noches enteras sobre las losas frias de su aposento: no bebia mas que agua de nieve, y para templar el ardor de su sangre y la sequedad de su cuerpo, derramaba pedazos de hielo sobre su cama, acostándose encima y renovándolos cuando el sitio volvia á perder su frescura. Llegaron los calores de junio y entonces negóse á tomar ninguna clase de viandas, y durante once dias consecutivos se mantuvo tan solo con agua fria, sin que los esfuerzos de los caballeros que le guardaban bastasen á hacerle tomar alimento alguno. Alarmado con tales nuevas el rey y temiendo que su hijo muriese de hambre, entró á visitarle un dia, calmando su cólera con palabras de consuelo y testimonios de cariño: por una reaccion de su impetuoso caracter arrojése entonces el príncipe con la mayor voracidad sobre los manjares que le presentaban: la indigestion violenta que sintió despues de estos escesos le produjo calenturas malignas acompañadas de disenteria. Rápidamente se agravó su lastimoso estado: el doctor Olivares, proto-médico del rey, le asistió por su órden desde el principio con el mayor esmero, pero á poco tiempo le deshaució completamente, declarando mortal su enfermedad.

Mientras que los coléricos arrebatos del príncipe abreviaban su vida, la instruccion del proceso habia adelantado considerablemente en manos de Don Diego Briviesca: en

el mes de julio pudo ya entregar el consejero de cámara su dictámen razonado al rey. En él estaba Don Carlos acusado y convicto, tanto por las pruebas documentales como por la declaracion de los testigos, del crímen de lesa magestad humana en primero y segundo grado; ya por haber concebido el proyecto de un regicidio, ya por conatos de hacerse dueño de la soberanía de los Paises-Bajos escitando á una guerra civil. Crímenes previstos por las leyes del reino, su castigo ordinario era la muerte: sin embargo llamaba la atencion el fiscal sobre la cualidad de heredero inmediato de la corona que acompañaba á Don Carlos, circunstancia estraordinaria hasta cierto punto, porque al legislador no fué dado prever un caso semejante; pudiendo por tanto el rey juzgar en esta ocasion por razones de alta política y de pública conveniencia, sea perdonando al criminal, sea conmutando la pena establecida por la severidad de las leyes. Así segun el parecer fiscal á que se adhirieron el cardenal Espinosa y el príncipe de Eboli, el delito capital se hallaba plenamente probado; pero quedaba al arbitrio del monarca señalar el castigo, pronunciando la sentencia.

No se arredró Felipe por la inmensa responsabilidad que el *conclussum* de la junta arrojaba sobre él; antes respondió con mesura á sus consejeros que estaba resuelto á seguir las inspiraciones de su conciencia, contrarias esta vez á los afectos de su corazon; que como padre, amaba á su hijo, al único varon que le habia concedido la Providencia para heredar sus estados y llevar sobre sus hombros el peso de tan vasta monarquía; pero que sobre sus sentimientos de hombre estaban sus deberes y juramentos de rey, los cuales le prohibian abandonar el porvenir del reino á un soberano sin instruccion, sin juicio, sin virtudes, á un jóven devorado por violentas pasiones, temerario en sus empresas y feroz en sus designios. Su voluntad era por tanto que alcanzase plena satisfaccion la ley, siendo ademas inútil su rigor porque el lamentable estado del príncipe no le dejaba esperanza alguna de vida: sus esfuerzos en este caso debian limitarse á suavizar sus últimos momentos, cuidando de la salvacion de su alma.—Afectado el rey con esta larga conferencia, deseó ver á su desgraciado hijo, pero el proto-

médico Olivares le pintó como desesperada su situacion: consultó entonces con el maestro del príncipe Fr. Honorato Juan, obispo de Cartagena y con su confesor Fr. Diego de Chaves, los cuales le disuadieron de la visita que intentaba, fundados en que la vista de su padre en los momentos de agonia pudiera despertar algun arrebato violento en el alma de Don Carlos, turbando así la religiosa quietud con que se preparaba á entregar su espíritu al Criador.

Dicen los detractores de Felipe que el príncipe no murió naturalmente. Aseguran que, bien fuese por su mandato espreso, bien porque los ministros creyesen ver en las palabras del rey ante la junta una intencion secreta de abreviar la enfermedad de su hijo, trató el doctor Olivares de apresurar sus últimos momentos. La única prueba importante en apoyo de esta opinion es el brevage que administró el proto-médico á Don Carlos, exhortándole en seguida á morir como cristiano y fiel católico. Cabrera afirma que esta pócima era una purga, y esta opinion sencilla de un hombre educado en las interioridades de palacio es mucho mas probable que las vagas y sombrias sospechas formadas y discutidas mucho tiempo despues. Ni es creible que estando tan adelantado y siendo incurable el mal del príncipe, tuviese interés el rey en deshacerse de un hijo olvidado ya de todo el mundo en la soledad de su prision. El caracter de Olivares tampoco se presta á tan cruel sospecha; y es mas natural, mas sencillo, suponer que la vida de Don Carlos llegó á su término, arruinada su endeble constitucion con los escesos de muchos años y con sus recientes locuras.

Movido el príncipe por las amonestaciones de sus servidores, consintió en confesarse, y despues de recibir los santos sacramentos con cristiana devocion, hizo testamento ante su secretrario Martin Gaztelu. Pedia en él humildemente perdon á su padre de las ofensas cometidas; destinaba mandas considerables á obras pias, á iglesias y hospitales; legaba algunas joyas á sus mayordomos, al almirante de Castilla y á Don Rodrigo de Mendoza; encargaba que su cuerpo tuviese sepultura en San Francisco de Toledo, y reposase entretanto en Santo Domingo el Real de Madrid. Acabado este trabajo, sobrevino la postracion y comenzó la

agonía. En la noche del 23 habia perdido ya casi enteramente el conocimiento: entonces oculto detras del príncipe de Eboli, del prior Don Antonio, entró Felipe II en la cámara del príncipe: desencajadas las facciones por el dolor, acercóse al lecho de muerte para bendecir por la vez postrera á su hijo moribundo: su alma inflexible perdió el temple en tan crudo sentimiento, y al dejar la habitacion, caian á torrentes las lágrimas por sus pálidas megillas.

A las cuatro de la mañana del 24 de julio, vigilia del apóstol Santiago, espiró Don Carlos de Austria. Inmediatamente hizo el rey saber su muerte á todo el cuerpo diplomático, á las corporaciones y personas á quienes habia noticiado su encarcelamiento. Aquel mismo dia fué amortajado el cuerpo y metido en una caja de plomo dentro de un atahud de madera. Sacáronlo los grandes de palacio, y lleváronlo luego en hombros á Santo Domingo, el conde de Lerma, Don Juan de Borja, y los demas caballeros que le guardaban. La pompa del entierro fué lucidísima: iban en el acompañamiento, entre muchos personages y corporaciones de distincion la grandeza de la corte, el Nuncio de su Santidad, los obispos de Cuenca y Pamplona: cerraba la comitiva el cardenal Espinosa, presidente del consejo de Castilla, entre los príncipes de Bohemia. La corte entera se vistió de duelo: hubo lutos á la española, flamenca, francesa y alemana. El rey hizo algunas mercedes á los mas antiguos y queridos servidores de su hijo; concedió permiso á la villa de Madrid para hacer solemnes funerales; y abrumado de dolor se retiró cuatro dias despues al convento de San Gerónimo.

Así acabo su vida el príncipe Don Carlos. Poco favorecido por la naturaleza habia recibido una constitucion enfermiza en un cuerpo casi raquítico y deforme. Las facultades intelectuales no habian podido desarrollarse en su debil cerebro mientras que todas las pasiones violentas hallaban cabida en su estraordinaria organizacion. Así, no hallando jamás en su escaso juicio un contrapeso á sus designios temerarios, parecíanle buenos todos los medios de saciar sus desordenados deseos. En caso de duda, inclinábase la balanza hacia las resoluciones mas feroces, porque la educacion no habia podido amoldar á las exigencias so-

ciales aquella precipitacion de niño, aquellos instintos de salvage, escitados siempre, siempre en movimiento, nunca preocupados por las consecuencias de sus acciones. Para satisfacer su actividad calenturienta hubiera sido necesario un mundo que destruir en infantiles caprichos: comprimida á su centro por las fuerzas sociales, se volvió contra el príncipe mismo y destrozó su cuerpo y corrompió su alma. Cuando la ambicion se despertó en su corazon, fué como todas sus pasiones, un delirio, un frenesí sin sosiego: su padre era el obstáculo, y anhelaba por derribarle sin preocuparse de los medios que llevasen á tal fin: pero Felipe II era una barrera de bronce donde vinieron á estrellarse tantos esfuerzos inconsiderados. En la larga lucha que sostubieron padre é hijo, la prevision, la templanza, la dulzura estuvieron por parte del rey: Don Carlos preso y desengañado, volvió como el escorpion, su dardo contra sí mismo: sus fogosas pasiones le dieron muerte. La calumnia de los partidos contrarios ha manchado la memoria de Felipe con una negra é infundida sospecha: la posteridad no ha llegado todavia para él, porque todavia los resultados de su importante política egercen influencia sobre los destinos de la humanidad: el nombre de Felipe II es aun en nuestros tiempos un símbolo de horror para todos los protestantes, y para los católicos defensores de la tolerancia religiosa; al juzgar sin embargo al monarca español es necesario ponerse en el punto de vista de su época y de sus circunstancias. Cuando venga la hora del examen, cuando las pasiones que escitó su vida hayan apagado su último eco, tal vez se hallará entonces que la política inflexible de Felipe era la única política posible para el señor de medio mundo, para el hijo de Carlos V sobre todo: y ciertamente al fallar la posteridad sobre la prematura muerte del príncipe de Asturias, si tiene á la vista las piezas del proceso y libre su pensamiento de novelescas preocupaciones, no pedirá cuenta á Felipe II del desastroso fin de Don Carlos de Austria.

Salvador Bermudez de Castro.

FIN.

